

Cuadernos Koinonia

COMUNIO / COMUNIÓN

Església Paral·lel (Barcelona)

EXTRA OCTUBRE 2011

EL LIBRO DE LOS SALMOS



*¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas!
¡Alzaos vosotras, puertas eternas,
y entrará el Rey de gloria!
¿Quién es este Rey de gloria?*

ÍNDICE

TÍTULO	AUTOR	SALMO	PÁGINA
ÍNDICE DE PÁGINAS			
EDITORIAL: <i>El Libro de los Salmos</i>	<i>David F. Burt</i>		1
LA POESÍA DE LOS SALMOS	<i>Francesc Closa i Basa</i>		2
<i>Junto a aguas deliciosas</i>		1	2
<i>La lámpara divina</i>		1	2
<i>El Ungido sobre Sión</i>		2	2
<i>Mi Hijo eres Tú</i>		2	2
<i>Dormir y despertar</i>		3 y 4	2
<i>En paz me acostaré</i>		4	2
<i>A Ti oraré</i>		5	3
<i>Al borde del Seol</i>		6	3
<i>La flecha no me roce</i>		7	3
<i>El asombro del hombre</i>		8	3
<i>Menos que ángeles</i>		8	4
<i>Polvo soy</i>		8	4
<i>Se acabaron los piadosos</i>		12	4
<i>Si hay Dios</i>		14	4
<i>¿Quién subirá?</i>		15	5
<i>Una herencia escogida</i>		16	5
<i>Sin lenguaje</i>		19	5
<i>El Rey enaltecido</i>		21	6
<i>Desde la Cruz</i>		22	6
<i>Yo soy el Buen Pastor</i>		23	7
<i>Pastorea suavemente</i>		23	7
<i>Salmo del peregrino (paráfrasis libre)</i>		23	8
<i>El Rey de gloria</i>		24	9
<i>Voz de Yahvéh</i>		29	9
<i>Envejecieron mis huesos</i>		32	10
<i>Las bodas del Rey</i>		45	10
<i>Perversos designios</i>		64	11
<i>Oración de un anciano</i>		71	11
<i>El Rey justo</i>		72	12
<i>Su gloria llena la tierra</i>		72	12
<i>Los atrios de tu Casa</i>		84	13
<i>Con el rocío de tu juventud</i>		110	13
<i>Naciones todas</i>		117	14
<i>A Ti clamé</i>		120	14
<i>Alzaré mis ojos</i>		121	14
<i>La paz de Jerusalén</i>		122	14
<i>¡Qué júbilo sentí!</i>		122	15
<i>Ten misericordia</i>		123	15
<i>Nuestra alma escapó</i>		124	15
<i>Los que confían en Yahvéh</i>		125	15
<i>Como los que sueñan</i>		126	15
<i>Si Yahvéh no edifica</i>		127	16
<i>Bienaventurado serás</i>		128	16
<i>Aquel que teme a Yahvéh</i>		128	16
<i>No prevalecieron contra mí</i>		129	16
<i>De lo profundo clamo</i>		130	17
<i>No anduve en grandezas</i>		131	17
<i>En Efrata lo oímos</i>		132	17
<i>Cuán bueno y delicioso</i>		133	18
<i>Mirad</i>		133	18

<i>Vivir en armonía</i>		133	18
<i>A los siervos de Yahvéh</i>		134	18
<i>Aleluya</i>			18
<i>Amarga Babilonia</i>		137	18
<i>Alabad al Señor</i>		150	19
<i>El Heredero</i>			19
<i>Los Valientes de David</i>			20
LA ESPIRITUALIDAD DE LOS SALMOS			22
Cánticos en la noche			22
División del Salterio	<i>Rodolfo H. Blank</i>		25
El Señor Jesucristo en el libro de los Salmos			28
Texto de los salmos comentados	<i>José María Martínez</i>		31
Los dos caminos		1	33
El Salmo del Mesías Príncipe		2	36
Los dos Libros	<i>John MacArthur</i>	19	40
Rey en el Diluvio	<i>Henry M. Morris</i>	29	44
Con el rocío de tu juventud	<i>José María Martínez</i>	110	46
El Salmo de la Cruz		22	49
El Buen Pastor		23	55
El Evangelio de Juan	<i>Fernando Vangioni</i>	23	67
Bibliografía y agradecimientos			72



EL LIBRO DE LOS SALMOS

He encontrado un solo remedio verdadero y perfecto a las penas de la vida... Me acerco a los Salmos y los canto desde el corazón y, tan humildemente como me sea posible, pronuncio con mi lengua los hermosos himnos inspirados por el Espíritu Santo en David y los demás autores sagrados.
Margarita de Angulema, reina evangélica de Navarra, siglo XVI.

El Libro de los Salmos ha sido siempre el himnario principal del pueblo de Dios, fuente de inspiración, consuelo y desafío para el creyente, el más completo compendio de testimonios acerca de la realidad de las bendiciones y luchas de la vida de fe. Generación tras generación, los verdaderos santos han descubierto en sus páginas la mejor expresión de su adoración y alabanza, su gratitud y devoción, así como de sus dudas y perplejidades, sus angustias y temores.

Sí. Lo primero que nos llama la atención al leer los Salmos es la enorme variedad de experiencias, reacciones, actitudes, emociones, estados anímicos y sentimientos que describen. A veces, los salmistas están eufóricos a causa del gozo de su salvación; a veces están hundidos en la desesperación a causa de las pruebas de la vida. A veces se postran ante Dios en humilde adoración; a veces se atreven a interrogar a Dios al no entender su providencia. A veces prorrumpen en lágrimas de contrición y arrepentimiento; a veces, en alabanzas de gozo y gloria. Toda la gama de experiencias y emociones humanas está presente en los Salmos.

Lo segundo que observamos es el gran realismo de los Salmos. En claro contraste con la música eclesial de hoy, en la cual se espera que dejemos atrás los problemas y aflicciones de la vida real, y que demos una especie de salto místico a los lugares celestiales y sólo cantemos alabanzas positivas y bonitas, los Salmos ponen los pies en la tierra. Los salmistas comprenden que vivir en comunión con Dios es afrontar la realidad de todas las circunstancias de la vida, a veces tristes, a veces gloriosas. Como consecuencia, no temen derramar ante Dios sus penas, así como sus alegrías. Además de celebrar la bondad y fidelidad de Dios, confiesan su propia maldad e infidelidad. No fingen felicidad cuando están hundidos. No sienten necesidad alguna de “dejar atrás los problemas”, sino que adoran a Dios aún en medio de ellos.

Y lo tercero que notamos en los Salmos es la constante cercanía de Dios. El Dios del salmista no es alguien a quien hace una visita relámpago una vez a la semana, sino alguien que está siempre a su lado y con quien comparte sus felicidades y sus tribulaciones.

Por todas estas razones, en cada generación de la Iglesia ha habido personas que no sólo han hecho de los Salmos vehículos para su propia adoración e intercesión, sino que han procurado verterlos en lenguaje contemporáneo, conforme a los cánones poéticos de su día. En el siglo XVI, en Ginebra, en Francia, en Escocia y en otros lugares, los poetas reformados compusieron “salmos métricos”, salmos para el canto de la congregación, basados en los de la Biblia, pero adaptados al ritmo y a la rima de la poesía de aquel entonces. Éste es el afán del autor del presente Cuaderno: crear una poesía que respete las ideas y las emociones de los Salmos, pero expresándola en las formas literarias de nuestros días.

A mí me encanta no sólo el concepto en sí, sino el resultado conseguido por Francesc Closa en este Cuaderno. Y mi gran ilusión es que las poesías que encontrarán los lectores en él les sirvan de cauce para exteriorizar toda la gama de sentimientos y emociones de su vida cristiana, para comprender mejor la cercanía de Dios en todas sus circunstancias y para seguir adorando a Dios en medio de las duras realidades del peregrinaje a la Tierra Prometida.

David F. Burt



JUNTO A AGUAS DELICIOSAS

SALMO 1

El varón que no anduvo en la maldad
ni en consejo de malos se ha mezclado
o tramado pecado e iniquidad,
sea feliz y bienaventurado.

Con la ley de Yahvéh siempre a su lado
disfruta tus delicias y bondad;
de día la practica y acostado
medita en tu poder y majestad.

Como el árbol plantado en las orillas,
bebiendo el agua fresca de tu río,
da su fruto en su tiempo y permanece.

Como el viento, Tú arrastras y lo humillas
al malvado, Tú juzgas al impío,
su senda de maldad con él perece.

LA LÁMPARA DIVINA

SALMO 1

Bienaventurado aquel que se aparta del mal,
que aleja sus pies de las sendas de pecadores
y aborreciendo la silla de escarnecedores
alzará la lámpara divina en su portal.

Meditar en Tu ley es su delicia total
de día y de noche, en los crepúsculos y albores,
como árbol vigoroso con sus frutos y flores,
plantado junto a las aguas de Tu manantial.

Las ramas henchidas a su tiempo dan su fruto
y acogen en su seno las aves de la fronda
¡todo está en sazón de una perenne primavera!

No así el maligno, que en su camino disoluto
vuela como el tamo sin tener donde se esconda,
precipitándose al juicio de su hora postrera.

EL UNGIDO SOBRE SIÓN

SALMO 2

¿Por qué los pueblos necios se amotinan
tramando contra Ti mentiras vanas
y príncipes rebeldes se empecinan
contra Dios y su Ungido en las mañanas?

«Quitemos de nosotros ligaduras»,
proclama en su soberbia el que delira.
Dios se ríe del necio y las conjuras
del malvado, que turba en santa ira.

«Sobre el monte de Sión he puesto al Rey,
mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado,
recibe por herencia las naciones.

Con la vara de hierro como ley
impondrás en la tierra tu reinado.
¡Honrad al Hijo en vuestros corazones!»

MI HIJO ERES TÚ

SALMO 2

¿Por qué se amotinan las gentes envanecidas
tramando sus conjuras los reyes de la tierra?
¿por qué en su alocado empeño todo el pueblo yerra
contra Dios y su Ungido con sus necias medidas?

«¡Rompe ya sus ligaduras, por nuestras vidas!»
El que mora en los cielos, en su furor que aterra
mostrará su ira, y su boca que nadie cierra
pondrá su Rey sobre Sión y sus glorias perdidas.

El Señor me ha dicho: «Mi hijo eres y mi heredero.
Yo te engendré hoy. Pídemelo y tendrás los confines
de la tierra y la herencia de todas las naciones».

Oíd y sed prudentes, reyes del mundo entero.
Honrad al Hijo mostrando obediencia a sus fines,
no se inflame su ira sobre vuestras rebeliones.

DORMIR Y DESPERTAR

SALMOS 3 Y 4

¡Cuánto crece en su furia mi adversario,
cuántos puños levanta contra mí!
Muchos dicen: «Su Dios imaginario
lo ha olvidado». Su infamia yo sentí.

Tú eres mi escudo alrededor de mí,
Quien en gloria levanta mi cabeza.
En paz yo me acosté y así dormí,
en Ti, Señor, está mi fortaleza.

En paz me acostaré y así confiado
espero tu justicia sin temor
meditando en mi cama silencioso.

Sólo no estoy, tu diestra está a mi lado,
resplandece tu rostro en su fulgor
pues Tú me has ensanchado en tu reposo.

EN PAZ ME ACOSTARÉ

SALMO 4

Respóndeme en mi clamor, oh Dios de mi justicia.
Apiádate de mí escuchando mi oración.

Cuando estaba angustiado sentí Tu salvación
librando mi pie del malvado y su codicia.

Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo la malicia
de vuestra lengua infame será mi turbación?
Al acostaros, medite vuestro corazón,
sabed que amó Yahvéh al varón de Su delicia.

Temblad y no pequéis. Huya el mal de vuestro lado.
La luz de Tu rostro se nos muestre en este día
cuando, plenamente confiado, a Ti clamaré.

En paz me acostaré y asimismo dormiré,
porque sólo Tú, Yahvéh, me haces vivir confiado.
¡Mi corazón has llenado siempre de alegría!

A TI ORARÉ

SALMO 5

Escucha atentamente mis palabras,
considera, Rey mío, mi clamor,
tu corazón te ruego que me abras,
desde el alba te espero, oh Señor.

Porque a Ti oraré y oirás mi voz,
de mañana vendré y esperaré,
no habita junto a Ti el mal feroz,
tan sólo aquel que viene a Ti con fe.

Por tu gracia abundante yo en tu casa
entraré, adorándote en tu templo.
Me guía tu justicia que traspasa

entrañas de maldad. Tu paz contemplo.
Desprecias sus lisonjas y consejos
y al justo Tú bendices desde lejos.

AL BORDE DEL SEOL

SALMO 6

No me turbes, Señor, en tus enojos,
no sienta yo el castigo de tu ira,
misericordia ten de mis despojos
que el alma se estremece y ya delira.

¿Hasta cuándo, Señor? Te espera mi alma,
por tu misericordia, oh Dios, escucha.
En esta enfermedad perdí la calma
y al borde del Seol llegó mi lucha.

Mi llanto yo derramo en este lecho
y mis ojos se desgastan de sufrir
en presencia de mis angustiadores.

Tú has oído los ruegos de mi pecho
y turbas al inicuo en su vivir
llenando de vergüenza a pecadores.

LA FLECHA NO ME ROCE

SALMO 7

Yahvéh, Dios mío, sólo en Ti he confiado
sálvame, que la flecha no me roce,
mi alma no desgarré el león airado
y no haya quien me libre y me destroce.

Levántate en tu ira y despierta
volviendo a mi favor tu santo juicio.
Los pueblos se congregan a la puerta
de tu Trono vestidos de cilicio.

Fenezca la maldad y viva el justo
pues Dios al corazón y mente prueba.
Su espada afilará en el Trono augusto.

Matriz de iniquidad dio a luz engaño,
mas al justo Dios salva y lo renueva
sepultando al malvado en propio daño.

EL ASOMBRO DEL HOMBRE

SALMO 8

¡Cuán grande es tu Nombre, oh Dios nuestro!
La gloria de Yahvéh cubrió la tierra,
y en la noche tu brazo fuerte y diestro
obró la majestad que el cielo encierra.

En las bocas de infantes que amamantan
fundaste la divina fortaleza;
silenciando enemigos ellas cantan
exaltando tu gloria y tu realeza.

Cuando veo los cielos que tus dedos
cincelaron con luz de orfebrería,
las estrellas, la luna y sus albedos
que tu Nombre publican día a día

me asombra tu cuidado por el hombre
que siempre está presente en tu memoria
y descende a nosotros tu gran Nombre
visitando el hogar de nuestra historia.

Poco menos que un ángel Tú lo has hecho,
lleno de honra a tu imagen lo moldeaste
con barro de humildad, aunque derecho
camina el labrador que Tú formaste.

Sobre el mundo que has creado con tus manos
responsable lo hicistes y señor,
debajo de los pies de los humanos
todo Tú lo pusiste en su esplendor.

Las aves, las ovejas y los bueyes,
las bestias de los campos y praderas
bajo el hombre pusiste y en tus leyes
caminan, en el mar y en las esferas.

Oh Yahvéh, de los cielos Creador,
exalte nuestra tierra tu gran Nombre,
benditos los designios del Señor
y Aquel que con propósito hizo al hombre.

MENOS QUE ANGELES

SALMO 8

Cuando contemplo los cielos, obra de Tus manos,
coronando la gloria de Tu sabiduría
sus mil veneros de estrellas en la noche fría,
me turba la existencia de los seres humanos.

Menos nos hiciste que tus ángeles arcanos
y pusiste a nuestro alcance las obras de Tu día,
la abierta expansión, en bulliciosa algarabía,
las sendas del mar y los horizontes cercanos.

Enjambres de criaturas rendiste a nuestros pies
siendo embajadores de Tu gracia inmerecida,
santuarios de Tu luz y templos de Tu memoria.

Todos rinden alabanzas, antes o después:
ardientes luminarias, la infancia agradecida...
¡todo se estremece al júbilo de Tu gloria!

POLVO SOY

SALMO 8

Barro soy, aunque barro sensitivo,
polvo soy con un hálito de vida.
Cuando miro la noche engrandecida
me pregunto qué soy, por qué estoy vivo.

Cuando miro tus cielos me pregunto
qué es el hombre que tengas de él memoria.
Es menor que tus ángeles su gloria
mas lleno de esplendor y gloria al punto.

Barro soy con el sello de tu imagen,
polvo soy con pasión de eternidad.
Tú me hiciste y sentí tu gran bondad.

Cuando los santos de tus cielos bajen
con ellos yo vendré, mas no mortal
sino en cuerpo de gloria celestial.

SE ACABARON LOS PIADOSOS

SALMO 12

Salva, oh Yahvéh, se fueron los piadosos,
entre los hombres ya no quedan fieles.
Sólo violencia de hombres rencorosos,
engaños y mentiras son sus hieles.

Lisonjas destruirás y la jactancia
de su lengua impía. «¿Quién es Señor
sobre nosotros?» Toda su arrogancia
abatida será con tu furor.

Por la afrenta del pobre y el gemir
del que sufre el oprobio y la extorsión,
ahora me levanto a redimir
al que espera de Dios la salvación.

Limpia es la Palabra del Señor
como plata en el horno refinada;
nada empaña su brillo y esplendor,
siete veces por Ti purificada.

Al justo guardarás eternamente,
librándolo por siempre del impío
y aunque el malo persigue al inocente,
lo guardarás de vileza y desvarío.

En tu mesa al humilde saciarás,
con gozo cantará tus alabanzas,
y al que busca tu rostro salvarás.
Tu pueblo vivirá con fiesta y danzas.

A Yahvéh buscarán en los confines
de la tierra, linajes y naciones.
Te alabarán en todos sus festines
y en tu presencia se oyen sus canciones.

Venga a nosotros tu Reino, Señor,
pues Tú gobernarás a las naciones.
Te aclaman poderosos con fervor
y rebeldes de todos los rincones.

Te servirá, Señor, posteridad.
De Ti será contado todo tiempo.
en los linajes de la humanidad,
postrado el pecador frente a tu Templo.

Vendrán al Dios de amor y anunciarán
del recto Juez la íntegra justicia.
Al pueblo del mañana contarán
tu excelsa salvación, con gran delicia.

SÍ HAY DIOS

SALMO 14

«No hay Dios», desafiante afirma el necio
en su oscura caverna de maldad.
Su corazón repudia con desprecio
al Creador, Dios de gloria y majestad.

Perverso es su camino, abominable
en sus obras, altivo y con orgullo
blasfema del Dios santo e inefable.
Veneno de serpiente es su murmullo.

Desde los cielos mira el santo Dios
para ver si aún quedara un entendido
buscando ver a Dios. Del mal en pos
todo hombre se ha desviado y corrompido.

No hay justo en la tierra, ni uno solo
que haga el bien, que pretenda hacer lo bueno.
Únicamente engaño, intriga y dolo,
violencia, robo y pensamiento obsceno.

¿No discierne el que siembra iniquidad,
que devora a mi pueblo como el pan
y mi Nombre blasfema en su maldad
riéndose de Dios con necio afán?

El hombre ateo y el materialista
sentirán el terror de un gran espanto
cuando el Dios de los cielos los embista
el día de su ira y juicio santo.

Del consejo del pobre se han burlado
tramando sus intrigas contra el justo.
Pero el tiempo de gracia ha terminado
y tiemblan contemplando su disgusto.

En el monte de Sión ha dado vida
la cruz a multitud de pecadores.
Todo el Reino y la tierra prometida
disfrutan los cautivos, sin dolores.

¿QUIÉN SUBIRÁ?

SALMO 15

¿Quién subirá, Yahvéh, a tu morada,
al Tabernáculo del monte santo?
Aquel que en la verdad trazó calzada
y de pura justicia se hizo manto.

Aquel que no calumnia con su lengua
ni daña la heredad de su vecino,
de recta integridad que nunca mengua
y no muestra maldad en su camino.

Aquel que menosprecia al hombre vil
pero que honra a los santos del Señor
y es fiel a su palabra varonil.

Quién no prestó su dinero con usura
ni obtuvo con sobornos un favor.
Tal persona andará sin amargura.

UNA HERENCIA ESCOGIDA

SALMO 16

Guárdame, Dios, en Ti puse toda mi confianza.
Tú eres mi Señor; no hay bien fuera de tu presencia.

En los íntegros está plena tu complacencia,
con los santos que verán tu rostro sin tardanza.

Yahvéh es mi porción y la heredad de mi labranza.
Mis cuerdas cayeron en lugares de apetencia,
en la senda de la vida de tu hermosa herencia
gustando tu copa de delicias y esperanza.

Bendeciré a Yahvéh, mi Señor, que me aconseja.
No seré conmovido porque Él está a mi diestra
y me hace sentir Sus maravillas en la noche.

Mi carne dormirá confiada porque no deja
mi alma en el Seol, ni ver corrupción en la siniestra
faz del sepulcro que a tu Santo la muerte abroche.

SIN LENGUAJE

SALMO 19

Los cielos de Elohim cuentan su gloria,
sin palabras proclaman su esplendor.
Cada día publica su memoria,
cada noche le canta su loor.

Palabra verdadera es cada día,
portento de saber es cada noche.
Sin lenguaje sonó su melodía,
cada estrella en silencio engarza un broche.

Los cielos magnifican al Creador
y cabalga su voz la inmensa tierra
más allá de los polos y ecuador,
desde el río profundo a la alta sierra.

La aurora es tabernáculo del sol
que sale de su tálamo nupcial
alegre, con sus cantos de arrebol
y en danzas de gigante celestial.

Del confín más remoto de los cielos
inicia su carrera infatigable
fundiendo de calor todos los hielos
el arco de su cénit implacable.

Todo el cielo es diadema de tu frente
y la tierra el anillo de tu dedo.
Tu palabra es poder y celo ardiente,
espada real, precepto y santo credo.

Tu ley, Yahvéh, perfecta y perdurable,
vivifica al hombre y convierte el alma.
Tu testimonio, fiel y deleitable,
instruye y hace sabio en dulce calma.

De Dios el mandamiento es siempre recto
y alegre al corazón que lo obedece.
Tu precepto, Yahvéh, justo y perfecto
alumbró al hombre y siempre permanece.

El temor de Yahvéh nunca decae,
siempre limpia es su llama y purifica.
El juicio de Yahvéh es justo y trae
consuelo al afligido y lo vindica.

Deseables son tus juicios como el oro
licuado en el crisol de la verdad.
Son más dulces que miel y yo te adoro
por juzgar nuestro mal e iniquidad.

A tu siervo corrigen y amonestan,
y al guardarlos concedes galardón.
En tus prados tus hijos se recuestan
y de yerros ocultos hay perdón.

De soberbia nos guarda tu Palabra
y nos libra de toda la arrogancia.
Que en limpia integridad mi alma se abra
a tu incienso de íntima fragancia.

Sean gratos los dichos de mi boca,
purifícame en mi meditación.
Yahvéh, Dios mío, Tú solo eres roca,
segura fortaleza y redención.

EL REY ENALTECIDO

SALMO 21

Se alegra el Rey, Yahvéh, en tu poder
y se goza en tu inmensa salvación.
Tú nunca te negaste a conceder
su íntimo deseo y petición.

Cual profeta, saliste a su encuentro
con ricas bendiciones de tu bien.
De oro fino corona pones dentro
de su cabeza, y eres su sostén.

Vida abundante pide y se la das,
su Reino permanece eternamente.
A la muerte venció y Satanás
la derrota sufrió del Rey valiente.

Gran salvación tu Rey libertador
nos trajo. ¡A tu Nombre sea la gloria!
Doblad vuestra rodilla al vencedor.
Honrad a Aquel que vive y su memoria.

Para siempre es bendito el santo Rey.
Con óleo de alegría lo has ungido
más que a los compañeros de su grey.
En Ti confié, no será conmovido.

Herirá con su mano al enemigo,
y al que te aborrece su diestra alcanzará.
La espada de tu ira irá consigo
y al que te odia al fuego arrojará.

Engrandece, Yahvéh, a nuestro Rey,
su poder es motivo de alabanza.
Con júbilo cantad al que la ley
de Dios cumplió. Su gracia nos alcanza.

DESDE LA CRUZ

SALMO 22

¡Oh, Dios mío! ¿por qué tal desamparo?
¿por qué de mí estás tan alejado?
¿por qué se oscureció la luz del faro
y alejaste mi angustia de tu lado?

Aunque clamo de día no hay respuesta
y la noche me niega su reposo.
Tú eres santo, tu gloria es manifiesta
y el pueblo te celebra como esposo.

Tú fuiste a nuestros padres esperanza,
aguardaron tu gracia y los libraste.
En tu brazo pusieron su confianza
y nunca de tu mano los dejaste.

Menos que hombre apenas soy gusano,
despreciado del pueblo soy oprobio.
Su boca me escarnece en odio insano,
menean la cabeza y siento agobio.

«A Yahvéh se confié, pues que Él le libre,
que le salve, si en Él se complacía.
Su confianza en Él fue de tal calibre
que solo se ha quedado en su agonía».

Pero Tú me sacaste de aquel vientre
que fue mi tabernáculo materno.
Tu confianza de nuevo en Ti yo encuentre
y tu gozo me libre de este averno.

Sobre Ti fui echado antes de nacer,
mi Dios fuiste en el seno de mi madre.
No te alejes, que sienta tu poder
cuando el ciego furor del perro ladre.

Cercana está la angustia y sin ayuda
me encuentro ante los toros de Basán;
ya siento arremeter su tez cornuda
con gritos de violencia y cruel afán.

Abrieron sobre mí su ardiente boca
y en las fauces del león subió un rugido
de miedo aterrador y furia loca
dejando el corazón estremecido.

He sido derramado como aguas
y mis huesos sentí descoyuntarse,
mi alma martillaron en sus fraguas
vertiendo el corazón al calentarse.

Se secó como un tiesto mi vigor
pegándose mi lengua al paladar.
Como polvo de muerte es mi color
cuando todo está a punto de cesar.

La jauría de perros me ha cercado,
de malignos me acosa una cuadrilla.
Mis manos y mis pies han horadado
atándome los huesos cual gavilla.

Como buitres con su mirada torva
observan mi agonía distraídos.
Mi túnica reparten, nada estorba
los dados que sortean mis vestidos.

Mas Tú, Yahvéh, Dios mío, no te alejes,
envía tu socorro sin demora,
fortaleza de mi alma, no me dejes,
en Ti siempre he confiado, ven ahora.

Libra mi alma del golpe de la espada
y las fauces rabiosas de los perros,
quita al león y pon empalizada
a embestidas de toros y becerros.

Tu Nombre anunciaré a mis hermanos,
te alabaré en la gran congregación,
con júbilo vendrán a ver mis manos
y gloria te darán con su canción.

Alabad al que no menospreció
la causa del doliente y afligido,
al huérfano y la viuda vindicó,
todo agravio por Ti será atendido.

YO SOY EL BUEN PASTOR

SALMO 23

Yo soy el Buen Pastor;
nada podrá faltar a mis ovejas
en mis prados de amor,
sin dolores ni quejas,
vencido el sufrimiento de horas viejas.

Reposa en verdes pastos
junto a aguas de reposo en mi presencia,
sin pesares ni gastos,
la sufrida conciencia,
con mis blancos vestidos de inocencia.

Te confortaré el alma
enaltecida y sin angustiadores.
Me gozarás en calma
bebiendo mis favores
en mi copa repleta de esplendores.

El valle de las sombras
podrás atravesar sin mal alguno

pues Aquel que tú nombras
tu vara y tu oportuno
cayado será en tu angustia y ayuno.

Bien y misericordia
como el aceite ungerán tu cabeza
gozando la concordia
y la eterna belleza
del Señor, en moradas de realeza.

PASTOREA SUAVEMENTE

SALMO 23

El Señor es mi pastor,
soy oveja de su prado;
es ladrón y salteador
quien la puerta no ha cruzado.

Buscaré a mis ovejas
prometió Jehová el Señor;
bajaré a las tierras viejas
impulsado por mi amor.

Pastorea suavemente
a la oveja parturienta;
el latir de tu alma siente
y en tu seno se apacienta.

No me falta ningún bien
en los campos de tu gracia;
es mi fuerza y mi sostén
quien la sed por siempre sacia.

En los prados de verdor
esmaltados de fragancia
hay descanso acogedor
y solaz en abundancia.

Son las aguas de reposo
que brotaron de la peña
refrigerio espacioso
para el hombre que en Ti sueña.

Mi alma Tú confortarás
en las horas de flaqueza;
toda herida sanarás,
quitarás toda tristeza.

Andaré en las sendas rectas
por la gloria de tu Nombre,
en las leyes más selectas
que jamás ha visto el hombre.

Aunque ande por el valle
de la sombra tenebrosa
y un temblor de muerte halle
en la hora dolorosa;

aunque cese el fruto vivo
 en la hora desolada;
 aunque seque nuestro olivo
 y nos quite la majada;
 aunque todo se derrumbe
 en el mundo alrededor,
 yo vendré con mansedumbre
 sin sentir ningún temor.

Tu presencia está conmigo
 cuando cruzo noche oscura,
 alejando al enemigo,
 acercando tu luz pura.

Son tu vara y tu cayado
 fortaleza contra el viento
 y a mi cuerpo fatigado
 proporcionan nuevo aliento.

A la mesa del banquete
 con tu blanca ropa iré,
 en presencia del jinete
 que me odiaba por mi fe;
 me verán mis enemigos,
 pesadumbre en mis jornadas,
 convertidos en mendigos
 de la paz de tus moradas.

Como aguas de tu nube
 me ungió con aceite;
 el olor de nardo sube
 en la estancia del deleite.

Con el vino de alegría
 llenarás la copa eterna
 al llegar el nuevo día
 que rebose gracia tierna.

Es tan cierto que tu bien
 ha llenado mis graneros
 como espinas en tu sien
 por salvar a tus corderos

Tú llevastes en silencio
 al altar del holocausto
 donde tal dolor presencio
 y te veo caer exhausto.

El pastor quedó herido
 y el rebaño fue disperso
 pero al cielo has ascendido
 para crear un universo

ofreciéndonos consuelo
 en tu célica morada,
 sin las lágrimas de duelo
 de la historia ya pasada.

SALMO DEL PEREGRINO

SALMO 23. PARÁFRASIS LIBRE

Tu vara y tu cayado
 me infundirán aliento,
 exclama el peregrino
 de corazón sediento.

La ruta se alejó como saeta
 al horizonte inmenso
 y sube la oración
 cual columna de incienso.

Señor, Tú me llamaste
 desde la tierra de Ur;
 día y noche me guiaste
 al este, norte y sur.

En Harán me detuve largamente,
 hogar de terafines;
 allí planté mis tiendas
 sin ver tus serafines.

Tu gran misericordia
 me libró del letargo
 volviendo a mi camino
 y avivando mi fe en el viaje largo.

Mi débil fe se agranda en la promesa
 de hacer una nación,
 y tu gracia le añade:
 «por Mí serás bendito y bendición».

Los días ya declinan,
 y las noches se alargan,
 pero en el valle oscuro
 tus promesas me embargan.

Aquí llegué contigo
 sin recibir aún lo prometido,
 pero lo vi de lejos
 y fui fortalecido.

Aquí soy extranjero
 y peregrino a lo ancho de la tierra
 sin otra propiedad
 que tu gracia, pues todo a mí lo encierra.

La tierra de que hablaste
 destila leche y miel,
 pero es más lo que ofrece
 tu propósito fiel.

Las estrellas del cielo
 son también heredad;
 su número es inmenso
 pero más tu bondad.

Al abrir la expansión del firmamento
 excelsa vi la Ciudad Celestial,

con su árbol de la vida
y el río con sus aguas de cristal.

Cruzando sus murallas
no vi más maldición;
el Trono del Cordero
te alumbra, hermosa Sión.

Caminar a tu lado no es en balde
y aunque deba cruzar el gran desierto,
la vida está en tu altar
y no en el mundo muerto.

Mis fuerzas decayeron
y el sol secó mi piel;
la vida como un sueño se evapora
pero Tú permaneces y eres fiel.

Tú nos eres refugio
de generación en generación,
llenando las alforjas
maná de bendición.

Corona de honra das a la vejez
caminando en justicia,
y el camino del Hijo que vendrá
seguimos con delicia.

Te amo, Señor, porque antes me has amado,
mi esperanza y castillo;
por toda la familia que me has dado
y este vivir sencillo.

Brille tu obra en el rostro de tus siervos,
y tu gloria en sus hijos.
Ayúdanos a andar nuestro camino
y a mantener en Ti los ojos fijos.

Y al llegarme el descanso
en las cumbres del Nebo,
que vea tu hermosura
en tierra y cielo nuevo.

Te suplico sincero:
«A tu anciano siervo despide en paz,
conforme a tu palabra,
contemplando la gloria de tu faz».

Franquéanos la puerta
de la dorada Sión;
nada queda por ver
cuando han visto los ojos salvación.

En la casa del Padre
moraré largos días
subiéndome hasta allí carros de fuego
con ángeles que envías.

EL REY DE GLORIA

SALMO 24

De Yahvéh es la tierra y su plenitud,
el mundo y todo lo que en él habita.
Sobre mares fundaste su talud,
por fuentes de tus ríos es bendita.

¿Quién subirá al monte de Yahvéh?
¿Quién pisará la Casa del Dios santo?
El que de manos limpio y puro esté
y a vanidad jamás alzó su canto.

De Yahvéh bendición traerá y justicia
del Dios de salvación, pues es Cordero
inmolado y perfecto. Con delicia
tu ley amó el Santo y Verdadero.

Su justicia alcanzó generación
de los que aman y buscan tu Presencia.
Verán tu rostro y toda su canción
exaltará tu gracia y tu clemencia.

¡Puertas de Sión, alzad vuestra cabeza!
¡Abrid vuestro portal, puertas eternas!
El Rey de gloria muestra su belleza.
¡Alabad y encended vuestras linternas!

Alégrate, oh Sión, el Rey de gloria
entrará, con su faz resplandeciente.
¿Quién obtuvo el honor de la victoria?
El Ángel de Yahvéh, fuerte y valiente.

¿Quién es, de cielo y tierra, el Heredero?
¿Quién es el Justo y Rey de gran memoria?
Él es Yahvéh, el Santo y Verdadero,
invicto en la batalla y en la historia.

Alzad, puertas de Sión, vuestras cabezas,
alzad el corazón, puertas eternas,
pues abre el Rey de gloria fortalezas.
Con su ejército viene a sus casernas.

VOZ DE YAHVÉH

SALMO 29

Tributad a Yahvéh los poderosos
ángeles de su excelsa majestad,
por su gloria, poder y autoridad,
combatiendo al rebelde sin reposo.

Con su augusto esplendor de gloria pura,
venerad al Creador de los humanos,
quien todo lo sujeta con sus manos
en la luz de santísima hermosura.

Yahvéh preside el juicio del Diluvio.
En su Trono perpetuo se alza el Rey.
Él juzga al que vulnera toda ley
abriendo las compuertas de un Vesubio.

Voz de Yahvéh. Se oyó la voz del trueno
desatando el furor de muchas aguas
al romperse en los mares grandes fraguas
que anegaron las costas con su cieno.

Voz de Yahvéh. Resuena con potencia
rompiendo las cisternas del abismo
y agitando los cielos un seísmo.
Toda la tierra tiembla en su presencia.

Voz de Yahvéh, con gloria y gran honor,
que destruye las obras del maligno.
El soberano Dios es justo y digno
y no puede burlarle el pecador.

Voz de Yahvéh, los bosques desarraiga,
ahoga al Ararat y a otros montes
desnuda. Temblarán como bisontes
haciendo que a su voz todo árbol caiga.

Voz de Yahvéh, abriéndose la tierra
y ardiendo las entrañas del abismo.
Sus volcanes explotan y allí mismo
su boca habló con un furor que aterra.

Voz de Yahvéh, que hará temblar desiertos,
el Sáhara, Sonora y Atacama,
los páramos de Cades, todo brama
cuando a su voz los cielos son abiertos.

Voz de Yahvéh, multiplica las ciervas
y los bosques renuevan su himno verde.
En la gloria del Templo el alma pierde
su temor pues Tú colmas sus reservas.

ENVEJECIERON MIS HUESOS *SALMO 32*

Bienaventurado aquel que ha sido perdonado
y no se le ha imputado su carga de maldad;
aquel a quien Yahvéh no culpó de iniquidad
y le ha cubierto la transgresión de su pecado.

Callando envejecieron mis huesos, amargado,
y el llanto silencioso reveló mi fealdad;
y mis ojos se opacaron, sin luz y claridad,
secando mi verdor un verano calcinado.

Como el caballo he sido al faltarme entendimiento,
como el mulo necesitando cabestro y freno,
carente de voluntad para acercarme a Ti

Pero Tú me perdonaste cesando al momento
la angustia deprimente, gozándome de lleno
al ser librado de la desdicha que sentí.

LAS BODAS DEL REY *SALMO 45*

Rebosa el corazón palabra buena,
alzando al Rey mi canto de alegría;
de escribiente ligero, toda llena
mi lengua está de canto y melodía.

De los hombres de bien el más hermoso,
fuente de gracia son tus dulces labios.
Yahvéh te ha bendecido como esposo
floreciendo en tu boca dichos sabios.

Tu muslo ciñe espada de justicia,
valiente y poderoso, con tu gloria
y augusta majestad, en la delicia
de tus bodas tu gracia es más notoria.

En todo prosperado, Rey glorioso,
cabalga en la justicia tu verdad;
de los príncipes siempre el más hermoso,
tu diestra se alzaré con majestad.

Al impío combaten tus saetas,
cayendo a tus pies pueblos enemigos.
Gran victoria proclaman tus trompetas,
sobre el malo ejecutas tus castigos.

Tu trono, oh Dios, con brillo sempiterno
resplandece y el cetro de justicia
prevalece en las puertas del averno
venciendo el mal tu fuerza y tu pericia.

Amas la justicia y la alevosía
aborreces. Por tanto Dios te ungió,
el Dios tuyo, con óleo de alegría,
más que a tus compañeros te exaltó.

Mirra y casia perfuman tus vestidos,
fragancias de áloe vierten en tus pies.
Palacios de marfil te son cedidos
con maderas del Líbano y ciprés.

Las reinas resplandecen en tu corte,
oro de Ofir te ofrecen los monarcas,
caravanas acuden desde el norte
con presentes de todas las comarcas.

Oye, hija mía, e inclina tu cintura,
deja atrás a tu pueblo y sus deidades;
el deseo del Rey es tu hermosura,
respétale y disfruta sus bondades.

Resplandece la reina en su morada,
con brocados de oro es su vestido.

De alegres vírgenes acompañada,
será traída al Rey, a su marido.

A tus hijos harás sobre la tierra
valientes príncipes de real linaje.
Para siempre tu Nombre el mal destierra
ofreciendo los pueblos su homenaje.

PERVEROS DESIGNIOS

SALMO 64

Escúchame, oh Dios, escucha la voz de mi queja;
guárdame mi vida del temor del enemigo,
de las maquinaciones secretas sé mi abrigo
y de conspiradores tu mano me proteja.

Van tejiendo una red con su pérfida madeja
para lanzar sus saetas sin dejar testigo;
con su lengua afilada que no teme el castigo
acechan al íntegro como un lobo a la oveja.

Mas Dios los herirá con Sus plagas repentinas
cazándolos con la astucia de su propia lengua,
y causará su caída gran temor y espanto.

Entenderán los hombres las acciones divinas
alegrándose el justo y gloriándose sin mengua
los rectos de corazón, librados de su llanto.

ORACIÓN DE UN ANCIANO

SALMO 71

En ti, Dios Salvador, me he refugiado,
no sea avergonzado yo jamás;
tu socorro y justicia me han librado
y en respuesta a mis ruegos Tú vendrás.

Tú eres mi refugio en fuerte roca,
protección me darás continuamente;
salvación has mandado de tu boca,
fortaleza y refugio del creyente.

Libérame de manos del impío,
del puñal del perverso y del violento,
mi esperanza segura, oh Dios mío,
mi Dios de juventud, tu ayuda siento.

Tu amor me ha sostenido desde el vientre
materno, y me sacaste de matriz.
Harás que mi alabanza en Ti concentre
cantándote con júbilo y feliz.

Mi boca se ha llenado de alabanza
como llena está la tierra de tu gloria;
mi vejez has moldeado a semejanza
de tu Hijo, a quien honra mi memoria.

No me dejes postrado en esos años
otoñales, sin fuerza y sin aliento,
cuando sufre mi cuerpo tantos daños,
¡levántame ligero como el viento!

Dios mío, no te alejes de mi sombra,
acude a mi socorro, pues me acechan
la lengua mentirosa que me nombra
y el lazo del traidor que ya me endecha.

Destruye la maldad del hombre impío,
avergüenza y confunde a mi adversario,
pues sólo en tu justicia yo confío
y sólo hay salvación en el Calvario.

Mi boca hablará de tu justicia
y tus hechos de gloria memorable;
todos ellos me llenan de delicia
aunque sea su número incontable.

Desde joven te tuve por maestro
y aún me asombran tus grandes maravillas,
¡oh Dios de nuestros padres y Dios nuestro,
en santa majestad Tú siempre brillas!

Aún en la vejez y en blancas canas
tu Nombre salvador es proclamado.
Tú luces más que el sol en las mañanas
y en las sombras caminas a mi lado.

Aunque han visto mis ojos las angustias
de la vida, y en ella tantos males,
Tú vuelves primavera flores mustias
y das a los desiertos manantiales.

¿Quién como Tú, que haces grandes cosas
y renuevas las fuerzas del anciano?
Tu hermosura dé vida a nuevas rosas
y tiemble en tu presencia el ser humano.

Aunque caiga en la hondura del abismo
y mi polvo disuelvas en la tierra,
tu vida me darás, seré yo mismo
con todo el bien que tu promesa encierra.

Nada soy y mis fuerzas van menguando
mas tu gracia asegura mi grandeza.
Camino de Emaús yo voy andando
y mis sombras disuelve tu realeza.

¡Oh Dios de mi consuelo y alegría,
te alabe el corazón de mi salterio,
y el arpa de mis labios cada día
anuncie a mis hermanos tu misterio.

Al santo de Israel entona mi alma
un salmo de confianza y alegría,
a Ti mi corazón se postra en calma
y aguarda al Redentor en su gran día.

EL REY JUSTO

SALMO 72

Oh Dios, a nuestro Rey concede el juicio
y el cetro de justicia resplandezca
en manos del gran Rey desde el inicio.
Tu verdad para siempre permanezca.

Al pueblo juzgarás con tu justicia
mostrando al afligido recto juicio.
Los montes y collados de delicia
la paz traerán con pleno beneficio.

Rectamente vindica al afligido
y atiende al clamor del menesteroso;
aplasta la altivez del engreído
y al malvado persigue sin reposo.

Te temerán los hombres largos días
mientras haya en los cielos sol y luna;
gozarán bendiciones y alegrías
cada generación, sin faltar ni una.

Descenderá la lluvia sobre la hierba
vestida de esplendor con bellas flores,
saltarán los collados como cierva
cubierta de rocío y de colores.

El trono de tu Rey es la justicia
y el sitio de sus pies será la paz;
como luna en la noche trae delicia
y el brillo de su juicio trae solaz.

Su dominio será de mar a mar,
entre el río y los lindes de la tierra.
Al altivo no cesa de humillar
y destruye las armas de la guerra.

Con las naves de Tarsis llegan dones,
traen oro los reyes de Sabá,
los hijos del desierto sus canciones,
pues todo ser humano te honrará.

A los pies del sitio se postran reyes,
te sirven las naciones que gobiernas.
Te ciñen la cintura santas leyes
y justicia tus lomos y tus piernas.

De los pobres tendrás misericordia,
la razón oírás del menesteroso,
auxilio proveerás a quien incordia
y atropella el soberbio poderoso.

Tú redimes de engaño y de violencia
y la sangre del pobre ante tus ojos
es preciosa, pues tratas con clemencia
al que sufre el maltrato y los enojos.

Los presentes del oro de Sabá
te serán ofrecidos, no en pesebre,

pues por siempre tu gloria vivirá
cuando el mundo bendiga y te celebre.

La tierra sanarás y cuando el grano
arroje el campesino en un puñado,
su fruto como el Líbano cercano
sonará, abundante y celebrado.

Para siempre es la fama de tu Nombre,
el sol se apagará mas no tu gloria,
será bendito en Ti el nuevo hombre,
bienamada es por todos tu memoria.

Bendito es el pastor de las naciones,
bendito es nuestro Dios de maravillas,
bendito es el que oyó las oraciones,
no alcanza la alabanza tus orillas.

Tú dormiste en las pajas del pesebre,
Tú subiste al altar del monte Moria,
el pueblo que salvaste te celebre,
pues llena está la tierra de tu gloria.

SU GLORIA LLENA LA TIERRA

SALMO 72

¡Oh, Dios nuestro, concede al Rey tus juicios
y tu justicia al descendiente real.
Él juzgará a tu pueblo por sus vicios
y al afligido, de su afrenta y mal.

Tus montes se alzarán trayendo paz
y todos los collados tu justicia.
El oprimido siente al fin solaz
y el mísero disfruta tu delicia.

Temerá el hombre mientras sol y luna
permanezcan en sus generaciones.
Las flores crecerán en la laguna
y a la tierra traerá sus bendiciones.

La justicia vendrá como el rocío,
manantial permanente y no fugaz.
Mientras brille la luna, ¡oh, Dios mío!
benedicirá la tierra con su paz.

Su Reino alcanzará de mar a mar,
desde el río hasta el último horizonte.
Ante Él se postrarán sin vacilar,
en el desierto y en su santo monte.

Traerán presentes la lejana Tarsis,
y los reyes de Seba y de Sabá.
Todo mortal sentirá su catarsis
como el agua en las bodas de Caná.

Rendirán sus coronas nuestros reyes
y todas las naciones servirán

prometiendo cumplir sus santas leyes
con toda integridad y noble afán.

Misericordia ve el menesteroso
y gracia el afligido y quebrantado.
El oprimido tiene al fin reposo
y honra al pobre sentándolo a su lado.

Gratitud y oración harán por Él,
subirá de continuo el grato incienso.
Le rendirá sus cantos el doncel
y el peregrino salmos en su ascenso.

Llena será la tierra de su gloria,
Bienaventurado será su Nombre.
Honrarán las naciones su memoria
pues su sangre vertió a favor del hombre.

La gloria de su Nombre apaga el sol,
¡es el único que hace maravillas!
Renovará la tierra en su crisol
floreciendo la paz con sus semillas.

LOS ATRIOS DE TU CASA *SALMO 84*

¿Cómo Tú, que los cielos de los cielos
no podrán en su seno contener,
exhibes, tras la sombra de los velos,
la gloria de tu Ser?

Tú, que habitas en luz inaccesible
y llamas a los mundos de la nada,
¿esconderás tu majestad terrible
en terrenal morada?

¡Escucha, oh Dios de Jacob, el gemido,
no nos mires en nuestra iniquidad!
¡Contempla, oh Dios, el rostro de tu Ungido
por tu gracia y bondad!

Estamos en tus atrios humillados
muy lejos de moradas de maldad,
por tu gracia y tu gloria iluminados
hasta la eternidad.

¡Cuán amables resultan tus moradas,
Señor de los ejércitos celestes!
Con ardor sigue mi alma tus pisadas
integrado en tus huestes.

Se refugia en tus alas el gorrión,
y en tus manos anida golondrina,
en altares de paz y bendición
donde mi alma se inclina.

Mi corazón, en rítmica alabanza
se derrama cantando jubiloso;

mi carne melodiosamente danza
en el Santuario hermoso.

¡Cuán bienaventurado es el varón
que en Ti se fortalece a cada instante!
Su plegaria en la Casa de oración
la escucha Dios, el Padre amante.

Cruzando el valle con dolor y llanto
irán cambiando la tristeza en fuentes
de alegres manantiales entretanto
te reflejan sus frentes.

Derrotando gigantes a su paso,
victoria tras victoria encadenando,
en lucha sin igual hasta el ocaso
verán a Sión reinando.

Sol y escudo es Yahvéh en nuestro camino,
Dios de misericordias excelentes;
tu bien derramas sobre el peregrino
que anhela tus orientes.

CON EL ROCÍO DE JUVENTUD *SALMO 110*

Yahvéh el Señor le dijo a mi Señor:
«en el Trono sublime y a mi diestra
te sientas, que derramo mi furor
y pongo al enemigo en la palestra.

Alfombra de tus pies, por escabel
pondré en humillación al adversario.
Tu cetro se alzaré sobre Israel,
y al mundo regirás autoritario».

Con fervor espontáneo servirá
su pueblo al Rey, el día del poder.
¡Hosanna al gran Señor! Sobre Judá
resplandece el más bello amanecer.

Con el manto sagrado de la aurora
tu hermosura y sublime santidad
alumbran desde Sión con cegadora
luz y gloria, Señor de gran bondad.

Cual rocío que viene del Hermón
hermosa es, Señor, tu juventud,
sacerdote de nuestra salvación,
el gran Melquisedec en beatitud.

«Para siempre será tu sacerdocio»,
juró Yahvéh al Hijo de su amor.
«La verdad y la gracia a Ti te asocio,
de paz y de justicia fundador».

A tu diestra, Señor, está el Señor
ceñido de poder y majestad,

Yahvéh de los ejércitos, pretor
encumbrado con toda potestad.

Quebrantarás los reyes en el día
de la ira del Todopoderoso.
Juzgarás las naciones y a la impía
cosecha de maldad sin dar reposo.

Saciado está el lagar de Armagedón
y la tierra está limpia de impureza.
Buscarás el arroyo de Gihón
y en aguas de Siloé erguirás cabeza.

NACIONES TODAS

SALMO 117

Alabad a Yahvéh, naciones todas,
tributad al Altísimo la gloria;
pueblos todos, cantad su gran victoria
y honrad al Rey con cánticos de bodas.

Glorificad a Aquel que ha engrandecido
sobre nosotros su misericordia.
Exaltad al gran Dios de la concordia,
¡gracia y verdad nos han amanecido!

Para siempre es su gran fidelidad.
¡Aleluya! Bendito sea el Nombre
del Dios de gran bondad que ha dado al hombre
al Hijo que murió por la maldad.

Alábenle los pueblos y naciones,
subid con júbilo al monte de Sión.
¡Proclamad al que trajo salvación
y aclamadle con coros y canciones!

¡Aleluya!

CÁNTICOS GRADUALES

A TI CLAMÉ

SALMO 120

A Ti clamé en mi angustia,
sin tardanza a mi ruego das respuesta;
viendo la fuerza mustia
tu mensaje se apresta
librándome de la suerte funesta.

En tiendas de Cedar
acecha el áspid de lengua engañosa;
lejos del dulce hogar
la gente belicosa
odia la paz de tu mansión hermosa.

ALZARÉ MIS OJOS

SALMO 121

Al azul de los montes
alzaré con angustia la mirada,
hacia los horizontes
de la cumbre nevada
escrutando la salvación ansiada.

Mi corazón pregunta
¿por dónde descenderá mi socorro?
El que los astros junta
girándolos en corro
romperá las cadenas de mi engorro.

El que dio luz al sol
para alumbrar su criatura terrena
y forjó en el crisol
de la noche serena
radiante collar de Su gloria plena,
verá líquidas perlas
en el valle de sombras y dolor
y vendrá a recogerlas
el que es tu Guardador,
el Santo de Israel, Yahvéh el Señor.

No se adormecerá,
no te dejará en el resbaladero;
a ti descenderá
y te alzaré ligero
el que cielos y tierra hizo primero.

Te guardará del mal,
Él guardará tu salida y tu entrada,
tu paso terrenal
en la vieja calzada
que nos lleva a la célica morada.

LA PAZ DE JERUSALÉN

SALMO 122

Se llenó de alegría
mi corazón con la voz fraternal
que suave profería
al cruzar el portal:
«¡Voy al hogar del Señor inmortal!»

Nuestros pies estuvieron
bajo tus muros, ciudad del gran Rey;
las laderas subieron
entre salmos tu grey
hacia tu Templo, a la luz de tu Ley.

La ciudad de David,
fuerte y serena, bien edificada,
como la hermosa vid

con su fruta dorada,
de los sarmientos ofrenda sagrada.

Allá suben gozosas
las tribus de Yahvéh con su alabanza,
corrientes generosas
que llenan sin tardanza
los atrios de la Casa de esperanza.

A todos los que te aman:
pedid por la paz de Jerusalén.
Tus bondades proclaman
los que buscan tu bien
y a tus palacios ofrecen sostén.

¡QUÉ JÚBILLO SENTÍ! *SALMO 122*

¡Qué júbilo sentí cuando dijeron:
«subamos a la Casa del Señor»!
Te ceñiste con muros de esplendor
alegando los ojos que te vieron.

Nuestros pies tus caminos ascendieron
y, cantando los salmos del pastor,
con las tribus danzando alrededor,
tu altar, Yerushalayim, bendijeron.

Pedimos por tu paz, Jerusalén.
Que prosperen tus hijos, los que te aman
y disfruten morando en tus palacios.

Por amor a Adonai, abunde el bien
pues dentro de tus muros se derraman
clamores por tu paz a los espacios.

TEN MISERICORDIA *SALMO 123*

A Ti alcé mis ojos
Señor eterno de los santos cielos;
esos pobres despojos
saturados de anhelos
a Ti levantan miserables duelos.

Tennos misericordia,
hastados estamos de menosprecio;
cese toda discordia
y termine el desprecio,
el escarnio y la burla de hombre necio.

NUESTRA ALMA ESCAPÓ *SALMO 124*

A no estar por nosotros
bendito es Yahvéh, Santo de Israel,

nos tragarían otros
como un torrente cruel,
aguas impetuosas de amarga hiel.

Bendito Salvador,
la red rompiste y alzamos el vuelo,
poderoso Creador
de la tierra y el cielo,
nos libraste de su dañino anhelo.

LOS QUE CONFÍAN EN YAHVÉH *SALMO 125*

Como el monte de Sión
se alza inalterable el que en Ti confía.
Con firme decisión
el viento desafía
y atalaya en los mares el vigía.

Como Jerusalén
abraza montes a su alrededor,
coronando su sien
con laurel de vigor,
guarda el gran Dios al pueblo de su amor.

Como en tiempos pasados
prosperará la heredad de los justos;
arderán desolados
cual reseco arbustos
los que causaron tan crueles disgustos.

Como hijos selectos,
como saetas en mano valiente,
hará bien a los rectos,
guardará su simiente
en la bondad de su paz refulgente.

COMO LOS QUE SUEÑAN *SALMO 126*

Cuando del cautiverio
hicieses volver a la hija de Sión
tendremos refrigerio,
reiremos con pasión
como los que sueñan tu salvación.

Con lengua de alabanza
tu gloria cantando entre las naciones,
la bienaventuranza
de nuestros corazones
proclamará tus poderosos dones.

Como los soñadores
volveremos de la cautividad
con manojos de flores,

risas, felicidad,
repletas las alforjas de bondad.

Con lágrimas y dolor
regamos surcos en campo baldío,
cubiertos de sudor,
el corazón hastío,
llevando la semilla al suelo frío.

Alegres volveremos
abrazando las doradas gavillas
que riendo cogemos
camino de las villas
que duermen de tu río a las orillas.

SI YAHVÉH NO EDIFICA

SALMO 127

Si Tú no la edificas
vano es el esfuerzo de constructores;
el sudor multiplicas,
se marchitan vigores,
si no nos llegan tus ricos favores.

Si la ciudad no guardas
vano es el vigilar del centinela;
si tu respuesta tardas
el enemigo vuela
y nos aplasta la insolente suela.

Madrugar es en balde
buscándonos ganar pan de sudores
sin que nada respalde
los duros sinsabores.
Sólo Tú saciarás tus labradores.

Son los hijos tu herencia
y el fruto del vientre joyas secretas,
reflejo de tu esencia.
Cual veloces saetas
desde la aljaba alcanzarán sus metas.

BIENAVENTURADO SERÁS

SALMO 128

Bendito el que te teme
y anda con gozo en tus rectos caminos;
aunque todo se queme
en los pueblos vecinos
Tú colmarás sus felices destinos.

Es la esposa fragante
dulce gacela de su juventud,
compañera elegante,
rosal en plenitud,
pámpano fértil de íntima virtud.

La obra de sus manos
va luciendo su límpido esplendor;
nobles crecen y sanos
los frutos de su amor,
plantas de olivo, frutales en flor.

Bendito será el hombre
a quien Yahvéh bendice desde Sión;
linaje de renombre
llevará con fruición
a la santa ciudad de salvación.

AQUEL QUE TEME A YAHVÉH

SALMO 128

Bienaventurado el varón que teme al Señor,
que anda confiadamente en la paz de Su camino.
Su mesa llenará con el pan de su molino
y de él comerá dichoso rodeado de amor.

Como la vid que lleva frutos en derredor
su mujer es bendita en el hogar campesino;
y sus hijos, plantaciones de olivo genuino,
darán el aceite de su mesa y su vigor.

Así prosperará quien tiene en Dios la porción
de su herencia, quien ama la justicia y el bien
y busca cada día la luz de Su presencia.

Yahvéh te bendiga desde el Santuario de Sión
y veas el bien de la amada Jerusalén
todos los días de tu dilatada existencia.

NO PREVALECIERON CONTRA MÍ

SALMO 129

Mucho me han angustiado
Y afligido en la misma juventud,
sobre mi han arado
con su cruel actitud
roturándome surcos de acritud.

Sus fuerzas no triunfaron
cuando clamé a Yahvéh mi Señor;
sus metales quebraron
pues fuiste valedor
de tu siervo humillado, Dios de amor.

Vergüenza los alcance
y se sequen cual hierba en los tejados;
caigan en tal lance
enemigos odiados
siempre tramando sus planes malvados.

Se agostó su cosecha
en tu furor, cambiada fue su suerte,
heridos con su flecha,

y próxima la muerte,
sin sentir bendición de Yahvéh el fuerte.

DE LO PROFUNDO CLAMO

SALMO 130

Clamo de lo profundo,
atiendan tus oídos mi clamor;
si miras el inmundo
cubil del pecador,
¿quién se tendrá ante tu airado furor?

Mas hay en Ti perdón
para ser por el hombre venerado,
espero salvación,
descanso en Ti confiado
pues Palabra segura Tú me has dado.

Mi alma espera liviana
cual centinela atento en negra noche
o el guarda en la mañana
tu ansiado derroche
de pura gracia, diamantino broche.

NO ANDUVE EN GRANDEZAS

SALMO 131

No camino en grandezas
ni en cosas muy sublimes para mí;
ansiendo tus bellezas
al ver el cielo aquí
con la paz de un infante me dormí.

EN EFRATA LO OÍMOS

SALMO 132

¡Ten presente a David,
acuérdate, Señor, de su aflicción!
No se seque su vid
ni muera su ilusión:
él te amaba de todo corazón.

Al Fuerte de Jacob,
a Yahvéh ensalzó tu dulce cantor,
le rogó como Job
henchido de dolor:
«vean mis ojos tu Casa, Señor».

No entraré en mi morada
ni subiré a la regia fortaleza;
no me complace nada
si no alzo con destreza
mansión digna a tu divina realeza.

Lo oímos en el acto,
en el claro del bosque la encontramos
el Arca de tu Pacto;
en Efrata buscamos
la Ley que nos libró de viejos amos.

Levántate Señor
al bendito lugar de tu reposo.
No se aleje tu amor
del pueblo temeroso
que anhela subir al santuario hermoso.

Rijan destinos patrios
sacerdotes, ministros de justicia,
en los gloriosos atrios.
Limpíen toda inmundicia
y hagan de Sión jardín de tu delicia.

Juró Dios a David
y jamás su Palabra queda rota:
te daré adalid
sin conocer derrota
que reinará sobre gente devota.

El Señor inefable
ha venido a su santa habitación.
Con amor entrañable
amaste Dios a Sión
para darle bendita provisión.

CUÁN BUENO Y DELICIOSO

SALMO 133

Mirad cuán bueno es,
perfume de fragancia y armonía,
se junten dos o tres
viviendo cada día
cual notas de celeste melodía.

Mirad la gran belleza
del sumo sacerdote Aarón
cubriendo su cabeza
el óleo de la unción,
bautismo de alegría y salvación.

Mirad la blanca cima,
la gloria de los montes, el Hermón,
echándonos encima
brillante y fresco don,
corona de esmeraldas sobre Sión.

Mirad la paz del río,
la noche y sus ejércitos de estrellas,
las gotas de rocío,
las vírgenes doncellas,
las flores más hermosas y más bellas.

Mirad cual esplendor
nacidos por tu sangre a vida eterna,
unidos por tu amor,
festín de gracia tierna,
gozando de la herencia sempiterna.

MIRAD

SALMO 133

Mirad cuán bueno es,
perfume de fragancia y armonía,
se junten dos o tres
viviendo cada día
cual notas de celeste melodía.

Mirad la gran belleza
del sumo sacerdote Aarón
cubriendo su cabeza
el óleo de la unción,
bautismo de alegría y salvación.

Mirad la blanca cima,
la gloria de los montes, el Hermón,
echándonos encima
brillante y fresco don,
corona de esmeraldas sobre Sión.

Mirad la paz del río,
la noche y sus ejércitos de estrellas,
las gotas de rocío,
las vírgenes doncellas,
las flores más hermosas y más bellas.

Mirad cual esplendor
nacidos por tu sangre a vida eterna,
unidos por tu amor,
festín de gracia tierna,
gozando de la herencia sempiterna.

VIVIR EN ARMONÍA

SALMO 133

Mirad cuán bueno es, cuán delicioso
vivir en armonía los hermanos
sonriendo con amor, juntando manos
y hablando del Señor, de nuestro Esposo.

Mirad cuán bueno es, cuán agradable
mirarnos a los ojos y pedir
perdón por las ofensas y decir
tan sólo gracias dando un beso amable.

Mirad cuán dulces son las oraciones,
el incienso que sube cada día
a Su presencia, sin hipocresía,
sin rencor, sin sentir murmuraciones.

¿Existe un pueblo santo tan perfecto?
Tú tienes la respuesta si las cargas
de tus hermanos llevas y no amargas
la grata comunión y el tierno afecto.

A LOS SIERVOS DE YAHVÉH

SALMO 134

Oíd, desde el Santuario,
levitas, casa toda de Aarón,
alza el incensario
en santa adoración
al Señor, el gran Rey de la creación.

ALELUYA

Al Señor alabad
porque Él es bueno, cantadle a su Nombre,
al Santo venerad
descendencia del hombre,
vuestro aleluya a los cielos asombre.

AMARGA BABILONIA

SALMO 137

Amarga Babilonia,
alejados de nuestra salvación
pedías ceremonia,
cánticos de ilusión
desterrados de nuestra amada Sión.

«Cantad con alegría
a orillas del río, en los viejos cauces,
la alegre melodía
de los frondosos sauces»

suplicaban crueles y odiadas fauces.

Cesó el canto del arpa,
cesó el himno y la bienaventuranza,
nos arrancó la zarpa
de militar andanza
toda la alegría de nuestra danza.

En esa tierra extraña
¿cómo podremos cantar al Señor?
Y nos piden con saña:
«¡salmodiad con fervor! »
ciegos verdugos de nuestro dolor.

Dulce Jerusalén,
mi lengua se pegue a mi paladar
si miro con desdén
la gloria de tu altar;
si nunca tu luz llegase a olvidar.

Aquellos cantos puros,
ciudad de jubilosa algarabía,
que traspasan muros
sean de noche y día
preferente asunto de mi alegría.

«¡Arrasadla, arrasadla,
destruid la obra de Salomón,
asolada dejadla! »
gritaba con fruición
el rencoroso linaje de Edom.

Babilonia violenta,
dichoso el que tome por santo y seña
el pago de tu afrenta
y como corta leña
estrelle tus niños contra la peña.

¡ALABAD AL SEÑOR! SALMO 150.

Alabad al Señor en su santuario,
en la bóveda azul del firmamento,
alabad su poder y su talento,
su belleza y amor extraordinario.

Alabad con trompeta y con bocina,
con las notas del arpa y del salterio,
alabad con incienso y con sahumero,
alabadle con toda cuerda fina.

Alabadle con danza y con pandero,
tamboriles y címbalos de fuego,
con teñir de instrumento palaciego,
con flauta, decacordio y cancionero.

Alabadle con palmas y aleluyas
la inmensa plenitud de su grandeza,
con ritmo majestuoso y con destreza
toda virtud y toda gloria suya.

¡Todo lo que respira alabe al Señor!

EL HEREDERO

Los ojos ancianos contemplan la herencia
de estrellas azules en grandes racimos
dejando en la noche fosfóricos limos,
legado divino de espléndida ciencia.

Los ojos descienden siguiendo el sendero
que pierde su rastro en lejanas colinas
buscando un palacio de áureas esquinas,
mas sienten tristeza pues no hay heredero.

“Preciosa es la dote de inmensa fortuna”,
cavila el patriarca en nocturna visión.

“No temas, Abram, pues tendrás galardón,
tu escudo Yo soy en las noches sin luna”.

“Señor Jehová, ¿qué me habrás de ofrecer?
Mis días declinan sin prole feliz;
cerrada hace tiempo la infértil matriz
mi herencia tendrá el damasceno Eliezer”.

“Olvida a tu esclavo pues hijo tendrás
llevando esa herencia que Yo le daré,
estrellas sin fin brotarán de tu fe
que alcanza justicia por siempre jamás.

Yo soy Jehová que te saco de Ur
con brazo extendido y eterno poder,
la tierra Yo entrego al que humilla su ser
trazando el camino hacia un cielo de azur.”

El pacto refrenda la sangre inocente
de aquellas palomas y cuerpos partidos.
Espera el patriarca cruzarlos unidos
mas llega un sopor espectral de repente.

Las aves rapaces ahuyenta aquel horno
de fuego humeante que cruza el sendero
abierto con sangre y dolor verdadero,
ofrenda divina de amor sin retorno.

Sumido el patriarca en un sueño profundo
contempla misterios de tiempos futuros:
un rostro se enciende tras días oscuros
y adquiere en herencia los reinos del mundo.

¿Quién es el varón con vestidos de lino
ceñido su pecho con cintos de oro?
El sol resplandece en su rostro sonoro
y brillan sus ojos con fuego divino.

Un hijo de esclava concibe con gozo
mas pronto se enturbia la paz familiar.
Arquero salvaje, creció sin hogar
quien fue revivido en las aguas del pozo.

Tal vez fuese el hijo que Sara tendrá...
Desciende brillante del monte de Moriah
mas tuvo dos niños con pena y sin gloria
¡prefiere la caza a la voz de Jehová!

Aquel a quien ama desprecia la herencia
y un mísero plato de rojas lentejas
indigno antepone a promesas añejas
dejando detrás la divina presencia.

Su hermano persigue alcanzar la promesa
con tretas y ardidés de espíritu artero.
Herido en la lucha, no fue el heredero
si bien alcanzó de un monarca la mesa.

Un nuevo varón aparece en escena
a quien sus hermanos entregan cautivo.

Y aquel que lloró con un llanto tan vivo
por Dios fue escuchado en su amarga condena.

Un día el manojo es alzado derecho
y un coro de estrellas se inclina lloroso.
¿Es éste el que hereda feliz, victorioso,
las huestes vencidas de un mundo maltrecho?

No lo es, pues sus ojos mirando al futuro
contemplan la muerte inminente y el día
que Dios dispondrá, con inmensa alegría
la entrada en la tierra del gozo seguro.

Extrañas visiones irrumpen el sueño:
observa una zarza de espinas ardientes
en lo alto de un monte con voces rugientes,
corona sangrante colgando de un leño.

La atroz pesadilla da paso a la imagen
de aquel que, tal vez, fuese ya el heredero.
Implora paciente y cual manso cordero
suplica al Señor que sus iras no bajen.

La cólera embarga al paciente varón
que estrella el cayado, hiriendo la roca.
Lamenta llorando su furia tan loca
mas no cruzará los umbrales de Sión.

¡Por fin! en Belén de Judea aparece
el dulce cantor de Israel, pastorcillo
que bate gigantes y pasa a cuchillo
la cruel Filistea que al pueblo estremece.

Un día nefasto, dejando la guerra
sucumbe al capricho falaz e indolente;
un hombre es enviado a morir en el frente
cayendo la indigna corona por tierra.

Un libro aparece en la extraña visión
lacrado con siete rubíes muy bellos.
“Es digno de abrir este libro y sus sellos
Aquel que redime y otorga el perdón”.

Un canto de júbilo invade los cielos:
“¡Es digno el Cordero que ha sido inmolado,
eterno Heredero, por siempre exaltado,
tu Nombre ha alcanzado los más altos vuelos!”

Henchido de gozo despierta el anciano
que ha visto el gran día de Cristo el Señor.
La meta es tan bella y de tanto valor
que todo el trayecto es fugaz y liviano.

Los valientes de David

*“Estas son las postreras palabras de David”. 2ª Sam. 23:1
“Estos son los nombres de los valientes que tuvo David”. 2ª Sam. 23:8*

El arpa enmudece.
Los cantos piadosos traspasan el cielo.

Reposa la regia corona.
Las aves del templo levantan el vuelo
llenando de trinos la santa ciudad.
El dulce cantor se estremece.
En paz terminó su reinado reinando la paz.
Los súbditos fieles acuden mostrando su honesta lealtad
y aclaman la augusta persona.

Sonó la trompeta.
Comienza la marcha triunfal.
Delante del rey van pasando sus hombres valientes
mostrando el orgullo en su bélica faz,
las armas que el mundo respeta,
los arcos de bronce que escupen saetas ardientes,
escudos, adargas, espadas que anuncian su fuego letal...

El rey los saluda inclinado en su trono
y eleva al Altísimo un salmo postrero:
“Mi Dios es mi roca, mi alto refugio, mi gran Salvador;
en tiempos de angustia a Ti me abandono,
castillo confiable y mi libertador,
que ciñe de fuerza a su siervo sincero
y adiestra mis manos en cada batalla
moviendo mis pies con soltura de ciervas.
¡Bendito es el Nombre que escucha el clamor en el
tiempo de angustia,
que inclina los cielos volando en las alas del viento!

Mi pecho de júbilo estalla
pues siempre escuchaste mi triste lamento;
alzando en tus manos mi súplica mustia
soplaste tu fértil aliento
creando un jardín de aromáticas hierbas.
A Ti cantaré pues salvaste a tu rey,
tu gracia mostraste a tu ungido
que amó tu camino perfecto y anduvo en tu ley.
Tu espíritu has puesto en mi lengua
y abriste mis ojos a un reino futuro
mostrándome un justo varón escogido
reinando en la tierra,
brillando su frente con luz cenital que no mengua,
campeón de la paz, que transforma en viñedos los
campos de guerra
y exhibe la gloria divina en su estado más puro”.

Delante del rey van pasando sus hombres valientes
marcando el compás con pisadas marciales,
grabado el orgullo en sus frentes
y honor en sus ojos glaciales.

Joseb Basebet, tacmonita,
-“aquel que se sienta en un trono”-
mató a ochocientos blandiendo su lanza impetuosa
luchando sin tregua en un día de angustia infinita.
El hijo de Dodo, Eleazar, ahohíta,
dejando a los tres encaró la fogosa
legión filistea que acosa con bárbaro encono
huyendo Israel a su paso.
Los ojos del fiel Eleazar descubrieron soldados celestes
que manda en su ayuda el Señor de la Gloria
y emprende un combate furioso que alcanza el ocaso;
con tal energía deshace las huestes
que el frío metal de la espada se pega a su mano.

¡La espada descende afilada, sedienta y alada!
La espada de un hombre valiente
con sangre a su mano pegada,
clavados los pies en la hostil divisoria del frente.
El pueblo regresa temprano
detrás de Eleazar y recoge el botín.
¡Qué grande victoria le ha dado Jehová en este día!

Después se presenta el tercer paladín,
es Sama, el varón ararita,
aquel que defiende un cultivo de humildes lentejas
y afronta al feroz filisteo con gallarda osadía
salvando el precioso alimento.
¡Qué grande victoria le ha dado Jehová a su gente bendita!

Pasaron los tres esforzados valientes con gran alegría
mostrando en su cuerpo las viejas
heridas de otro momento
cubiertas de flores que ofrecen hermosas doncellas.

En tiempos de siegas ardientes,
cercado Israel por la hostil Filistea,
pronuncia David las palabras tan duras y bellas:
“¡Qué fresca y deseable es el agua efratea!
¡Quisiera beber de tu pozo, bendita Belén!”
Y tres de los treinta valientes
oyendo el anhelo que el rey más desea
se lanzan en busca del líquido bien.
Corriendo sin tregua cruzaron la línea enemiga
sacando del pozo las aguas preciosas,
cual bella primicia de espiga,
y vuelven gozosos trayendo el presente a David.

Las manos del rey, temblorosas,
derraman el agua costosa en feliz libación.
Ni gota probaron sus labios, resecos sarmientos de vid.
El agua a la tierra descende y asciende una hermosa oración.

Detrás de los tres esforzados valientes desfila Abisai,
el hijo de Sarvia y hermano de Joab,
de todos los treinta el más importante
llegando a ser jefe del grupo selecto;
empero no obstante,
valor tan espléndido, noble y perfecto
cual fuera el valor de los tres principales valientes,
como ese en la tierra no lo hay.
Después Benaía, el hijo de aquel esforzado Joiada,
linaje de sobresalientes;
mató a dos leones en Moab
y tal fue su recia bravura
que hirió mortalmente a un tercero en la fosa nevada.
Al ver al egipcio gigante bajó a la llanura,
cual hizo en su día el valiente pastor,
y embiste al egipcio con sólo una vara en la mano
con tanto arrojo y valor
que arranca su lanza, hiriendo de muerte al gigante cercano.
Varón de renombre, campeón de los treinta,
lo puso David como jefe en su guardia real
si bien no igualó a los tres principales.

Pasaron aquellos que limpian la afrenta
del cruel enemigo en las horas fatales
que asedian al pueblo las fuerzas del mal.

Elica, Asael, Elhanán, Mebunai,
Ahíam, Igal, Abiezer, Abialbón,
Eliaba, Selec, Maharai,
Azmavet, Benaía, Salmón,
Heleb,
Itai,
Gareb,
Ezrai...

El rey contempló con tristeza aquel hueco en las filas
y el nombre de Urías, heteo, agitó sus entrañas.
Un nombre que arde en sus rojas pupilas,
el nombre de un hombre valiente
luchando sin tregua al costado del arca,
enviado a morir en el frente
por turbias maniobras extrañas
que llenan de infamia y dolor al glorioso monarca.

Tampoco desfila la triste figura de azul
que amaba a David cual si fuera su hermano.
Prefiere seguir a su padre Saúl
dejando a un David humillado y lejano.

Pasaron los hombre valientes
ciñendo sus frentes hermosas coronas,
con nuevos vestidos y rostros sonrientes.
Guardaron reposo las armas campeonas,
los ricos trofeos y mil estandartes.
Pasaron los hombres valientes del rey
que un día acudieron de todas las partes
sirviendo en la cueva a un proscrito sin ley.
Cesaron las largas jornadas,
las noches tendidas al raso,
los días de fuego, las noches heladas,
las luchas sin tregua del alba al ocaso...

Sus nombres han sido grabados con letras de oro:
los hombres valientes del rey,
su más apreciado tesoro.

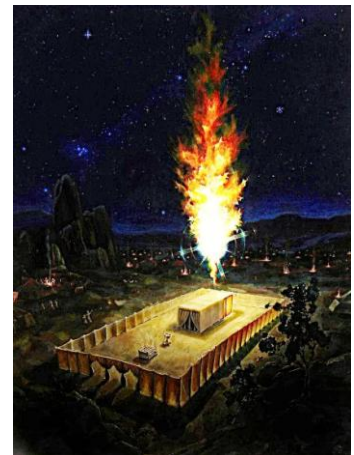
Francesc Closa i Basa



CÁNTICOS EN LA NOCHE. Introducción al Libro de los Salmos.

El himnario del pueblo de Dios.

El **Libro de los Salmos** es único en la Biblia. Es el libro más citado por los autores del N.T. y los padres de la iglesia primitiva. Era el himnario de Israel y de hecho ha sido el molde de todos los himnarios que ha usado el pueblo de Dios a través de los siglos. Los judíos lo llamaban “El libro de Halal” o “El libro de alabanzas” (*sefer tehillim*). Está repleto de jubilosos cánticos de alabanza, pero abarca también todo el registro de emociones y estados espirituales, desde la aflicción, angustia o desesperación hasta cánticos de batallas, de bodas o de coronación; contiene palabras de enseñanza, consuelo, admonición o ánimo, sin omitir terribles muestras de maldición sobre violentos enemigos, que nos llenan de profunda desazón. Sobre este último punto, un poco más adelante expondremos unas consideraciones oportunas, que nos ayudarán a centrar nuestra perspectiva cristiana sobre la dura realidad de estas expresiones imprecatorias.



El significado de la expresión **salmos** procede del hebreo *mizmer*, literalmente “cánticos”, denotando composiciones poéticas cantadas con acompañamiento de cuerda, aunque la palabra salmos, en sí, es la traslación del griego *psalmoi*, que encabeza dicho libro en la Septuaginta. Alrededor de la mitad de ellos fueron compuestos por David, pero hay también otros autores, algunos de ellos anónimos. Por el encabezamiento, en ocasiones no queda claro si el nombre indica el autor del salmo o a quien fuera dedicado. En muchas versiones, los encabezamientos figuran separadamente, en letra pequeña, dando a entender que no forman parte del texto original, pero en el A.T. hebreo formaban parte del texto del salmo.

El *escenario histórico* de los salmos suele quedar eclipsado por su *vertiente emocional, devocional y espiritual*. Aunque hay claros ejemplos de relatos históricos minuciosos, su interés principal se centra en *el corazón del creyente dirigido hacia el trono de Dios* de múltiples maneras, y en un plano superior, constituyen un amplio ventanal, un espléndido rosetón gótico, que nos permite contemplar el corazón mismo de Dios. Adoración, alabanza, júbilo, amor, éxtasis sagrado, meditación, evocación, devoción, clamor, conflicto, ruego, interrogación, súplica, imprecación, temor, aflicción, arrepentimiento o humillación, entre otros, forman el rico entramado neuronal de todo el libro de los Salmos, conectando el corazón de Dios con el de sus hijos.

Su proceso de formación es muy dilatado, desde composiciones de Moisés hasta autores postexílicos que describen toda la amargura de dicha experiencia. Hay también un desconocido proceso de selección, compilación y edición que culmina con el repertorio de los 150 salmos que conocemos, agrupados en cinco libros, abarcando un total de 2.461 versículos. Una creciente corriente de investigación estudia el Libro de los Salmos, no como una colección de cantos individuales, sino como partes de un todo, de manera que el conjunto es mucho más grande que la suma de las partes individuales. Los compiladores definitivos establecieron el conjunto en un orden bien definido para dar coherencia, unidad y dirección a toda la colección.

El Libro de los Salmos tiene una orientación tanto *escatológica* como *mesiánica*, no atribuible a los autores del N.T. o la iglesia primitiva, sino que ya era parte de la colección de himnos y oraciones de Israel cuando el Salterio llegó a ser aceptado como canónico. Esa clara orientación mesiánica fue una de las razones principales de su canonización. Este libro representa, pues, no sólo una ventana a la historia de Israel, sino también a sus esperanzas escatológicas y mesiánicas; el David que reflejan tantos salmos no es meramente el David histórico, sino también el representante del pueblo de Israel y el libertador esperado en el futuro. Y el lugar donde los salmos son entonados o meditados ya no es en el Templo sino en el Salterio mismo. Éste es ahora el refugio y santuario donde el Señor se revela y los fieles pueden ver la gloria de Yahvéh.

Lo que sí puede afirmarse con certeza, señala Martínez, es que los Salmos surgieron como expresión de una fe profunda, individual o comunitaria, que situó las más variadas experiencias bajo la luz de la palabra y de los grandes actos de Dios. La inspiración de los autores nació, no tanto de su fertilidad lírica como de la acción del Espíritu de Dios, mediante la Palabra, en el espíritu de ellos (2 Sam. 23:2 ss; Hch. 1:16; Mt. 22:43).

El gran conflicto de los siglos.

Aún cuando hay una persistente nota de **alabanza** en todo el salterio, es aún más frecuente el gran tema de **la lucha y el conflicto espiritual**. En casi todos los salmos (las únicas excepciones parecen ser los salmos 100, 133 y 150), el tema del conflicto late en el corazón del salmista de una u otra forma. La gran lu-

cha de los siglos es la guerra entre la verdad y el engaño, entre el pecado y la justicia, entre el camino del justo y el del impío, el pueblo del pacto y sus enemigos gentiles, y en último término, entre Dios y Satanás. Nuestro mundo gime a una y a una está con dolores de parto (Rom. 8:22), y “como las chispas se levantan para volar por el aire”, así el hombre nace para la aflicción” (Job 5:7). Pero es, precisamente, la confianza en Dios lo que hace que el creyente experimente gozo aún en los duros momentos de la aflicción (ver 2 Cor. 6:9-10).

El Salmo 1 es paradigmático y contiene la declaración definitiva en torno a este conflicto secular, por lo que constituye el fundamento de todos los demás salmos. El último de ellos, el 150, presenta la victoria final y eterna de Dios, en el cumplimiento pleno de todos sus propósitos. El Salmo primero prefigura esta victoria, pero todo el conflicto es muy real y permanente a través de todos los salmos que se interponen.

La primera referencia al *cántico* viene después de la primera de las “*imprecaciones*” con las que vamos a irnos encontrando: “Castígalos, oh Dios... por la multitud de sus transgresiones échalos fuera, porque se rebelaron contra Ti Pero alégrese todos los que en Ti confían; den voces de júbilo (o ‘canten de gozo’) para siempre, porque Tú los defiendes; en Ti se regocijen los que aman tu Nombre” (Sal. 5:10-11).

Estructura del Libro de los Salmos: una colección de 5 Libros.

Libro I	Salmos 1 al 41	41 Salmos
Libro II	Salmos 42 al 72	31 Salmos
Libro III	Salmos 73 al 89	17 Salmos
Libro IV	Salmos 90 al 106	17 Salmos
Libro V	Salmos 107 al 145	39 Salmos
Epílogo	Salmos 146 al 150	5 Salmos

Nadie sabe con certeza *por qué se recopilaron así* originalmente. Al parecer se trata de recopilaciones antiguas en orden cronológico o temático, pero los detalles no están muy claros. Los *últimos 5 Salmos* (cuya intención original sería formar un gran *Epílogo* a las cinco colecciones de salmos, clímax apropiado para el maravilloso “Libro de las Alabanzas de Israel”), podrían titularse “Salmos de Aleluya”. Cada uno comienza y termina con la exhortación: “Alabad a Yahvéh” (en hebreo “*aleluya*”). La alabanza empapa todo el territorio de los salmos, igual que debe penetrar en la vida de cada creyente que se apropia de su contenido, pero su gran clímax lo alcanza al final. Estas cinco últimas composiciones describen una congregación eterna de alabanzas celestiales, al final de la historia humana, prolongándose en la expansión de la gloria eterna.

El término “**alabar**” y todas sus formas derivadas o afines se dan más veces en todo el Libro de los Salmos que en todo el resto de la Biblia. Aún así, en este excelso Epílogo su frecuencia triplica la de cualquier otro bloque de cinco capítulos (aparecen un total de 44 veces; en los salmos 115 al 119, por ejemplo, sólo ocurren 13 veces). El término “**aleluya**” aparece 22 veces (el mismo número de letras del alefato hebreo) en todo el Libro de los Salmos, la primera de ellas en el Salmo 104, el Salmo más sublime de las grandes obras de la creación y providencia de Dios, pero 10 de estas 22 menciones corresponden a este Epílogo.

Al principio la “congregación” de este Epílogo estaba integrada por un minúsculo grupo o remanente de creyentes, pero la asamblea celestial que contemplamos después es similar a las congregaciones que surgen en el **Libro del Apocalipsis**, durante el clímax del juicio en la tierra, donde vemos también una exhortación angélica dirigida a la multitud que se ha congregado para alabar al Señor, cuando Cristo se está preparando para su regreso triunfante (Ap. 19:1-6). En este glorioso pasaje del Apocalipsis el término “*aleluya*” aparece *cuatro veces*, las únicas que se dan cita en todo el Nuevo Testamento, lo que refuerza la convicción de que estos Salmos de Aleluya deben entenderse principalmente como una *descripción profética de aquel gran día de la gloria del Señor*, constituyendo un armazón profético en orden cronológico de los acontecimientos y testimonios que tendrán lugar en el seno de aquella congregación durante el período del Apocalipsis.

Una tercera parte de los Salmos son totalmente **anónimos**; el resto de vienen designados en las cabezas de sus respectivos Salmos (aunque podrían tratarse de *dedicatorias*). A David se le atribuirían 73 salmos; a Asaf, 12; a los hijos de Coré, 10; a Moisés, 1; a Salomón, 2; a Hemán y Etán, 1 cada uno; y el resto, 50, son totalmente anónimos. Uno de estos anónimos (Salmo 2) es atribuido a David, en Hechos 4:25, y el Salmo 72, “de Salomón”, concluye diciendo: “aquí terminan las oraciones de David, hijo de Isai”, por lo que probablemente fuera compuesto por David, dedicado a Salomón, como también ocurriría en el 127 (“Cántico gradual; *para* Salomón”), y también los Salmos atribuidos a los hijos de Coré vienen epigrafiados como “*para* los hijos de Coré”. De ser correctas estas suposiciones, el conjunto final tendría algo más de simetría.

Una característica notable de estos cinco Libros que componen el Salterio, es que cada uno de ellos concluye con una gran **doxología** exultante de bendición. El *Epílogo* no termina con una bendición similar, sino con una exhortación y doxología aún mayores: “Todo lo que respira alabe a Yahvéh. ¡Aleluya!” (150:6).

Poco antes de cada una de estas magníficas doxologías conclusivas encontramos el testimonio del gran conflicto existente entre los enemigos de Dios y el pueblo de Dios. Por ejemplo, en el Salmo 145:20 leemos: “Yahvéh guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos”.

Este sublime y excelso Libro de los Salmos nos proporciona la grata seguridad de la presencia de Dios al lado de aquellos que le aman, en medio de un mundo abyecto y pecaminoso, proporcionando un inmenso repertorio de alabanzas y cánticos aún en medio de la más oscura noche de luchas y sufrimientos.

Una reflexión cristiana sobre los Salmos imprecatorios (por José María Martínez).

La reacción ante los enemigos en algunos casos inspira al salmista las más duras imprecaciones (Sal. 35:1-8; 58:6-9; 59; 69:22-28; 137:8 ss.). El lenguaje es tan crudo que para muchos lectores constituye una piedra de tropiezo. ¿Cómo podrían personas profundamente piadosas abrigar sentimientos tan despiadados y proferir execraciones tan atroces?

La respuesta no es fácil; pero una ponderación adecuada de los textos desde el punto de vista existencial, lingüístico y teológico nos ayuda a leer estos salmos bajo otra perspectiva.

En primer lugar debe tenerse presente la situación angustiosa, a menudo horrible, a que el piadoso era sometido por sus acosadores. En tal situación, cualquier reacción, aún la más airada, resulta explicable. En nuestros días, después de veinte siglos de cristianismo, todavía las grandes injusticias y la crueldad encienden en nosotros la indignación y el deseo de que quienes las practican sufran un duro castigo. ¿Podría esperarse un comportamiento más atemperado en hombres que nada sabían del Sermón del monte y sus máximas de amor hacia el enemigo y que, por el contrario, habían respirado la atmósfera de una sociedad en la que se consideraban normales las venganzas más crueles?

También ha de tomarse en consideración el carácter hiperbólico que frecuentemente adquiere el lenguaje poético. Ese carácter se acentuaba entre los orientales cuando se enardecían sus emociones. Si eso sucedía como consecuencia del mal infligido por los enemigos, se recurría a las frases más duras para expresar la indignación. Al parecer, existían fórmulas de maldición que servían de vehículo a estos sentimientos. Algunos autores han pensado que los salmistas usaron esas fórmulas como pauta para sus composiciones imprecatorias. En su lenguaje debe verse el trasfondo cultural de una época muy lejana a la nuestra.

Pero es el contexto teológico el que mejor puede iluminar los pasajes en cuestión. No parece que lo esencial en ellos sea un sentimiento personal de venganza. David demostró su magnanimidad en relación con su gran adversario Saúl, y con su propio hijo rebelde, Absalón. El “ojo por ojo y diente por diente” no era el único principio que regía el comportamiento en situaciones de conflicto. La *jokmah* (sabiduría) de Israel incluía otro precepto: “si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber” (Prov. 25:21). Pero en el caso de los Salmos imprecatorios no se trata simplemente de ofensas personales. Los enemigos del orante son también los enemigos de Dios. Son hombres injustos que menosprecian cínicamente las leyes divinas; su conducta constituye una gran provocación y una amenaza para el orden moral. Sobre ellos debe recaer el juicio divino previsto en las maldiciones del pacto (Dt. 27:15 ss; 28:15 ss). Lo que en el fondo parece pedir el salmista es que el honor de Dios sea reivindicado. Tal es el sentir que se expresa en el Salmo 139:19-22. Los enemigos del salmista lo son porque son enemigos de Dios. Ésta es la razón por la que los aborrece y desea su muerte, justa retribución a su impiedad. Orar por la destrucción del injusto equivalía a pedir la condenación de la injusticia. Aquél era visto como la encarnación de ésta. Para un israelita era inimaginable el exterminio de la maldad sin el castigo ejemplar de los malos a ojos de los demás humanos. Su visión escatológica no era aún muy clara. Si la justicia de Dios había de resplandecer, había de ser “aquí y ahora”, en el mismo escenario terrenal en que los malvados habían practicado sus iniquidades.

Antes de estremecernos con un sentimiento de horror y reprobación ante las imprecaciones de algunos salmos, deberíamos situarnos en el contexto histórico de sus autores y, al mismo tiempo, asegurarnos de que nuestra pretendida magnanimidad está exenta de hipocresía, de que nuestras manifestaciones de mansedumbre no enmascaran una actitud de falsa tolerancia y lenidad. Al final de su comentario sobre el Salmo 137, añadió MacLaren unas frases dignas de reflexión: «Quizá no haría ningún daño a los tiernos de corazón modernos tener un poco más de hierro en su ternura y reconocer en lo más íntimo que el Rey de paz ha de ser primeramente Rey de justicia y que la destrucción del mal es el complemento de la preservación del bien».

Cabe hacer una última observación. En los Salmos imprecatorios se pone de manifiesto que el orante no piensa ni por un momento en tomarse la justicia por su mano. Encomienda su causa a “Aquel que juzga justamente”, y espera en Él (Sal. 37:5-9). Este ejemplo sería plenamente revalidado por Cristo (1 P. 2:23). Y es todo un reto para nosotros hoy.

DIVISIÓN DEL SALTERIO. Rodolfo H. Blank.



LOS SALMOS TORÁ.

Asociamos el Salterio con la figura de David, el dulce cantor de Israel, así como asociamos la Torá con Moisés cuando hablamos de la ley de Moisés. Los así llamados “salmos Torá” nos muestran cuán estrecha es la unión de Moisés con David, y la adoración con el estudio de la Torá. Es el estudio de la Torá lo que lleva al hombre justo a entonar los salmos. Del mismo modo, al orar y cantar los salmos somos llevados a vivir en conformidad con la Torá. Como ejemplo de Salmos Torá podemos citar el Salmo 1, el 9 y el 119.

LOS SALMOS REALES.

Así como el primer salmo llama a todos los que entonan las alabanzas del Señor a andar en la ley de Yahvéh, el segundo llama a todos a rendirse ante el Ungido del Señor, o sea ante el Rey que Dios ha escogido para gobernar en su Nombre. Los cantos que han tenido su origen en las ceremonias sagradas relacionadas con la unción, entronización, matrimonio y pactos reales de los reyes de Judá e Israel han sido designados como salmos reales. Al cantar estos cánticos, el pueblo de Dios no solamente recuerda a David, Salomón, Ezequías y Josías sino que también aguarda con esperanza la manifestación del rey mesiánico que ha de venir. Hemos designado como Salmos reales, entre otros, los Salmos 2, 20, 45, 72, 89 y 110. El Salmo 2, por ejemplo, enfoca nuestra atención en la entronización del Rey, mientras que el 45 celebra un matrimonio real.

LOS SALMOS DE ENTRADA.

El enfoque aquí son los salmos que fueron utilizados por los porteros, es decir, los levitas, cuya responsabilidad era guardar las puertas del Templo con el fin de dar la bienvenida a los peregrinos y a los adoradores de Dios, y de impedir la entrada de personas indignas, impuras e injustas. A los porteros les tocaba también la tarea de abrir las puertas del Templo para permitir la entrada del Arca del Pacto, el trono visible del Dios invisible. Entonamos los Salmos de entrada para celebrar la entrada de Dios y su Ungido tanto al Templo de Jerusalén como a la Jerusalén celestial. Podemos citar en esa categoría los Salmos 15 y 24.

LOS SALMOS MESIÁNICOS.

Aunque en un sentido todos los salmos muestran una orientación mesiánica, hay algunos cantos en el Salterio que son específicamente señalados por los escritores del Nuevo Testamento como composiciones proféticas que anunciaban de antemano tanto la Pasión de Jesucristo como su victoria sobre la muerte y las fuerzas del mal. Se citan como tales, en sentido estricto, los Salmos 2, 16, 22, 24, 68, 72 y 110 y 118.

LOS SALMOS PENITENCIALES.

Por muchos siglos los pecadores arrepentidos, o sea, los penitentes, eran requeridos a elevar en oración los así llamados “siete Salmos penitenciales” como parte de su penitencia. Aunque hay más salmos que

tocan el tema del arrepentimiento y el perdón, los siete cantos penitenciales citados son el Salmo 6, 32, 38, 51, 102, 130 y 143. Los Salmos 51 y 130 son dos que han ejercido un papel muy importante en nuestras liturgias y en la vida de personas como San Agustín y Martín Lutero. Estos antiguos cantos nos sirven todavía como espejos en los que podemos contemplar nuestra condición humana.

LOS SALMOS DE LOS HIJOS DE CORÉ.

Doce salmos distribuidos a través del segundo y tercer libro del Salterio llevan el encabezamiento de “Masquil o Salmo de los hijos de Coré”. Son los Salmos 42 al 49 y 84, 85, 87 y 88. Estos doce salmos provienen de un gremio de cantores y profetas inspirados conocidos como los hijos de Coré. Entre los lamentos y súplicas que abundan en estos cantos encontramos no solamente las súplicas para ser liberados del reino de la muerte sino también una fuerte esperanza en la resurrección de los muertos. Los Salmos 42, 43, 46 y 84, por ejemplo, son espejos en los cuales podemos conocer los temores y las esperanzas que bullen en nuestro ser más profundo.

LOS SALMOS QUE TRATAN DE LA CREACIÓN DEL GÉNERO HUMANO.

El Dios a quien se canta y se ora en el Salterio es designado con frecuencia como el Creador del cielo y de la tierra. Podemos observar al Creador y su creación estudiando los Salmos 8 y 139, que contemplan no solamente la creación en términos generales, sino especialmente la obra suprema del Creador: el ser humano. En estos himnos alabamos a Dios por habernos creado y por habernos asignado una función muy importante en su plan para con el universo. En muchas partes del Salterio encontramos varios salmos en los que se destaca la obra del Creador en llevar al mundo y al ser humano hacia la consumación de su proyecto para el universo. Otros cánticos en los que se entona la gloria del Creador son los Salmos 24, 29, 65, 98 y sobre todo el 104.

LOS SALMOS DE LOS HIJOS DE ASAF.

Otro de los celebrados gremios de músicos y profetas inspirados del Antiguo Testamento era una agrupación conocida como los hijos de Asaf. Asaf fue uno de los cantores nombrados por el Rey David para encargarse de dirigir la música y los cantos en celebraciones litúrgicas del pueblo de Dios en Jerusalén. Sus descendientes siguieron en los pasos de su antepasado ilustre tocando sus instrumentos no solamente para las celebraciones en el Templo de Jerusalén y de Betel, sino también acompañando con su música y sus cantos a los ejércitos de Israel en sus batallas. Tenemos doce himnos en el Salterio atribuidos a los hijos de Asaf. Son los Salmos 50 y 73 al 83. Muchos de los Salmos de Asaf son amargos lamentos que surgieron de los tiempos cuando Israel fue invadido por ejércitos extranjeros y cuando sus santuarios y lugares santos sufrieron profanación y destrucción.

LOS SALMOS MARCIALES.

Los salmistas con sus cantos no solamente lamentaban las derrotas e invasiones que sufrieron los israelitas. Los santos cantores de Israel también celebraban los triunfos de sus guerreros y sus reyes ungidos especialmente en una de las así llamadas “guerras santas”. Aunque las guerras santas como una institución del pueblo de Dios ya no están vigentes en el tiempo de hoy, sirven como anticipaciones de la última batalla del Mesías en contra de las fuerzas del mal y también de la guerra espiritual de los cristianos en contra de las asechanzas del diablo y sus agentes. Se pueden encontrar notas marciales en los Salmos 2, 20, 24, 68 y 110.

LOS SALMOS DEL CUARTO LIBRO.

Muchos de los cantos y oraciones del cuarto libro del Salterio reflejan la situación del pueblo de Dios que vive en la cautividad y anhela la venida de *Yahvéh* Rey y de un nuevo Moisés para guiar a los exiliados a la Tierra Prometida. En los salmos de este libro encontramos muchos recuerdos de las bendiciones que Dios había derramado sobre su pueblo en el pasado juntamente con las plegarias de los fieles que esperan entonar un cántico nuevo para celebrar la restauración de Israel. Los Salmos 90 y 91 forman un conjunto en el que el primero nos ayuda a entender el segundo y viceversa. El primero expresa la impaciencia de los creyentes de todos los tiempos para ver terminadas las aflicciones de su cautiverio. El segundo refleja la firme esperanza de los fieles de ser liberados de todas sus aflicciones presentes y futuras.

UN LAMENTO NACIONAL.

En el Salmo 80 volvemos a encontrar uno de los grandes lamentos de los hijos de Asaf, escrito originalmente después de la terrible destrucción de la casa de Dios. El salmo pide que termine la indignación de

Dios con su pueblo, y la restauración de sus misericordias para con sus ovejas y su ungido. En este salmo escuchamos los solemnes tonos de la ley que nos juzga y nos condena. En el Salmo 32 encontramos otro de los salmos penitenciales, uno de los favoritos tanto de San Agustín como de Martín Lutero. Es un salmo en el que el salmista se regocija en las buenas nuevas del perdón. A través de todo el Salterio encontramos ecos del mensaje de la ley y del evangelio que caracterizan tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento.

LOS SALMOS GRADUALES.

La palabra gradual indica gradas que se suben. En el quinto libro de los Salmos encontramos un grupo de salmos que cantan los peregrinos mientras que suben o ascienden para adorar a Dios arriba en su santuario en la Ciudad Santa. Estos salmos, desde el 120 al 135, son entonados no solamente por los judíos que suben desde su cautividad en Babilonia regresando al monte Sión, sino también por los fieles de todos los tiempos que suben para adorar al Señor en su Templo, especialmente en las grandes fiestas de peregrinación. Son cánticos que entonamos también mientras que subimos a la ciudad de Dios, la Jerusalén celestial, para ver al Rey en su gloria.

LOS SALMOS DE LA REALEZA DEL SEÑOR.

En vez de celebrar los momentos sobresalientes en la vida de los reyes de Israel y Judá, que a menudo fracasaron en sus intentos de llevar adelante el reino de Dios, y de gobernar de acuerdo con el pacto, los salmos de la realeza del Señor afirman que el verdadero Rey del pueblo de Dios es Yahvéh, el cual vendrá para llevar a cabo lo que los reyes humanos no han logrado realizar: el establecimiento del reino de justicia y *shalom*, y la renovación de toda la creación. Hay una gran concentración de los salmos de la realeza del Señor en el cuarto libro, especialmente los Salmos 93 al 100, aunque otros salmos también llevan rasgos de la teología que se enfatiza en los salmos de la realeza del Señor, entre ellos los Salmos 82, 47 y 24.

LOS SALMOS DE CONFIANZA Y ESPERANZA.

Muchos de los himnos y oraciones en el Salterio han sido atribuidos o asociados con la vida, las luchas y las victorias del rey David. Los expertos en la materia todavía debaten entre sí en cuanto a la paternidad davídica de muchos de estos salmos. Los Salmos 23 y 16 son dos salmos que no sólo reflejan la carrera histórica del segundo rey de Israel, sino también del nuevo David esperado.

LOS SALMOS DEL REGRESO.

El quinto libro de los Salmos comienza con el Salmo 107 y termina con el Salmo 150. Son salmos que reflejan la euforia, la gratitud y la alabanza, pero también los desafíos y las desigualdades de los judíos que regresaron de la cautividad babilónica para reconstruir la Ciudad Santa. Son salmos que nos instruyen a orar, alabar y vivir como los redimidos de Dios mientras que guardamos la manifestación gloriosa de los hijos de Dios. Entre este grupo de salmos se pueden destacar el Salmo 107, el 145 y los cinco últimos, Salmos 146 a 150, que vienen a constituir un brillante epílogo al Libro de los Salmos.



EL SEÑOR JESUCRISTO EN EL LIBRO DE LOS SALMOS

SALMO	TEMA	TEXTO
1	El varón perfecto	Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace prosperará (v. 3)
2:1-12	Rebelión contra el ungido de Dios	Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Yahvéh y su ungido (v.2)
8:3-8	Creación	Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies (v. 6)
15	El varón perfecto	Yahvéh, ¿quién habitará en tu tabernáculo? / ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, / y habla verdad en su corazón (v. 1-2)
16:8-11	Muerte, resurrección	Mi carne también reposará confiadamente; / porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida (v. 9-11)
22	Encarnación, muerte, resurrección	He sido derramado como aguas, / y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, / y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte (v. 14-15)
23	El buen pastor	Yahvéh es mi pastor, nada me faltará (v. 1)
24:7-10	Segunda Venida La ciudad del gran Rey	Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, / y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. / ¿Quién es este Rey de gloria? (v. 7-8)
26:8	Amor al Templo de Dios	Yahvéh, la habitación de tu Casa he amado, y el lugar de la morada de tu gloria.
29:2	La gloria del Señor La ciudad del gran Rey	Dad a Yahvéh la gloria debida a su Nombre; adorad a Yahvéh en la hermosura de la santidad.
31:5	Muerte	En tu mano encomiendo mi espíritu; Tú me has redimido, oh Yahvéh, Dios de verdad.
32:2	El varón perfecto	Bienaventurado el hombre a quien Yahvéh no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño.
33:6	Creador	Por la Palabra de Yahvéh fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.
34:7	Protección	El Ángel de Yahvéh acampa alrededor de los que le temen, y los defiende.
36:9	Fuente de vida	Porque contigo está el manantial de la vida; / en tu luz veremos la luz.
39:9	Muerte	Enmudecí, no abrí mi boca
40:6-8	Encarnación	Entonces dije: He aquí vengo; / en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, te ha agradado (v. 7-8)
41:9	Traición	Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar.
43:3	Salvador	Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas.
45:2	El varón perfecto	Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre.
45:6-7	Deidad	Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino.
49:15	Resurrección	Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque Él me tomará consigo.
50:2	Segunda Venida	De Sion, perfección de hermosura, / Dios ha resplandecido.
55:12-14	Traición y entrega	Porque no me afrentó un enemigo, lo cual habría soportado; ni se alzó contra mí el que me aborrecía, sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, mi guía y mi familiar; que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, y andábamos en amistad en la Casa de Dios.

56:2	Muerte	Todo el día mis enemigos me pisotean; porque muchos son los que pelean contra mí con soberbia.
57:4	Muerte	Mi vida está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas; sus lenguas son lanzas y saetas, / y su lengua espada aguda.
68:18	Ascensión, coronación	Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, / tomaste dones para los hombres...
68:20	Salvador	Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, / y de Yahvéh el Señor es el librar de la muerte.
69:4	Muerte	Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa; se han hecho poderosos mis enemigos, los que me destruyen sin tener por qué.
69:9	Amor al Templo de Dios y aborrecimiento	Porque me consumió el celo de tu Casa; y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí.
69:20-21	Traición, muerte	El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé. Me pusieron además hiel por comida, / y en mi sed me dieron a beber vinagre.
72:6-17	Segunda Venida	Florecerá en sus días justicia, y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna. (v.7) Será su Nombre para siempre, / se perpetuará su Nombre mientras dure el sol. Benditas serán en Él todas las naciones; / lo llamarán bienaventurado.
78:1-2, 15	Teofanía, ministerio terrenal de enseñanza	Abriré mi boca en proverbios (parábolas); hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos. (v.2)
80:17	El Hijo del hombre	Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, sobre el hijo de hombre que para ti afirmaste.
82:8	Segunda Venida	Levántate, oh Dios, juzga la tierra; / porque Tú heredarás todas las naciones.
85:10, 13	El varón perfecto	La misericordia y la verdad se encontraron; / la justicia y la paz se besaron. (v.10) La justicia irá delante de Él, / y sus pasos nos pondrá por camino. (v.13)
87:3	La ciudad del gran Rey	Cosas gloriosas se han dicho de ti, / Ciudad de Dios.
88:17-18	Muerte	Me han rodeado como aguas continuamente; / a una me han cercado. Has alejado de mí al amigo y al compañero, y a mis conocidos has puesto en tinieblas.
89:3-37	Segunda Venida	Él me clamará: Mi Padre eres tú, / mi Dios, y la roca de mi salvación. Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. (v.26-27).
89:3-4	Hijo de David	Hice pacto con mi escogido; / juré a David mi siervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones. (v.3-4)
89:38-46, 51	Muerte	Hiciste cesar su gloria, / y echaste su trono por tierra. Has acortado los días de su juventud; / le has cubierto de afrenta. (v.44-45)
91:11-12	Tentación	Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, / que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, / para que tu pie no tropiece en piedra.
96:7-13	Segunda Venida	Adorad a Yahvéh en la hermosura de la santidad; temed delante de Él toda la tierra. (v.9) Delante de Yahvéh que vino; / porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, / y a los pueblos con su verdad. (v.13)
98:1-3	Segunda Venida	Yahvéh ha hecho notoria su salvación; a vista de las naciones ha descubierto su justicia. (v.2)
99:5	Segunda Venida	Exaltad a Yahvéh nuestro Dios, / y postraos ante el estrado de sus pies; Él es santo.
101:8	Segunda Venida	De mañana destruiré a todos los impíos de la tierra, para exterminar de la Ciudad de Yahvéh a todos los que hagan iniquidad.
102:24	Muerte	Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días; por generación de generaciones son tus años.
102:24-27	Creación	¡Cuán innumerables son tus obras, o Yahvéh! / Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios. / He allí el grande y anchuroso mar, en donde se mueven seres innumerables, / seres pequeños y grandes. (v.24-25)
105:18-21	Muerte, resurrección	Afligieron sus pies con grillos; / en cárcel fue puesta su persona. Hasta la hora que se cumplió su palabra, / el dicho de Yahvéh le probó. Envío el rey, y le soltó; / el Señor de los pueblos, y le dejó ir libre.
109:2-3	Muerte	Porque boca de impío y boca de engañador se han abierto contra mi;

		han hablado de mí con lengua mentirosa; con palabras de odio me han rodeado, / y pelearon contra mí sin causa.
109:8	Traición de Judas	Sean sus días pocos; / tome otro su oficio.
109:22-25	Muerte	Yo he sido para ellos objeto de oprobio; me miraban, y burlándose meneaban su cabeza. (v.25)
110:1	Deidad	Yahvéh dijo a mi Señor: / Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.
110:4	Sacerdocio celestial	Juró Yahvéh, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre / según el orden de Melquisedec.
110:5-7	Segunda Venida	El Señor está a tu diestra; / quebrantará a los reyes en el día de su ira. Juzgará entre las naciones, / las llenará entre cadáveres; quebrantará las cabezas en muchas tierras. (v.5-6)
111:9	Redentor del Nuevo Pacto	Redención ha enviado a su pueblo; / para siempre ha ordenado su pacto.
112:2	Un Salvador poderoso	Su descendencia será poderosa en la tierra; la generación de los rectos será bendita.
118:22-23	Rechazado como Salvador	La piedra que desecharon los edificadores / ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte de Yahvéh es esto, / y es cosa maravillosa a nuestros ojos.
118:25-26	Entrada triunfal	Oh, Yahvéh, hosanna; / te ruego, oh Yahvéh, que nos hagas prosperar ahora. Bendito el que viene en el nombre de Yahvéh; desde la Casa de Yahvéh os bendecimos.
119:25	Muerte	Abatida hasta el polvo está mi alma; / vivifícame según tu palabra.
119:61	Muerte	Compañías de impíos me han rodeado, / mas no me he olvidado de tu ley.
119:107	Muerte	Afligido estoy en gran manera; / vivifícame, o Yahvéh, conforme a tu palabra.
119:121	Muerte	Juicio y justicia he hecho; / no me abandones a mis opresores.
119:141	Muerte	Pequeño soy yo, y desechado, / mas no me he olvidado de tus mandamientos.
119:143	Muerte	Aflicción y angustia se han apoderado de mí, mas tus mandamientos fueron mi delicia.
132:11-18	Segunda Venida	En verdad juró Yahvéh a David, / y no se retractará de ello: de tu descendencia pondré sobre tu trono. (v.11) Allí haré retoñar el poder de David; / he dispuesto lámpara a mi ungido. A sus enemigos vestiré de confusión, / mas sobre Él florecerá su corona. (v.17-18)



TEXTO DE LOS SALMOS COMENTADOS EN NUESTRO ESTUDIO.

Por su exquisita elegancia y singular hermosura utilizamos la esmerada versión textual presentada por José María Martínez en su libro citado, exceptuando el Salmo 29, en el que usamos el texto de la Biblia de las Américas.

SALMO 1.

- 1 Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados
ni se detiene en la senda de los pecadores
ni se sienta en la reunión de los burlones,
2 sino que se complace en la ley de Yahvéh
y medita esa ley día y noche.
- 3 Será como árbol plantado al borde de la acequia;
da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas;
cuanto emprende tiene buen fin.
- 4 No así los malvados:
serán paja que arrebata el viento.
- 5 En el juicio los malvados no se levantarán
ni los pecadores en la asamblea de los justos.
- 6 Porque Yahvéh conoce el camino de los justos,
pero el camino de los malvados acaba mal.

SALMO 2.

- 1 ¿Por qué se amotinan las naciones
y los pueblos planean fracasos?
- 2 Se alían los reyes del mundo,
los príncipes conspiran contra el Señor y su Mesías:
- 3 «¡Rompamos sus coyundas, sacudámonos su yugo!»
- 4 El Soberano del cielo sonrío, el Señor se burla de ellos;
5 luego les habla con ira y los espanta con su cólera:
- 6 «Yo mismo he ungido a mi rey en Sión, mi monte santo.»
- 7 Voy a proclamar el decreto del Señor.
Él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo,
Yo te he engendrado hoy.
- 8 Pídemelo: te daré en herencia las naciones;
en posesión, la tierra hasta sus confines;
9 los gobernarás con cetro de hierro,
los quebrarás como jarro de loza.»
- 10 Y ahora, reyes, sed sensatos,
recibid amonestación los que regís el mundo;
11 servid al Señor con temor,
12 no sea que se irrite y vayáis a la ruina
si llega a inflamarse su ira.
¡Dichosos los que se refugian en Él!

SALMO 19.

- 1 Los cielos proclaman la gloria de Dios;
el firmamento pregona la obra de sus manos;
2 el día le pasa el mensaje al día,
la noche se lo susurra a la noche.
- 3 Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
4 a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje.

Allí le ha puesto una tienda al sol:

5 él sale como un novio de su alcoba,
contento, como un héroe, a recorrer su camino.

- 6 Asoma por un extremo del cielo
y su órbita llega al otro extremo;
nada se libra de su calor.
- 7 La ley de Yahvéh es perfecta,
reconforta el alma;
el testimonio de Yahvéh es fiel,
hace sabio al sencillo;
- 8 los preceptos de Yahvéh son rectos,
alegran el corazón;
los preceptos de Yahvéh son radiantes,
dan luz a los ojos;
- 9 el temor de Yahvéh es puro,
permanece para siempre;
los mandamientos de Yahvéh son verdaderos,
todos ellos son justos,
10 más preciosos que el oro,
más que mucho oro fino,
más dulces que la miel
de un panal que destila.
- 11 Tu siervo es además amonestado con ellos;
en guardarlos hay gran galardón.
- 12 ¿Quién podrá conocer sus errores?
Absuélveme de los que me son ocultos.
- 13 Preserva también a tu siervo de pecados voluntarios;
que no me dominen;
entonces seré irreprochable,
inocente de gran transgresión.
- 14 Sean gratos los dichos de mi boca
y la meditación de mi corazón delante de ti,
¡Yahvéh, Roca mía, Redentor mío!



SALMO 22.

- 1 Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
¿Por qué estás tan lejos de mi salvación
y de las palabras de mi clamor?
- 2 Dios mío, clamo de día y no respondes;
de noche, y no me haces caso.
- 3 Pero tú eres santo, tú que habitas
entre las alabanzas de Israel.
- 4 En ti confiaron nuestros padres;
confiaron y tú los libraste.
- 5 Clamaron a ti y fueron salvados;
Confiaron en ti y no fueron avergonzados.
- 6 Mas yo soy gusano y no hombre,
oprobio de los hombres y despreciado del pueblo.
- 7 Todos los que me ven me escarnecen;
me insultan con sus labios,
menean la cabeza diciendo:
- 8 «Confió en Yahvéh, líbrele Él;
sálvele, puesto que en Él se complacía.»
- 9 Pero Tú eres el que me sacó del vientre.
el que me hizo estar confiado
desde que estaba a los pechos de mi madre.
- 10 Sobre Ti fui echado desde el nacimiento;
desde el seno de mi madre Tú has sido mi Dios.
- 11 No te alejes de mí, porque la angustia está cerca,
porque no hay quien ayude.

- 12 Muchos toros me rodean,
fuertes toros de Basán me han cercado.
- 13 Abren contra mí las fauces
leones que descuartizan y rugen.
- 14 Estoy como agua derramada,
tengo los huesos descoyuntados;
mi corazón, como cera,
se derrite en mis entrañas.
- 15 Como tiesto se secó mi vigor,
la lengua se me pega al paladar
y me has puesto en el polvo de la muerte.
- 16 Me acorralla una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
han horadado mis manos y mis pies.
- 17 Puedo contar todos mis huesos,
entretanto ellos me miran y observan;
- 18 Se reparten mi ropa,
se sortean mi túnica.
- 19 Pues Tú, Yahvéh, no te quedes lejos,
fortaleza mía, ven corriendo a socorrerme.
- 20 Libra mi vida de la espada,
mi única vida, de la saña del mastín.
- 21 Sálvame de las fauces del león,
líbrame de los cuernos del búfalo.
- 22 Anunciaré tu Nombre a mis hermanos,
en medio de la congregación te alabaré.
- 23 Los que teméis a Yahvéh, alabadle;
linaje de Jacob, glorificadle,
todos los descendientes de Jacob, reverenciadle.
- 24 Porque no despreció ni desdeñó
el sufrimiento del afligido;
no ha ocultado de él el rostro,
sino que cuando clamó a Él, le escuchó.
- 25 Tú inspiras la alabanza en la gran asamblea;
delante de los que te temen cumpliré mis votos.
- 26 Comerá el pobre y será saciado.
Alabarán a Yahvéh los que le buscan.
¡Mantened el ánimo siempre!
- 27 Se acordarán y volverán a Yahvéh
todos los confines de la tierra
y todas las familias de las naciones
se postrarán delante de Ti.
- 28 Porque de Yahvéh es el reino,
Él rige los pueblos.
- 29 Se regocijarán y adorarán los poderosos;
ante Él se arrodillarán los que bajan al polvo,
incapaces de conservar su vida.
- 30 La posteridad le servirá,
las generaciones futuras oirán de Yahvéh;
- 31 ellas proclamarán su justicia,
a generaciones que no han nacido aún
anunciarán que Él hizo esto.

SALMO 23.

- 1 Yahvéh es mi pastor, nada me falta.
2 Me hace descansar en verdes praderas,
me conduce junto a aguas tranquilas;
3 restaura mi alma.
Me guía por sendas de justicia
por amor de su Nombre.

- 4 Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré ningún mal,
porque Tú estás conmigo
tu vara y tu cayado me infunden aliento.
- 5 Preparas mesa ante mí
en presencia de mis enemigos.
Unges mi cabeza con aceite,
mi copa está rebosando.
- 6 Ciertamente la bondad y el amor
me seguirán todos los días de mi vida,
y en la Casa de Yahvéh moraré para siempre.

SALMO 29.

- 1 Tribudad al Señor, oh hijos de los poderosos,
tribudad al Señor gloria y poder.
- 2 Tribudad al Señor la gloria debida a su Nombre,
adorad al Señor en la majestad de la santidad.
- 3 Voz del Señor sobre las aguas.
El Dios de gloria trueno,
el Señor está sobre las muchas aguas.
- 4 La voz del Señor es poderosa,
la voz del Señor es majestuosa.
- 5 La voz del Señor rompe los cedros,
sí, el Señor hace pedazos los cedros del Líbano,
6 y como becerro hace saltar al Líbano,
y al Sirión como cría de búfalo.
- 7 La voz del Señor levanta llamas de fuego.
- 8 La voz del Señor hace temblar el desierto,
el Señor hace temblar el desierto de Cades.
- 9 La voz del Señor hace parir a las ciervas,
y deja los bosques desnudos,
y en su Templo todo dice: ¡Gloria!
- 10 El Señor se sentó como rey cuando el Diluvio,
sí, como rey se sienta el Señor para siempre.
- 11 El Señor dará fuerza a su pueblo;
el Señor bendecirá a su pueblo con paz.

SALMO 110.

- 1 Palabra de Yahvéh a mi Señor:
«Siéntate a mi diestra hasta que ponga
a tus enemigos por estrado de tus pies.»
- 2 Yahvéh extenderá desde Sión el cetro de tu poder.
¡Domina en medio de tus enemigos!
- 3 Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente
en el día en que guíes tus tropas
vestidas de santos arreos;
del seno de la aurora vendrá a ti el rocío de tu
juventud.
- 4 Juró Yahvéh y no ha de retractarse:
«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec.»
- 5 El Señor está a tu diestra,
quebrantará a los reyes en el día de su ira.
- 6 Juzgará entre las naciones,
las llenará de cadáveres;
quebrantará cabezas sobre la tierra inmensa.
- 7 Beberá de un arroyo junto al camino,
por lo cual levantará la cabeza.

LOS DOS CAMINOS. SALMO 1.

EL SALMO DEL FUNDAMENTO.

El primer Salmo es un magnífico salmo introductorio que constituye el fundamento para todos los demás. Su autor es desconocido pero traza en un lenguaje gráfico, de gran plasticidad y belleza, el gran tema bíblico del conflicto eterno entre el justo y el impío, y los respectivos caminos de ambos. De extensión breve, los tres primeros versículos describen el camino del justo, y los últimos tres se ocupan del camino trágico y el destino final de los impíos.

Aunque los hombres siempre han creído que hay muchos caminos y que todos llevan a Dios o a algún estado de bienestar final en el más allá, la

Biblia declara de forma solemne y sin dejar ni un atisbo de duda, desde la primera hasta la última página, que sólo hay *dos caminos*, uno que conduce al cielo, donde el justo disfrutará eternamente en plena comunión con Dios, disfrutando la inmensa riqueza de sus bienaventuradas bendiciones, mientras que el otro camino, ancho, espacioso y lleno de fascinantes reclamos, conduce en caída libre hacia el infierno y su ardiente oscuridad, cuyos moradores serán eternamente excluidos de todo consuelo y, sobretodo, de la gloriosa presencia de Dios, como señaló Jesús en Mateo 7:13-14.

Este solemne tema de los dos caminos queda reflejado en multitud de pasajes, a lo largo y ancho de todas las Escrituras como, por ejemplo, Génesis 3:15; Daniel, 12:2; Malaquías 3:18; Juan 5:28-29; Romanos 2:6-9, y muchísimos otros. Todo el libro de los Salmos nos muestra con trazos claros y nítidos el cauce de ambos ríos: el **camino de la verdad** (119:30), claramente identificado como el *camino de tus mandamientos* (119:32), y el **camino de la mentira** (119:29).

Este secular conflicto es polifacético y multiforme, pero detrás de él encontramos la primitiva y perpetua rebelión satánica contra Dios. La engañosa serpiente antigua ha usurpado el dominio sobre el mundo, que le fuera otorgado inicialmente a Adán, y esto continuará en ese estado de cosas hasta la triunfante y gloriosa victoria final de Dios sobre Satanás al final de los tiempos. Entretanto, y movido por una asombrosa e incomprensible misericordia, Dios ha pagado el precio de nuestra redención mediante la sangre de su amado Hijo, el Señor Jesucristo, y está liberando muchas almas de las asechanzas del diablo, al efectuarse su salvación por medio de su fe en la Palabra de Dios.

La batalla espiritual de los siglos y edades ruge, en primer lugar, en la mente de los hombres, los cuales deben decidir, sin excepción alguna, entre el «consejo de los malos» y la «ley de Yahvéh» (v. 1 y 2), pero esta decisión personal de la mente y la libertad humanas tiene múltiples consecuencias en la vida y el carácter.

El «consejo de los malos» es toda la filosofía del hombre natural, que quiere proclamar su emancipación de cualquier atadura o derecho del Creador a inmiscuirse en su egoísta y perversa autonomía personal, y afecta de la misma forma al hombre impío y pagano de la más remota antigüedad como al moderno materialista ateo que vive en la edad de oro de la ciencia y el «progreso» humano. Este «consejo de los malos» es antropocéntrico y no teocéntrico, humanístico y no teístico, basado en el legendario mito de la evolución y no en la verdad proclamada por Dios desde la misma creación del mundo y de todos los seres vivos.

En completo contraste y en absoluta oposición a él, permanece incommovible la infalible e inmutable Palabra de Dios, la cual revela a los hombres la gloria del Señor como el soberano Creador y Juez de todo ser humano, totalmente perdido y sin esperanza alguna al margen de la salvación ofrecida por Dios.

EL CAMINO DE LOS JUSTOS (V. 1-3).

El Salmo, al igual que lo hizo la maravillosa enseñanza de Jesús al comienzo de su ministerio terrenal, comienza muy apropiadamente con la maravillosa palabra «bienaventurado». Esta palabra (*ashere*, en hebreo)



significa “feliz”, y a menudo se traduce de esta forma. Aparece de forma sobresaliente en el Libro de los Salmos, pues de hecho aparece más veces en este espléndido libro que en el resto de la Biblia en su totalidad.

De esta forma, aunque el tema de la lucha y el conflicto es una constante en la mayor parte de los salmos, estos comienzan realmente con una nota y brillante promesa de felicidad, culminando (Salmo 150:6) en un magnífico clímax de alabanza.

No conocemos al autor de este Salmo, aunque casi todos los incluidos en el Libro primero fueron escritos por David.

Su peculiar terminología (especialmente el término «escarnecedores») es única en este Salmo tan particular, y parece más propia del Libro de Proverbios que del Libro de los Salmos. Entre las conjeturas que se han propuesto para identificar su autoría no falta la que atribuye su paternidad a Salomón, quién pudiera haberlo compuesto como introducción de la primera recopilación de himnos y oraciones de su padre. En todo caso, estos singulares versículos constituyen un glorioso testimonio de seguridad para todo creyente. Aquí está la verdadera clave del triunfo para aquel que desee alcanzar la felicidad.

El primer versículo describe el rechazo y abandono, por parte del varón bienaventurado, del ancho camino que lleva irremisiblemente a la perdición, mientras que el versículo dos describe su consagración al camino estrecho que conduce a la vida. Debe notarse la progresión de los términos: «no anduvo», «no estuvo», «ni... se ha sentado», que describen el despliegue de la visión humanística prevaleciente en el mundo. En primer término, el alma incauta presta oído al «consejo de los malos», con los que acaba simpatizando; luego comienza a vincularse con el «camino de pecadores»; finalmente se aposenta en la «silla de escarnecedores». Este es siempre el orden en el camino que lleva a la destrucción. Inicialmente, uno queda impresionado por la filosofía arrogante de los intelectuales impíos, que reclaman tolerancia y libertad para todas las formas de pensar, excepto las que buscan a Dios y particularmente cualquier simpatía hacia el cristianismo; seguidamente, habiendo rechazado la verdad de Dios, se precipitan en la apostasía con respecto a las normas de conducta y los valores que emanan de la Palabra de Dios; finalmente asumen con orgullo una actitud de superioridad escarnecedora hacia todo aquel que cree en Dios y todo lo que tiene que ver con su Palabra, identificándose con el «consejo de malos» y buscando arrastrar a todos los que descuidan la verdad revelada de Dios.

Esta senda, por más atractiva que resulte al hombre de este mundo, jamás conduce a la felicidad verdadera. «Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte» (Prov. 14:12).

Sin embargo, es bienaventurado el varón que a pesar de la popularidad, el aplauso y reconocimiento de este mundo, o de las riquezas, poder, posición social o placeres que se le brindan, no se deja intimidar por la filosofía humanista, naturalista y evolucionista que impregna todos los estratos de este mundo, sin excluir el ámbito de las iglesias que se dejan influenciar tan fácilmente por todas las corrientes novedosas y vanguardistas de su entorno. Dicha persona busca la verdadera sabiduría y el consejo de Dios meditando en su Palabra. «Bienaventurado el pueblo que tiene esto; bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Yahvéh» (Salmo 144:15).

Este hombre bienaventurado se caracteriza por su amor a las Escrituras, y su creciente sed de ellas. «En la ley de Yahvéh está su delicia». Notemos que el salmista que nos habla sólo tenía a su disposición la Torá hebrea como única porción de las Escrituras mientras nosotros tenemos a nuestro alcance la manifestación completa de la gloria revelada de Dios, a la que nada falta incorporarle, por lo que tenemos muchas más razones para regocijarnos en ella de las que tenía el propio salmista. Aún así, este hombre justo medita en ella de día y de noche. Esto no significa una clausura monacal y espartana, sino que todas sus acciones y motivaciones están gobernadas por un intenso deseo de obedecer la Palabra de Dios en todo, asumiendo como propios sus valores, principios y metas. Sin duda, sus palabras fueron inspiradas por el recio testimonio de Josué: «nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien» (Josué 1:8).

El salmista en todo momento dirige sus ojos a la **bondad de Dios**. «Bueno eres Tú, y bienhechor» (119:69). Esta bondad intrínseca se manifiesta en todo el **carácter de Dios**: en su **fidelidad** (119:75, 90); en su **compasión** (119:77); en su **justicia** (119:137, 142); y en toda su **misericordia** (119:156). Esos mismos **atributos divinos** son los **rasgos fundamentales de su Palabra**. Todas las Escrituras, por tanto, son **fiabiles** (119:42), **verdaderas** (119:43, 142, 151, 160), **fieles** (119:86), **inmutables** (119:89), **eternas** (119:90, 152) y **puras** (119:140). Ellas mismas **son luz** (119:105), porque Dios es luz y su Palabra es lámpara a nuestros pies y lumbrera en nuestro camino.

Es muy importante advertir que las mismas Escrituras se dedican a la refutación directa del consejo de los malos. Esta es una verdad absolutamente necesaria que debemos recuperar y asimilar de nuevo en esos días de tanta debilidad y vacilación espiritual. El consejo de los malos, el camino turbulento de los pecadores

y escarnecedores, no pueden ser refutados o corregidos por actitudes tolerantes y dialogantes, per medios basados en cualquier modalidad de sabiduría humana o, simplemente, por buenas intenciones, sino tan solo por la confrontación directa con la Palabra de Dios.

Es muy hermosa la metáfora que compara al justo con la figura de un árbol de profundas raíces, que crece junto a una fresca corriente de aguas limpias, cuyas hojas tienen un vigor perenne y nunca se agostan por la sequía o los rigores otoñales, dando fruto de manera regular y abundante. Las «corrientes de las aguas» puede describir la acción del Espíritu Santo (Juan 7:38-39), y «dar su fruto en su tiempo» alude a la vida santa y al testimonio productivo y bienhechor que el Espíritu produce en este hombre o mujer que se somete a su influencia (Jn. 15:16; Ef. 5:9). «Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas» (Pr. 3:6).

En contraste con este árbol majestuoso y lleno de vigor, el de los malos se describe en el Salmo 37:35-36: «Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó, y he aquí ya no estaba, lo busqué, y no fue hallado».

LA SENDA DE LOS MALOS (v. 4-6).

Esa imagen era muy familiar en la antigüedad. El grano de trigo solía descortezarse en las colinas altas, expuestas a la acción del viento, donde el tamo, más ligero y liviano que los granos de trigo, se separaba fácilmente. Es una ilustración gráfica y muy elocuente del viento de la ira de Dios que barrerá un día la tierra, para que todos los malvados desaparezcan por siempre de ese lugar que han corrompido y mancillado.

Aunque todas las filosofías impías, desde cualquier forma de paganismo en la antigüedad hasta el arrogante desafío del humanismo contemporáneo, en todas sus vertientes –darwinismo, marxismo, radicalismos religiosos o capitalismo salvaje– vemos que en cada época florecen como laurel verde generaciones de hombres malignos y violentos. Sin embargo, aunque parezcan medrar en una impunidad total, pronto pasarán y no se hallarán nunca más. Viene el día en que toda maldad saldrá a la luz, y no podrá ocultarse más. El viento ardiente del juicio de Dios pondrá de relieve todas las palabras que los hombres han pronunciado (Mt. 12:36-37; Lc. 11:2-3); expondrá todos sus hechos, aunque hayan burlado la tímida acción de la justicia humana (Abdías 15); publicará como un altavoz aún los mismos pensamientos más ocultos de todos los pecadores (Sal. 94:11; Rom. 2:16; 1 Cor. 4:5); aún el propio carácter de cada ser humano se vislumbrará a plena luz del día (Gál. 6:7), y como resumió muy acertadamente un conocido evangelista: «el carácter que se posea en la tierra será una posesión eterna en el mundo venidero: los hombres resucitarán con el mismo corazón con el que mueran». Un recio viento arrastrará a todos los convictos de este inapelable juicio a sus eternas prisiones de oscuridad y desolación.

No podemos olvidar que todos los hombres nacen con una naturaleza pecaminosa; de hecho, todo ser humano está en «camino de pecadores», ya que «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:10). Pero de forma asombrosa, «Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos» (Rom. 5:6). Y aunque éramos absolutamente incapaces de ganarnos la salvación por cualquier mérito o tentativa humana, Dios pone a nuestro alcance su gracia maravillosa, primeramente para convencernos de nuestro pecado, a fin de arrepentirnos de él y recibir por fe la salvación que nos ofrece en Cristo. Aunque en nuestra condición inicial jamás podríamos hallar la «senda de los justos», Jesús sale a nuestro encuentro diciéndonos: «Yo soy el camino» (Juan 14:6). Por ello, aquellos que están en Cristo, se hallan realmente en el camino de los justos. Cristo no sólo es el Camino, sino que también es la personificación misma de la justicia, y por ello es nuestra verdadera justificación. Él es «Jesucristo el justo» (1 Juan 2:1) y nos ha sido hecho justificación (su justicia es *imputada* a todo aquel que cree en Él), como señalan diversos pasajes (1 Cor. 1:30; 2 Cor. 5:21). Jesucristo es el Justo por excelencia, así como el Anticristo, que se manifestará al final de los tiempos, es el máximo inicuo. El término «malo» empleado en este salmo, es el mismo vocablo que «inicuo», y en último término sabemos que el postrer y definitivo Anticristo es «aquel inicuo» (2 Tes. 2:8).

Debido a que Cristo no sólo es «el Camino de los justos» sino que también será el Juez supremo, la conclusión no puede ser más evidente: «no se levantarán los malos en el juicio». Finalmente tendrá que haber una eterna separación entre el grano de trigo y el tamo. «Los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios» (Salmo 9:17).

«Porque Yahvéh conoce el camino de los justos; más la senda de los malos perecerá». Este versículo culminante del primer Salmo viene a ser, en realidad, la clave de todo el libro de los Salmos. Aunque las gentes se amotinen y los gobernantes de la tierra procuren destruir el reinado de Dios, como resalta el Salmo 2, la senda de los malos perecerá. Bienaventurado será aquel varón que no anduvo en consejo de malos.

SALMO DEL MESÍAS PRÍNCIPE. SALMO 2.

UN SALMO MESIÁNICO.

Aunque todos los salmos son aplicables, en último término, a la figura de nuestro Salvador y por tanto, de alguna manera prefiguran «los sufrimientos de Cristo» o «las glorias que vendrían tras ellos» (1 Pedro 1:11), todos los comentaristas de salmos, incluyendo rabinos judíos de épocas anteriores al nacimiento de Cristo, están de acuerdo en reconocer como “Salmos mesiánicos” un selecto grupo de composiciones del Salterio cuyas descripciones proféticas son tan exactas que quedan excluidas por completo del ámbito de las posibilidades azarosas o de especulaciones intencionadas. Todos los salmos de esta categoría proporcionan un singular cúmulo de evidencias de su autoría divina, aunque éstas tampoco están ausentes en otras categorías de salmos.

El primero y uno de los mayores exponentes de los Salmos mesiánicos es el Salmo 2, que viene a continuación del gran Salmo introductorio que acabamos de exponer. El hermoso título que encabeza ese estudio fue sugerido por Spurgeon, y aunque es susceptible de muchas variantes, difícilmente podría hallarse otra que la supere en hermosura. Hay notables correlaciones entre ambos salmos. Los dos bandos en que se divide la humanidad en el Salmo 1 quedan personificados en el Salmo 2 como multitudes sublevadas y un gran consejo de dirigentes humanos que odian a Cristo y sus seguidores, y que conspiran animosamente contra Dios y su Ungido.

El segundo Salmo es único en el Salterio en tres aspectos. 1) El Nuevo Testamento lo cita textualmente por su número (Hechos 13:33), lo que sugiere que las divisiones de capítulos ya formaban parte del Libro de los Salmos desde un principio, en el momento de completar su colección canónica. 2) El N.T. confirma también que su autor fue David (Hch. 4:25), aunque el encabezamiento de esta composición, apartándose de la regla general en la mayoría de los Salmos, no nos revela quién fuera su autor. 3) Este Salmo, uno de los Salmos mesiánicos más excelsos y sublimes, es uno de los escasísimos pasajes del A.T. —y el único entre los Salmos— que cita por su nombre al Hijo de Dios.

Su composición se nos presenta como un intenso poema dramático, desarrollado en cuatro estrofas de tres versos cada una. La primera nos presenta la perspectiva visual de su autor, David. La segunda resalta el punto de vista de Dios el Padre. La tercera constituye una afirmación directa de Dios el Hijo. La estrofa final constituye un testimonio que, muy apropiadamente, puede atribuirse a Dios el Espíritu Santo.

LOS REYES DE LA TIERRA (V. 1-3).

En la primera estrofa, como transportado en una visión profética, el salmista contempla una escena futura que lo perturba profundamente. En ella enormes multitudes se congregan, procedentes de diferentes lugares y discutiendo acaloradamente. Al percibir el sentido de sus proclamas, su corazón se turba, sin entender el por qué de esta descontrolada agitación popular.

«¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?». El término *gentes* se refiere especialmente a las naciones gentiles, y el término paralelo *pueblos* alude a los habitantes de estas naciones. La expresión “se amotinan” es indicativa de “congregarse tumultuosamente”. En lenguaje contemporáneo veríamos una intensa agitación en los medios de comunicación mundiales y unos acalorados debates en la Asamblea de las Naciones Unidas, con el obstinado propósito de aplastar cualquier manifestación del monoteísmo histórico, tanto cristiano como judío, y todos sus símbolos religiosos, proclamando la absoluta autonomía e independencia de la voluntad humana frente a todos los condicionamientos éticos, morales o religiosos del pasado. Escenas así ya se han visto con mucha frecuencia en nuestra agitada historia (en cualquier asamblea o congreso político, militar, educativo, económico, científico o de cualquier otra finalidad, la práctica casi universal es pasar por alto la dirección de Dios y de su Cristo, e incluso oponiéndose abiertamente a ellos) pero ahora parecen alcanzar su máxima intensidad. Estas futuras naciones, congregadas bajo el liderazgo de sus sediciosos representantes, no hacen más que “pensar (estudiar o planear) cosas vanas”. Esta última expresión es un solo término hebreo, pero su traducción es literalmente exacta.

¿Cuál es el motivo esencial que agita estas masas vociferantes y a sus líderes que se reúnen para tramar sus intrigas y conspiraciones? «Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Yahvéh y su Ungido». El término *Ungido* señala sin ambigüedades al *Mesías* de Dios, término hebreo que nos resulta más familiar por su expresión griega como *Cristo*. Así que todo este tumultuoso cuadro se nos revela claramente como una gigantesca y tumultuosa sublevación mundial, en los tramos finales de nuestra historia, oponiéndose de forma activa, abierta e irreversible, contra Dios el Padre y el Señor Jesucristo. Todas las for-

mas de tolerancia y respeto hacia las creencias religiosas de la humanidad han sido proscritas de la esfera pública en toda la tierra.

Esta visión tuvo ya un cumplimiento profético en la fiesta de la Pascua donde Cristo fue crucificado, dos milenios atrás. «Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra su santo Hijo Jesús, a quien ungió, Herodes y Poncio Pilatos, con los gentiles y el pueblo de Israel» (Hch. 4:27). Pero, como sucede con muchas profecías en la Biblia, queda todavía un cumplimiento final que mira hacia el fin de los tiempos, cuando hombres y demonios actuarán al unísono en su postrera rebelión contra Dios. «Pues son espíritus de demonios que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso» (Ap. 16:14). Esta multitudinaria congregación se reunirá en el inmenso valle de Armagedón, al norte de Israel (Ap. 16:16), y aún habrá otra convocatoria semejante a la conclusión del período milenal (Ap. 20:8).

El humanismo es el centro de todas las manifestaciones multitudinarias de nuestros días, y su espíritu, como contempló el salmista proféticamente se centra en la consigna «rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros sus cuerdas». Cualquier pequeña restricción que los hombres practiquen por temor de Dios, deberá ser totalmente abolida en todos los ámbitos sociales, y una creciente esclavitud atea, como la que ya se ve en la mayoría de nuestras naciones, se impondrá a los lazos de amor y las ataduras de compasión que constriñen a todo verdadero hijo de Dios. El término Dios ha sido ya erradicado de nuestro propio texto constitucional y conceptos como la santidad del matrimonio, de la familia o de la vida humana son cínicamente mancillados, distorsionados y corrompidos tanto en nuestra legislación como en las prácticas sociales más recientes, lo que también está sucediendo en las naciones más “avanzadas” de nuestro entorno. ¡Verdaderamente son «cosas vanas» los pensamientos de las multitudes! «Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se *envanecieron en sus razonamientos*, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios se hicieron necios» (Romanos 1:21-22).

LA RESPUESTA CELESTIAL (V. 4-6).

La segunda estrofa del Salmo comienza con uno de los textos más trágicos de toda la Biblia: «El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos». Cuando los hombres pregonan con arrogancia sus creencias evolucionistas y su fe materialista, incluso en el mismo ámbito de nuestra cristiandad contemporánea, sus estridentes bravatas no pueden alcanzar ni ensombrecer la gloria de Su trono. ¡Más bien le hacen sonreír con tristeza! Que los hombres, en su necedad sin freno alguno, proclamen que Dios no los ha creado, no puede alterar el hecho incontrovertible de sus actos creadores al principio de la historia humana. A pesar de su paciente misericordia, más allá del alcance de nuestro entendimiento humano, la respuesta final de Dios ya ha sido anunciada muchos siglos atrás. «Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quién atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, también Yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis» (Proverbios 1:24-26).

La escena contemplada en la primera estrofa cambia dramáticamente en la segunda, mostrándonos los cielos donde Dios está sentado en su trono. Después de reírse de los necios de todas las épocas que persisten en declarar que no hay Dios (Salmo 14:1), Dios rompe su silencio: «luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira». Primero se ríe de sus insignificantes y necios oponentes, después les habla solemnemente y finalmente los turba en su respuesta final. Una y otra vez las Escrituras advierten que vendrá un día «de retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tes. 1:8).

Cuando Dios rompa su paciente y misericordioso silencio, sus palabras serán éstas: «Pero Yo he puesto mi Rey sobre Sión, mi santo monte». El mismo lugar donde la necedad conspiró y crucificó a su Ungido, verá puesto allí el Trono Real en su Segunda Venida. Dios ya no volverá a enviar a su Rey como anunció el profeta: «manso y sentado sobre un asno, sobre un pollino, hijo de animal de carga» (Mateo 21:5). El anuncio profético de este supremo acontecimiento, en boca de Juan el evangelista, ahora es muy diferente: «Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco. El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, en su cabeza tenía muchas diademas... Estaba vestido de una ropa teñida en sangre y su nombre es: el Logos de Dios... De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro. Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores» (Ap. 19:11-16). Aunque los hombres llegaron a consultar entre sí y conspirar para crucificar a aquel que volverá en esta aterradora escena del Apocalipsis, todo ello sucedía de esta forma en cumplimiento del plan soberano de Dios, «para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera» (Hch. 4:28).

Hay dos sentidos en los cuales Dios habría de poner a su Rey sobre el monte de Sión, en Jerusalén. El verbo “poner” empleado en este texto tiene el significado de ofrecer o derramar. Así, en el Salmo 16:4 queda explícito este sentido: «no ofreceré yo sus libaciones de sangre». Por ello, la primera referencia que sugiere este verbo alude al ofrecimiento que Dios hizo de su Ungido en el monte de Sión, derramando su sangre en propiciación por nuestros pecados. ¡Qué profunda y divina ironía! Cuando una multitud de hombres vociferantes y espíritus demoniacos consultaron unidos para ejecutar a su propio Creador, aquello sucedió sólo «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14).

Pero es obvio y necesario que Él sea ungido sobre el monte de Sión, no sólo para morir allí como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29), cosa que ya hizo en su primera venida a este mundo, sino como el Rey que realmente es, como tantos textos anuncian gloriosamente: «Alégrate mucho, hija de Sión... he aquí tu Rey vendrá a ti» (Zac. 9:9); «acontecerá también en aquel día, que saldrán de Jerusalén aguas vivas... Y Yahvéh será Rey sobre toda la tierra» (Zac. 14:8-9); «porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Yahvéh» (Is. 2:3).

HABLA EL HIJO DE DIOS (V. 7-9).

En la tercera estrofa resuena la poderosa voz del Hijo de Dios, quien fue sacrificado en el altar del santo monte de Sión. El misterio de cómo podría ser ungido como sacrificio y como rey se resuelve en esta tercera estrofa. No sólo sufriría la muerte sino que en este proceso conquistaría a la propia muerte.

«Yo publicaré el decreto». La misma persona del Hijo es, toda ella, el “decreto” que se anuncia a los hombres. «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18). Él es el Logos de Dios, y cuando lo oímos a Él, oímos al Padre.

Ahora se nos da el contenido del decreto: «Yahvéh me ha dicho: mi Hijo eres Tú, yo te engendré hoy». Hay diversos sentidos en los que se entiende que Jesucristo es el unigénito Hijo de Dios, por lo que se puede decir mucho al respecto, pero aquí el énfasis recae en su resurrección de los muertos. Tuvo que ser condenado y crucificado, como el Cordero que Dios proveyó para el sacrificio del monte Moriah. Pero si todo hubiese terminado aquí, nadie hubiese creído en Él -¡ni sus propios discípulos esperaban una inminente resurrección-. Sin embargo, el N.T. resalta poderosamente esta circunstancia: «fue declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos» (Rom. 1:4), siendo «el primogénito de entre los muertos» (Col. 1:18), por lo que Él es «el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra» (Apoc. 1:5). No quedan dudas sobre este hecho (ver también Hechos 13:32-33; Heb. 5:5).

Continuando con su revelación del decreto de Dios, el Hijo cita al Padre: «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra». El Hijo ha de ser también el Heredero (el «heredero de todo», Hebreos 1:2). No sólo porque «en Él fueron creadas todas las cosas» (Col. 1:16), y porque Él «sustenta todas las cosas» (Col. 1:20), sino también porque murió para «reconciliar... todas las cosas» (Col. 1:20).

La profunda rebelión del hombre contra Dios y su Ungido, tan evidente en nuestro mundo egocéntrico y desquiciado no facilitará el sometimiento de los hombres al Hijo en la gloriosa manifestación de su Segunda Venida, pero ahora los hombres no se enfrentarán a un hombre manso, humilde y desarmado, que guardó silencio delante de sus verdugos cuando le crucificaron. Pero por delegación de Dios el Padre, regresará como el Juez supremo de toda la tierra, y con poder irresistible aplastará toda oposición a su divina voluntad. «Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás», como se describe con detalle en el libro del Apocalipsis, y sin sufrir pérdida alguna suprimirá «todo dominio, toda autoridad y potencia» (1 Cor. 15:24). Él mismo delegará esa autoridad en sus redimidos: «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como Yo también la he recibido de mi Padre» (Ap. 2:26-27). Como bien señala Morris, el Buen Pastor constreñirá con vara de hierro a todos los rebeldes de la manada.

LA EXHORTACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO (10-12).

Aunque el salmista no lo declare explícitamente, podemos entender que la seria advertencia final es pronunciada por el Espíritu Santo, dado que su ministerio es «convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Jn. 16:8), y esto es lo que hacen los versículos de esta estrofa final.

«Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra». El énfasis es la urgencia inmediata del “ahora”; no hay dilación ni demora posible, pues toda rodilla tendrá que doblarse, de buen grado o por la fuerza, y toda lengua será constreñida a confesar que Cristo es el Señor. Sin embargo, los reyes, príncipes, gobernantes o dictadores, pensarán vanamente que pueden oponerse y resistir a Dios y a su

Cristo. Aunque ostentan con arrogancia su grandeza y sabiduría, su actitud exhibe la más profunda necesidad, pues «los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza» (Prov. 1:7).

El Espíritu prosigue con dos condiciones paralelas e intensamente emocionales. El hombre debe servir a Dios con gozo, pero profundamente impregnado de gran reverencia y temor santo (Heb. 12:28).

La advertencia final no podría ser más seria y apremiante: «Honrad al Hijo, para que no se enoje y perezcaís en el camino; pues se inflama de pronto su ira». Esta es la segunda referencia al Hijo en este salmo; en el versículo 7 se emplea el término hebreo “ben”, mientras que aquí se usa la expresión “bar”; ambos vocablos lo identifican claramente como el Hijo de Dios. Ahora los hombres no sólo han de servir al Señor, sino también están obligados a amarlo. «El que no amare al Señor Jesucristo, sea maldito (anatema)» (1 Cor. 16:22).

La expresión temporal “de pronto” adquiere ahí un énfasis especial. El día de «la ira del Cordero» (Ap. 6:16) viene pronto, repentinamente, sin advertencia previa, y entonces será ya demasiado tarde. Por ello es imperativo que los hombres aprendan a ser sabios ahora, sin demorar su respuesta sumisa e incondicional.

Sin embargo, el salmo no concluye con esta nota intensamente dramática, sino con una cálida y acogedora invitación evangelística: «bienaventurados todos los que en Él confían». A través de todas las edades del hombre, muchos soberanos y reyes han aceptado la plenitud de esta bendición; multitudes de todos los pueblos, en todas las naciones de la tierra han rendido su corazón al Hijo eterno de Dios, que se encarnó y dio su vida por nosotros en la sangrienta cruz del Gólgota. La promesa fiel de Dios a su siervo Abraham se hizo realidad en Cristo, la simiente escogida por Dios: «en ti serán benditas todas las naciones de la tierra».



LOS DOS LIBROS. SALMO 19. John MacArthur.

El Salmo 19 es el tratamiento más conciso y directo en toda la Biblia de la suficiencia de las Escrituras. Este Salmo nos comunica lo significativo de la revelación divina. La primera mitad (v. 1-6) describe la revelación de Dios en la naturaleza, lo que por años los teólogos han llamado la *revelación general*. Dios se revela en su creación. Como dice Romanos 1:20: “Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas.”

Pero mientras la revelación general es suficiente para revelar el hecho de que Dios existe y enseñarnos algo de sus atributos, la naturaleza sola no revela la verdad salvadora. El punto central del Salmo es la superioridad, con su perfección espiritual y todo suficiente, de la *revelación especial*, la Palabra de Dios escrita.

La segunda parte del Salmo (v. 7-14) se centra en la suficiencia declarada y absoluta de las Escrituras como nuestra única guía verdadera e infalible en la vida. El salmista comienza esta sección sobre la Palabra de Dios diciendo:

*La ley de Yahvéh es perfecta, que convierte el alma;
el mandamiento de Yahvéh es fiel, que hace sabio al sencillo.
Los mandamientos de Yahvéh son rectos, que alegran el corazón;
el precepto de Yahvéh es puro, que alumbra los ojos;
el temor de Yahvéh es limpio, que permanece para siempre.
Los juicios de Yahvéh son verdad, todos justos.*

Estos tres versículos, consecuentes con la inteligencia infinita de la mente de Dios, contienen una afirmación absolutamente incomparable y amplia sobre la suficiencia de las Escrituras. Contiene seis líneas básicas de pensamiento, cada uno con tres elementos básicos: un título para la Palabra de Dios, una característica de la Palabra de Dios y un beneficio de la Palabra de Dios. Cada una de estas líneas de pensamiento usa la frase clave “de Yahvéh”. Seis veces el nombre del pacto de Dios, Yahvéh, se usa para identificar la fuente de la Palabra suficiente.

El primer título de la Escritura es “la ley”, la palabra hebrea *Torá(h)*, que básicamente quiere decir enseñanza divina. Apunta a la didáctica o naturaleza educativa de las Escrituras. En las Escrituras Dios ofrece doctrina verdadera a la humanidad respecto a lo que deberíamos creer, el tipo de carácter que deberíamos cultivar y cómo deberíamos vivir. La Torá es la enseñanza de Dios para cada aspecto de la vida.

Según el versículo 7, la primera característica de la Palabra de Dios es que es “perfecta” (cp. Stg. 1:25) en contraste con el razonamiento imperfecto y defectuoso de la humanidad. El término hebreo traducido “perfecta” es una palabra común que también puede querer decir “todo”, “completo” o “suficiente”. Un erudito del A.T. (Ronald H. Nash), tratando de captar la plenitud del significado de esta palabra, dijo que significaba “...por todos los lados, de modo de cubrir completamente todos los aspectos de la vida”. Es una expresión de comprensión, declarando que las Escrituras cubren todo y no pierden nada.

La primera parte del versículo 7 también menciona el primero de los seis beneficios de las Escrituras: “convierte el alma”. El término hebreo traducido “convertir” habla de transformación, restauración y frescura. Indica que las Escrituras son tan globalizantes que si se la obedece cuidadosamente, puede transformar la vida completa de una persona. La verdad de las Escrituras da vida plena a todos los aspectos del alma. “Alma” es traducida de una palabra hebrea (*nepes*) que se refiere a la persona interior, el yo completo, el corazón. En otras palabras, las Escrituras son tan amplias que pueden transformar a la persona dándole salvación y proveyéndole de todos los medios necesarios para su santificación, haciendo completamente nueva el alma de la persona (Rom. 1:16; 2 Tim. 3:15-17; 1 P. 1:23-25).

El Salmo 119, un hermoso paralelo del Salmo 19, también afirma esto. “Venga a mí tu misericordia, oh Yahvéh, tu salvación, conforme a tu dicho” (v. 41). La salvación está conectada a la promesa de Dios, o su Palabra. “Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado” (v. 50). “Desfallece mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra” (v. 81; cp. los versículos 146 y 174). No es de admirarse que el apóstol Pablo ordenara a Timoteo “predicar la palabra” (2 Tim. 4:2). La Palabra de Dios es suficiente para convertir el alma.

El Salmo 19:7 también da un segundo título y característica de las Escrituras: “El testimonio de Yahvéh es fiel”. El salmista usa “testimonio” como un paralelo poético para “la ley”. No está haciendo un contraste entre “ley” y “testimonio”, sino que está usando las palabras como sinónimos, ambos refiriéndose a las Escrituras. Además, “testimonio” define la Palabra escrita de Dios como un testimonio a la verdad. En la Biblia Dios da testimonio de lo que Él es y lo que demanda. Su testimonio es “fiel”, en claro contraste con las

nociones inseguras, ondulantes, cambiantes y poco confiables de los hombres. “Fiel” significa invariable, inamovible, inequívoca y digna de ser creída. Así, la verdad de la Palabra de Dios provee un sólido fundamento sobre el cual las personas, sin vacilación, pueden construir su vida y destino eterno (cp. 2 P. 1:19-21).

El beneficio de este testimonio fiel es que “hace sabio al sencillo”. La raíz de la palabra hebrea por “sencillo” comunica la idea de una puerta abierta. Una persona sencilla es alguien que es como una puerta abierta. No tiene la capacidad de seleccionar. Todo entra porque no tiene educación, no tiene experiencia, es ingenua y sin discernimiento. Puede sentirse orgullosa de ser una persona con una mente abierta aunque en realidad sea una persona necia. Pero la Palabra de Dios hace “sabia” a tal persona. La palabra traducida “sabio” básicamente quiere decir ser hábil en los asuntos relacionados con una práctica y piadosa manera de vivir. Ser sabio es dominar el arte de vivir diario conociendo la Palabra de Dios y aplicándola en cada situación.

El Salmo 119 proporciona un testimonio adicional al valor que sólo la Palabra de Dios puede suplir, lo que queda demostrado cuando el salmista pide esa sabiduría en el versículo 27: “Hazme entender el camino de tus mandamientos”. En otras palabras, el salmista le está pidiendo a Dios que le enseñe, porque Dios conoce la forma correcta de vivir. Sabiduría y Escritura están íntimamente relacionadas: “Dame entendimiento y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón” (v. 34; cp. v. 66, 104, 125 y 169). Nosotros tenemos más “entendimiento” que todas las “sabidurías” juntas de los que propagan conocimiento humano (vea los v. 98-100).

La primera mitad del Salmo 19:8 comienza con un tercer título y característica de la Palabra de Dios: “Los estatutos de Yahvéh son perfectos”. El título que David da a las Escrituras es “estatutos”, lo que quiere decir “principios divinos, preceptos, pautas”. Caracteriza a todos estos estatutos sencillamente como “rectos”. Es decir, muestran al creyente el camino espiritual recto y lo guían por la senda del verdadero entendimiento. Los que siguen la Palabra de Dios no andan vagando por ahí en medio de la niebla de la opinión humana.

El resultado de aplicar los principios de las Escrituras, obedecer sus estatutos y andar en sus caminos es gozo verdadero, “regocijo en el corazón”. El profeta Jeremías, en medio de tremendas tensiones humanas (rechazo de su persona y mensaje, y el desastre que cayó sobre la nación entera), dio gran testimonio del gozo que viene a través de la Palabra de Dios: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jer. 15:16; cp. 1 Jn. 1:4). El Salmo 119 ofrece una confirmación adicional de esta verdad. En el versículo 14, el salmista escribe: “Me he gozado en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza” (cp. El v. 111). Si los que hoy día dicen ser seguidores de Cristo se identificaran con los preceptos bíblicos como lo hacen con el materialismo de este mundo, el carácter de la iglesia sería totalmente diferente, y nuestro testimonio al mundo sería consecuente y poderoso.

La segunda parte del Salmo 19:8 tiene el cuarto título y característica para identificar la Palabra de Dios: “El precepto de Yahvéh es puro”. La palabra “precepto” enfatiza el carácter autoritativo y obligatorio de las Escrituras. Dios demanda ciertas cosas de su pueblo y bendice a quienes las cumplen pero juzga a los que no. Sus exigencias son “puras”, una palabra que sería mejor traducirla como “clara” o “lúcida”. Algunos elementos de las Escrituras son más oscuros y difíciles de entender que otros, pero por lo general, la Biblia es clara, no oscura.

La pureza y claridad de las Escrituras produce el beneficio de “alumbrar los ojos”. Proveen luz en medio de la oscuridad moral, ética y espiritual. Revela el conocimiento de todo lo que de otro modo no se vería fácilmente (cp. Prov. 6:23). Una de las principales razones porque la Palabra de Dios es suficiente para todas las necesidades espirituales de la humanidad es porque no deja duda sobre la verdad esencial. La vida misma es confusa y caótica. Buscar la verdad aparte de las Escrituras sólo aumenta la confusión. Las Escrituras, por contraste, son notablemente claras.

Versículos familiares del Salmo 119 contienen un testimonio poderoso de la pureza y claridad de la Palabra. “Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera en mi camino” (119:105); “la exposición de tus palabras alumbrará; hace entender a los simples” (119:130).

Quinta en la lista de los títulos y características de las Escrituras es la frase inicial del Salmo 19:9, “el temor de Yahvéh es limpio”. Aquí el salmista usa el término “temor” como sinónimo de la Palabra de Dios. ¿Por qué hace eso? Porque la Palabra trata de comunicar y provocar en sus corazones el temor de Dios, el que a su vez producirá un temor reverencial y adorador en los que creen en ella (cp. Sal. 119:38). Y esta Escritura que busca producir el temor de Dios en sus lectores es “limpia” y habla de la ausencia de impureza, inmundicia, corrupción o imperfección. La Palabra de Dios y solo la Palabra de Dios no es corrompida por el pecado ni manchada por lo malo, es libre de corrupción y sin error de ninguna clase (cp. 119:9). El Salmo 12:6 afirma que “las palabras de Yahvéh son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces” (cp. Sal. 119:172).

Consecuentemente, la Biblia tiene el singular beneficio de “permanecer para siempre” (Sal. 19:9). Es la Palabra de Dios “que vive y permanece para siempre” (1 P. 1:23) que nunca cambia y no necesita ser alterada, no importa qué generación sea.

El sexto y último título y característica de las Escrituras en la letanía de alabanza del Salmo 19 de David se encuentra en la segunda parte del versículo 9: “los juicios de Yahvéh son verdad, todos justos”. Los “juicios” son las ordenanzas de Dios; en esencia, los veredictos divinos. Los mandamientos de la Biblia son los decretos legales del Juez eternamente supremo para la vida y destino eterno de la humanidad. Y tales juicios son “verdad”. Aún cuando desde un punto de vista terrenal la verdad es algo difícil de descubrir, la Palabra del Señor es siempre verdad. Por lo tanto, es siempre segura, relevante y aplicable, en contraste con las mentiras de los hombres impíos que no son más que títeres y víctimas de Satanás, el padre de la mentira.

El resultado de la veracidad de las Escrituras en el versículo 9 es que los juicios son “todos justos”. Esa frase comunica la idea de globalidad. Las Escrituras son la fuente de toda verdad completa, suficiente y libre de error. Esta es la razón por la que Dios ordenó: “no añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella” (Dt. 4:2; cp. Ap. 22:18-19). El salmo 119:160 es otra hermosa afirmación sobre la naturaleza amplia de las Escrituras: “la suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia” (cp. Los vv. 89, 142 y 151). La Palabra de Dios contiene toda la verdad necesaria para la vida espiritual genuina y satisface perfectamente todas las necesidades espirituales de la humanidad.

La segunda mitad del Salo 19 afirma el valor supremo de las Escrituras:

*Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado;
y dulces más que miel, y que la que destila el panal.*

*Tu siervo es además amonestado con ellos;
en guardarlos hay grande galardón.*

¿Quién podrá entender sus propios errores?

Líbrame de los que me son ocultos.

*Preserva también a tu siervo de las soberbias;
que no se enseñoreen de mí;*

entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión.

Primero, David dice que la Palabra de Dios vale “más que el oro”. Tener la incomparable Palabra de Dios es muchísimo mejor que poseer riquezas materiales. Las bendiciones materiales son sin valor comparadas con la verdad de la Palabra de Dios.

Segundo, las Escrituras son infinitamente más preciosas debido a que es la fuente del placer más grande de la vida, descrito en el versículo 10 como que es “más dulce que la miel, y que la que destila el panal”. Nada es tan enriquecedor, tan personalmente significativo, una fuente de placer duradero como que se pueden pasar horas leyendo, estudiando y meditando en el contenido de la Palabra de Dios (cp. Jer. 15:16). La falta de resolución para los problemas difíciles de la vida no es un resultado de lo inadecuado de las Escrituras, es el resultado del estudio y aplicación ineficientes de las Escrituras por parte de las personas. Si el pueblo amara la Palabra de Dios como debería, nadie pondría en duda la suficiencia de la Biblia.

Tercero, la Biblia es valiosa como la más grande fuente de protección espiritual: “Tu siervo es amonestado con ellos” (v.11). Las Escrituras protegen a los creyentes al enfrentar la tentación, el pecado y la ignorancia (cp. Sal. 119:9-11).

Cuarto, las Escrituras son la fuente de nuestro mayor beneficio, porque en guardar sus verdades hay “grande galardón”. El verdadero galardón no se deriva del efímero materialismo y teorías y técnicas centradas en el hombre que tienden a desvanecerse, sino por la obediencia a las Escrituras, la cual da como resultado la gloria eterna. De hecho, la palabra “galardón” aquí en hebreo es, literalmente, “fin”. El salmista está diciendo que en obedecer la Palabra hay un gran fin, una recompensa eterna.

Las Escrituras son también valiosas porque proveen la purificación más grande. Aún cuando David exalta las virtudes de las Escrituras, pregunta, “¿Quién podrá entender sus propios errores?” (v. 12). A la luz de todas las características positivas y los beneficios de vidas transformadas al obedecer la Palabra de Dios, David no podía entender por qué alguien podría desobedecer los preceptos de Dios. Eso lo hizo clamar: “Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí” (v. 12-13). “Errores ocultos” que nosotros no planificamos cometer y a menudo olvidamos confesar. “Pecados de soberbia” son los arrogantes, premeditados que cometemos a sabiendas.

David deseaba sinceramente que tales pecados no lo dominaran para ser “íntegro, y limpio de gran rebelión”. Para “transgresión”, él emplea un término hebreo que tiene la idea de escapar deliberadamente de un control o pasar una barrera para escapar del dominio de Dios y del reino de la gracia. Sencillamente, quiere

decir apostasía. El salmista estaba apelando a Dios para tener su corazón puro y que nunca pudiera apostatar. Se daba cuenta de que la Palabra de Dios era la única y suficiente salvaguarda contra el desastre espiritual.

El Salmo 19 concluye expresando el compromiso del salmista a las Escrituras: “Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Yahvéh, roca mía y redentor mío” (v. 14). David quería que el Señor hiciera bíblicos sus palabras y pensamientos. Quería ser un hombre de la Palabra. Un compromiso verdadero y consecuente con la revelación divina es el único compromiso que realmente importa en esta vida.

Muchas de las tendencias en la iglesia evangélica hoy día surgen de un abandono de la perspectiva reflejada en este salmo. Debido a que los cristianos han perdido su compromiso con la suficiencia de las Escrituras, han abrazado puntos de vista del mundo que no son realmente cristianos. Por eso hay cristianos que están abandonando la Palabra de Dios (la mente de Cristo) para ir tras toda clase de ideas mundanas. Aún cuando aseguran creer en la veracidad de las Escrituras, aparentemente no creen que la Palabra es suficiente para satisfacer todas sus necesidades y las de aquellas personas que les interesan. Demuestran tal falta de fe porque en realidad nunca han sido nobles como los de Berea, que diariamente escudriñaban las Escrituras (Hch. 17:11). Han tratado la Biblia en una forma superficial y nunca han disfrutado del poder de sus verdades ricas y profundas. El mensaje de la iglesia no debe ser la Biblia *más* el mundo, sino que el mensaje *solo* de la Biblia es suficiente.

Demasiadas personas en iglesias y escuelas cristianas hoy día simplemente asumen que ciertos problemas están más allá del alcance de las Escrituras. El problema real es que no se han identificado plenamente con las Escrituras. No se han comprometido a la lectura y aplicación diaria de la Palabra de Dios. Por eso carecen de un discernimiento genuino y un entendimiento bíblico. Si realmente estudiaran las Escrituras, descubrirían que ellas son la única fuente de fortaleza y sabiduría espiritual del cristiano. Es el recurso absolutamente amplio dado a nosotros por Dios para luchar con los asuntos de la vida. Cuando los cristianos abandonan esa fuente, no es de sorprenderse que sufran espiritualmente.

¿Es la Biblia realmente suficiente para satisfacer cada problema de la vida humana? Por supuesto que lo es. Y el que diga que no lo es, mediante una declaración explícita o por una acción implícita, está llamando a Dios mentiroso e ignora o está menoscabando seriamente la clara y autoexplicativa instrucción que hace Pablo a Timoteo:

“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (1 Tim. 3:14-17).

Este es el punto de partida de una verdadera visión cristiana del mundo, y es el punto al cual los cristianos inevitablemente deben retornar para evaluar y discernir cada opinión o filosofía contraria. Las Escrituras son verdad. Son confiables. Y por encima de todo, son suficientes para guiarnos en cada aspecto de desarrollo de una visión del mundo que honre a Dios.



REY EN EL DILUVIO. SALMO 29. Henry M. Morris.

El Salmo 29 se conoce mucho como “El Salmo de la voz de Yahvéh”, por las siete veces que se repite esa frase en sus versículos. Sin embargo, fuera de este rasgo tan obvio, la interpretación exacta del salmo ha sido con frecuencia objeto de confusión para los comentaristas. Generalmente lo explican en términos de una descripción poética de David de una gran tempestad que se aproxima a la tierra desde el mar Mediterráneo, pero lo menos que podemos decir es que los detalles de esta interpretación no parecen muy claros.

No obstante, la verdadera clave para su significado se encuentra en el versículo 10: “Yahvéh preside en el Diluvio”. Hay diez palabras hebreas que se traducen “diluvio” en el A.T., pero la palabra usada aquí es *mabbul*, que se usa exclusivamente para referirse al cataclismo mundial de los días de Noé. En efecto, éste es el único lugar en la Biblia donde se usa esta palabra, aparte del relato del gran Diluvio registrado en Génesis 6 – 9, donde se la usa siempre. Por tanto, es seguro que el autor del Salmo 29 estaba hablando de aquel gran cataclismo y no de otro.



Tal vez, mientras David estaba sentado junto a una ventana del piso superior de su palacio un día, mirando con asombro una gran tormenta de lluvia y viento que soplaba del mar, rugiendo desde el Hermón y el Líbano hasta Cades, en el sur, se sintió transportado en el Espíritu hacia tiempos remotos, a aquel gran cataclismo del pasado. En su visión vio y apuntó estos terribles sucesos que acompañaron al gran Diluvio.

Hijos de los poderosos (v. 1-2).

El Salmo comienza con una escena en los cielos en la que aparece una hueste poderosa del trono de Dios. El jefe de la hueste clama en gran exhortación a que se le dé “la gloria y el poder a Yahvéh”, dirigiéndose a los “hijos de los poderosos”. En el original esta expresión es una palabra compuesta, *bene elim*, “hijos de los poderosos”, que se usa también en el Salmo 89:6 en un contexto parecido: “Porque ¿quién en los cielos se igualará a Yahvéh? ¿Quién será semejante a Yahvéh entre los hijos de los potentados?”. Pero aquí la expresión es *bene el*. Ambas, por supuesto, son prácticamente idénticas a la expresión *bene elohim*, que se traduce “hijos de Dios” en Génesis 6:1, 4.

Así, es claro que la escena describe los angélicos “hijos de Dios”, los cuales habían permanecido fieles a Dios al suceder el gran Diluvio, y ahora lo alaban por su gran victoria sobre aquellos hijos rebeldes del Altísimo. Los ángeles rebeldes habían logrado dominar a los hijos e hijas de los hombres pecadores del mundo primitivo, que habían procreado una generación de gigantes malvados que causaron mucha violencia en la tierra. Ese dominio ilícito sobre los seres humanos y el intento de corromper toda carne humana, hizo finalmente que Dios mandara un gran juicio sobre la tierra en los días de Noé (Génesis 6:13). La adoración de los ángeles fieles tiene lugar en el hermoso templo de Dios en los cielos (“la hermosura de la santidad [el santuario]”), inmediatamente después de la victoria de Dios sobre los ángeles malvados y sus instrumentos humanos.

La voz de Yahvéh (v. 3-9).

Los primeros dos versículos del Salmo son una exhortación a la alabanza. El resto del salmo contiene la respuesta de alabanza mientras la hueste celestial cuenta de los juicios del Señor en el gran Diluvio, que culminaron con la victoria sobre los malvados.

La “voz de Yahvéh” habla siete veces, y cada vez resultan obras maravillosas en la tierra. Es interesante notar que en el relato que del Diluvio se hace en el Génesis, Dios le habla a Noé siete veces (Gén. 6:13; 7:1; 8:15; 9:1, 8, 12 y 17). Sin embargo, aunque la escena era una escena de juicio, en cada caso el mensaje de Dios a Noé fue un mensaje de gracia. Asimismo, en un futuro juicio mundial habrá otra vez una voz del cielo que se oirá siete veces: “...y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces” (Ap. 10:3). Evidentemente, el mensaje de los siete truenos es también un mensaje de gracia en medio del juicio, pero el mensaje en sí todavía no se ha revelado (Ap. 10:1-7). La conexión bíblica que hay entre los siete truenos del Apocalipsis y las siete voces de Yahvéh del Salmo 29, la indica el trueno que acompaña a la primera voz:

1. “Voz de Yahvéh sobre las aguas; truena el Dios de gloria, Yahvéh sobre las muchas aguas” (v. 3). Sin duda, ésta fue la primera vez que se oyó la airada voz del trueno en el bello mundo de Dios. Nunca antes había habido tormenta alguna (Gén. 2:5), mas de repente “muchas aguas” se precipitaron desde el cielo y desde el grande abismo (Gén. 7:11-12).

2. “Voz de Yahvéh con potencia” (v. 4). Se desataron enormes estanques de energía al ser rotas las fuentes del grande abismo y al soltar las cataratas de los cielos sus tormentas. Pronto estas fuerzas devastarían y arrasarían la tierra.

3. “Voz de Yahvéh con gloria” (v. 4). El vocablo hebreo equivale a “honor”, y el testimonio es un testimonio que reafirma la soberanía de Dios. Satanás, por medio de su hueste de espíritus caídos y con una multitud de hombres y mujeres corruptos cuyos cuerpos aquéllos habían poseído, y con la generación de gigantes que así habían engendrado, había llenado la tierra de maldad y de violencia, pero la paciencia de Dios se había agotado y el juicio había venido.

4. “Voz de Yahvéh que quebranta los cedros” (v. 5). Los majestuosos árboles de los bosques de la época antediluviana (que en su visión David podía comparar a los cedros del Líbano) fueron quebrantados y desarraigados por los torrentes de aguas. Al arrastrar las aguas finalmente toda vegetación en grandes cantidades, los campos y los cerros quedaron desnudos y fácilmente expuestos a la erosión. Además, al hacer erupción las fuentes del grande abismo, se produjeron enormes terremotos y derrumbamientos; los montes (como el Hermón y el Sirión que menciona David) saltaban como becerros y como hijos de búfalos (o toros salvajes).

5. “Voz de Yahvéh que derrama llamas de fuego” (v. 7). El vocablo hebreo para “derramar” en realidad equivale a “desentrañar”. Es una visión de lava ardiente y vapores encendidos que emergen de las profundidades. Las peñas de la tierra dan abundante testimonio de la inmensa cantidad de rocas ígneas que se formaron durante el año del Diluvio.

6. “Voz de Yahvéh que hace temblar el desierto” (v. 8). Después que las aguas abrumadoras habían desarraigado los bosques y roído los cerros, después que los grandes temblores de tierra y los flujos ígneos habían reestructurado la superficie de la tierra, y nuevos continentes habían surgido de las profundidades y las aguas se habían recogido en nuevas cuencas (Sal. 104:8-9), la superficie de la tierra se había hecho completamente árida. Era un desierto y David no pudo encontrar una comparación más adecuada que el desolado desierto de Cades. ¡Pero luego el desierto comienza a *temblar!* La lengua original da una descripción gráfica de una hembra que está de parto, lista para “parir”, y que a menudo se traduce como “estar con dolores de parto” o algo similar. La figura retórica describe el desierto árido como que está por producir de nuevo la hierba y los árboles. La poderosa voz de Yahvéh que trae vida a un mundo muerto.

7. “Voz de Yahvéh que desgaja las encinas, (“que hará estar de parto a las ciervas” –V.R.V. 1909) y desnuda los bosques” (v. 9). Esta palabra final de los cielos capacitó a la población animal, representada solamente por dos supervivientes de cada especie, a multiplicarse rápidamente para volver a llenar la tierra. Al mismo tiempo el suelo tembloroso hacía que brotaran de nuevo grandes árboles, a medida que la voz de Yahvéh “desnudaba” (“descubría”, o literalmente “exponía”) los bosques.

“En su templo todo proclama su gloria” (literalmente “responden: ¡gloria!”). El antiguo mundo fue enterrado y un nuevo mundo nació, a pesar de la rebelión concertada de las legiones de Satanás y el mundo de la humanidad. ¡Sólo la voz de Yahvéh era mayor que todo! Y eso bastaba para justificar la gran exclamación de “¡gloria!” de parte de la hueste celestial.

Fortaleza para su pueblo (v. 10-11).

El Salmo 29 comienza con un prólogo de dos versículos que presentan a los ángeles del cielo, y finalmente concluye con un epílogo de dos versículos que elevan el último coro de alabanza y victoria. En los siete versículos que median, se repite siete veces la expresión “voz de Yahvéh”, y se registran las renovaciones globales que proceden de la misma.

En el epílogo, el coro culminante resuena: “Yahvéh preside en el Diluvio, y se sienta Yahvéh como rey para siempre” (v. 10). Los términos “preside” y “se sienta” significan literalmente “estar quieto”. Toda la violencia que incitaron los hombres y demonios, pudo ser sojuzgada por la sola palabra que Dios habló; ¡ni siquiera tuvo que levantarse de su trono! El devastador cataclismo que destruyó al mundo antediluviano vio a Dios permanecer tranquilamente sentado como el Rey eterno. Su majestad permaneció inalterada, y su trono seguro contra las astucias de Lucifer (Isaías 14:12-15); ¡Yahvéh omnipotente reina!

Así, el último versículo del Salmo expresa una palabra de consuelo y de estímulo para aquellas criaturas tuyas que confían en Él. No importa qué ataques futuros lance el hombre o el diablo contra el pueblo de Dios, “Yahvéh dará poder a su pueblo”. Aún en el ardiente juicio venidero que aguarda al mundo, Dios será tan capaz de guardar a su pueblo en medio del fuego como lo fue durante el Diluvio. “Yahvéh bendecirá a su pueblo con paz”.



CON EL ROCÍO DE TU JUVENTUD. Salmo 110. José M. Martínez.

La brevedad de este Salmo no es indicativa de insubstancialidad. Sus siete versículos constituyen uno de los Salmos reales más notables. Por su clara proyección mesiánica es el más citado en el N.T.; a él se refirieron tanto el Señor Jesucristo (Mt. 22:44; Mr. 12:36 ss; Lc. 20:41-44) como los apóstoles (Hch. 2:32-35; Heb. 5:5-10; 7:17). Con trazos escasos, pero firmes y claros, se delinean los rasgos esenciales del «Ungido» de Dios, hondamente significativos para el pueblo de Dios. Ciertamente la composición es breve, pero su densidad es grande. Como decía Agustín de Hipona: “*brevis numero verborum, magnus pondere sententiarum*” (breve es el número de sus palabras, pero grande el peso de sus ideas). No menos expresiva es la afirmación de Alfred Edersheim: “Este salmo ha sido justamente designado la corona de todos los salmos; de él decía Lutero que es digno de ser recubierto de piedras preciosas”. Pese a estos testimonios relativos al valor del salmo, hemos de reconocer que nos hallamos ante un texto no exento de dificultades exegéticas, algunas de las cuales tienen su origen en la oscuridad del original hebreo. Por otro lado, existen tensas discrepancias en cuanto a su sentido y propósito original. ¿Era única y exclusivamente un oráculo profético relativo al Mesías, Rey y Sacerdote, o fue compuesto teniendo en mente una aplicación primaria a alguno de los reyes davídicos con motivo de algún acontecimiento notable como podía ser el de la coronación? No parece que esta interpretación histórica haya de excluir la mesiánica, ni viceversa. Lo que es obvio es que algunos de los Salmos reales resultan inexplicables si, limitándonos al cuadro histórico en que vivió el autor, los despojamos de su elemento predictivo, anunciador del Rey por excelencia que aparecería en el cumplimiento del tiempo. Y es con esta perspectiva mesiánica que debemos analizar el Salmo 110, sin que por ello hayamos de descartar totalmente el sentido histórico que originalmente pudo haber tenido.

La exaltación del Rey (v. 1-3).

El poeta es portavoz de un oráculo divino que asegura tanto el ensalzamiento del monarca como el triunfo sobre sus enemigos. La expresión “siéntate a mi diestra” es indicativa del incomparable honor que Dios concede a su Ungido, pues la derecha siempre denota distinción. En Israel la dignidad regia merecía reconocimiento, respeto y sumisión. El monarca era llamado a actuar como virrey de Dios. Y cuando gobernaba conforme a los preceptos divinos podía contar con todo el apoyo de “Yahvéh de los Ejércitos”. No habrá adversario que pueda prevalecer sobre él; todos sus enemigos serán puestos por estrado de sus pies. Será Yahvéh mismo quien libraré sus batallas, quien “extenderá desde Sión el cetro de su poder” y asegurará su dominio universal (v. 2; cf. Zac. 9:10).

La historia de Israel muestra hasta qué punto de degradación llegó la monarquía hebrea por la conducta moral autocrática e impía de algunos de sus reyes. La consecuencia final fue su destrucción en vez de su sostenimiento victorioso. Pero el oráculo divino se cumple maravillosamente en el Rey Mesías, quien fue “exaltado por la diestra de Dios... hecho Señor y Cristo” (Hch. 2:36; cf. Rom. 8:34; Flp. 2:9-11; Heb. 1:13). Desde su resurrección triunfante, pese a la oposición de sus enemigos, su reino no ha cesado de extenderse por todo el mundo, “porque es preciso que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Cor. 15:25). En algunos momentos del proceso histórico puede parecer que las fuerzas de ese reino se baten en retirada ante el empuje de poderes anticristianos y que en vez de acabar triunfando van a ser definitivamente derrotadas. ¡Nada más lejos de la realidad! La vitalidad del reino de Cristo se ha puesto de manifiesto en múltiples ocasiones. Ni las persecuciones de los emperadores romanos o de gobernantes intolerantes de países “cristianos”, ni las críticas mordaces de algunos filósofos, ni la dura oposición de la ideología marxista, ni el ateísmo práctico del materialismo capitalista han conseguido acabar con él. Ha sido tras las épocas de mayor represión cuando el cristianismo ha resurgido con mayor pujanza, haciendo palidecer la leyenda del ave fénix. A pesar de los aparentes retrocesos o decaimientos, el reino de Cristo avanza hacia su culminación en el día en que “los reinos de este mundo vendrán a ser los reinos de Dios y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos” (Ap. 11:15).

En estrecha relación con el poder del Rey, extiende el oráculo su predicción al “pueblo del Rey” (v. 3), del que se destaca su lealtad cordial, su entrega voluntaria y abnegada. Todo el pueblo se ofrecerá espontánea y libremente para militar en las filas reales. En éstas no hay lugar para los mercenarios ni para reclutados por servicio militar obligatorio. Los soldados son todos entusiastas seguidores de su Rey, y están plenamente convencidos de que van a librar las batallas de Yahvéh. Esa convicción les lleva a la adhesión. Este sentir estaba arraigado en Israel desde tiempos muy antiguos (Jue. 5:2, 9). El principio de la voluntariedad ha regido en el servicio del pueblo de Dios de todos los tiempos (1 Cr. 29:6 ss; 2 Cr. 17:16; Esd. 2:68; Neh. 11:2; Flm.

14; 1 P. 5:2). En el servicio cristiano es impropio el uso de coacciones. El Señor Jesucristo nunca forzó a nadie a seguirle. Las oportunidades ofrecidas a sus discípulos potenciales siempre estaban condicionadas por “si alguno quiere...” (Mt. 16:24 y paralelos). Pero el poder de atracción de Cristo es de tal intensidad que la persona que recibe su palabra no sólo le reconoce como Salvador, sino que se rinde a Él aceptando su señorío. Para el discípulo cristiano auténtico no hay otra alternativa. Su voluntad es ganada por Cristo y servir a Cristo es su ideal supremo, aunque para ello haya de luchar y, si es necesario, dar su vida por Él. Como cantamos en un himno, “no hay obra más noble ni paga mejor”.

El texto del v. 3 resulta difícil de traducir. Por nuestra parte seguimos el sentido de varias esmeradas versiones. La idea, al parecer, es que las tropas del Rey van “vestidas de santos arreos”, los cuales, en opinión de Delitzsch, son la indumentaria de los sacerdotes. Como se verá en el versículo siguiente, el Rey es también Sacerdote. Es comprensible que, en cierto modo, sus soldados también compartan la responsabilidad sacerdotal. De hecho todo el pueblo de Israel, en el propósito original de Dios, estaba llamado a ser “un reino de sacerdotes” (Éx. 19:6). En la era cristiana, el sacerdocio universal de los creyentes vendría a ser un hecho fundamental (1 P. 2:5; cf. Rom. 12:1; Heb. 13:15). La Escritura contiene indicaciones especialmente significativas respecto a las vestiduras sacerdotales. Eran “vestiduras sagradas... para honra y hermosura” (Éx. 28:2), lo que tenía una clara connotación moral. La vida del sacerdote ha de honrar a Dios y ha de mostrar la belleza moral de una conducta acorde con los preceptos divinos; ha de ser un reflejo del propio carácter de Dios. Sólo cuando los soldados-sacerdotes visten arreos sacerdotales pueden ser usados por el supremo Rey Sacerdote en las luchas de su reino.

La frase del v. 3 es de una belleza poética extraordinaria. Se considera a la aurora como madre del rocío, sin duda porque es en las últimas horas de la noche, al rayar el alba, cuando se intensifica la condensación y se forma el rocío con sus innumerables gotas posadas sobre las plantas del campo. Así, en número incontable, acuden los jóvenes a alistarse en las filas del Rey. Además, el rocío ha sido siempre símbolo de poder vivificante; por su acción, la vegetación, que durante el día ha quedado agostada por el sol estival, recupera su lozanía. Las fuerzas del Rey gozarán siempre de un maravilloso poder de renovación que les permitirá proseguir victoriosamente el combate. En ese conflicto no faltarán momentos de debilidad, de desgaste, incluso de agostamiento espiritual; pero la gracia de Dios, que se perfecciona en la debilidad de sus siervos, obrará el milagro de la recuperación (cf. Is. 40:31). Si a la fuerza de un ejército así renovado se suma la del Dios omnipotente, la victoria final está plenamente asegurada. El creyente puede empezar a celebrarla con un cántico de esperanza.

La función sacerdotal del Rey (v. 4).

Contiene este versículo un segundo oráculo divino relativo a las funciones del Rey. Se introduce del modo más solemne. No se trata de una simple declaración o promesa de Dios, sino de un juramento irrevocable, en virtud del cual Dios constituye a su ungido como sacerdote. La idea podría parecer un tanto extraña en Israel, donde la función regia y sacerdotal estaban bien diferenciadas y separadas. El monarca no podía desempeñar el oficio del sacerdote. Recuérdese la dramática experiencia del rey Uzías (2 Cr. 26:16 ss). Sin embargo, en un sentido lato el monarca también tenía en su posición un carácter sacerdotal. Como hemos visto, el pueblo todo constituía un reino de sacerdotes (Éx. 19:6); y el rey, en cierto modo representaba al pueblo. Sus responsabilidades no eran exclusivamente políticas; entre ellas se incluían las de carácter religioso. Como ungido de Yahvéh no sólo representaba a Yahvéh ante el pueblo; también representaba al pueblo ante Dios. Esta doble función es la propia del sacerdote. Y el rey debía cumplirla fielmente. Sólo así podría pastorear a la nación por caminos de justicia y de obediencia a la Palabra de Dios. Sólo así Israel se mantendría como pueblo especial, alejado moralmente de la idolatría y de la maldad de los pueblos circundantes.

El propósito divino de unir en el ungido el ministerio regio con el sacerdotal halla ilustración en la figura de Melquisedec, rey de Salem. En Israel el trono y el altar no debían distanciarse, y menos debía pugnar el uno contra el otro. El gobierno no debía ser ni una monarquía autocrática ni una oligarquía sacerdotal. Había de ser una auténtica teocracia en la que Dios fuese el supremo soberano. El monarca con sus oficiales y los sacerdotes serían los instrumentos ejecutivos en el gobierno de Dios. La personificación de ese poder unitario se encarna en la figura del rey-sacerdote.

Algunos comentaristas han aplicado este oráculo a alguno de los príncipes macabeos, mayormente a Simón, designado por el pueblo para ser “jefe y sumo sacerdote para siempre hasta que apareciera un profeta digno de fe” (1 Mac. 14:41). Pero el caso de los Macabeos no era un rey o jefe el que venía a ser hecho sacerdote, sino a la inversa, era un sacerdote el que asumía las responsabilidades de gobierno. Puede asegurarse que resulta muy difícil aplicar el texto del Salmo a alguna figura histórica conocida. Por el contrario, la aplicación

es clara y encaja perfectamente cuando el Rey-Sacerdote se ve en la figura de nuestro Señor Jesucristo, como la vieron los escritores del N.T., particularmente el autor de la carta a los Hebreos (Heb. 7). En efecto, Cristo no sólo anunció el reino de Dios. Él mismo lo inauguraba. Era el Rey. Pero también fue –y es– el Sacerdote por excelencia. Fue sacerdote y sacrificio a la vez, y por su obra expiatoria en la cruz obtuvo la eterna salvación de sus seguidores. Ahora es el gran mediador entre Dios y los hombres (1 Tim. 2:5), el Intercesor fiel el favor de su pueblo redimido (Rom. 8:34; Heb. 7:25; 9:24). La grandiosidad de su realeza no impide que se preocupe por cada uno de los suyos. La gloria de su majestad no oscurece su infinita compasión. Hombre como los hombres, aunque sin pecado, puede comprendernos y simpatizar con nosotros (Heb. 2:18; 4:15), lo que asegura su auxilio en el momento oportuno. En Cristo se hacía realidad lo que simbólicamente se había profetizado sobre el “Retoño” que no sólo edificaría el templo de Yahvéh (función sacerdotal), sino que llevaría las insignias reales, y se sentaría y dominaría en su trono (Zac. 6:12 ss).

Día de juicio y de victoria (v. 5-7).

Esta parte final del Salmo ¿forma parte del oráculo de Dios o es reflexión del poeta? Poco importa esta cuestión, pues es de pura lógica que si el Rey-Sacerdote lo es por decisión divina (cf. Sal. 2:6 ss), todo el poder de Dios estará a su favor. No importa que arrecie la oposición de los adversarios que se plantan frente a Él. A su derecha está Dios (v. 5) En el v. 1 es el Rey quien aparece a la diestra de Dios; ahora es Dios quien se encuentra a la diestra del Rey. Ahí está como su inmediato y eficaz recurso. De este modo el ungido de Dios llevará a cabo eficazmente los propósitos divinos, sin que nada ni nadie pueda oponerse a él con éxito. El Rey-Sacerdote aparece ahora como general de un ejército invencible, al frente del cual marcha triunfante.

El curso de los acontecimientos desemboca un “día” sensacional. Es el “día de su ira”. Hay en la Historia del mundo páginas que atestiguan la manifestación de la cólera divina, que ha acarreado justa retribución a los impíos más osados. Pero la predicción de los vv. 5 y 6 apunta a un episodio escatológico. El pensamiento es paralelo al de algunos profetas (Is. 13:9, 13; 66:24; Sof. 2:2; 3:8; Jl. 1:15; 2:2) y culmina en el Apocalipsis (Ap. 6:16 ss; 19:11 ss). Tal pensamiento, correspondiente a una sombría realidad, debiera mover a una seria consideración de la persona y la obra de Cristo. Ciertamente Él es el gran Sacerdote, mediador ante Dios a favor de los seres humanos, compasivo, misericordioso. Es el Cordero de Dios inmolado en la cruz para expiar el pecado del mundo. Es el Salvador que llama a los hombres al arrepentimiento y la fe y les abre el camino de la reconciliación con Dios, que es el camino de la vida. Pero también ha sido designado por Dios para juzgar al mundo con justicia (Jn. 5:22; Hch. 10:42; 17:31). La Escritura no se refiere solamente a la mansedumbre del “Cordero”, también nos previene solemnemente contra la “ira del Cordero” (Ap. 6:16). Como hacía notar MacLaren, al hombre únicamente le quedan dos opciones: o adherirse a Cristo mediante la fe y ser exaltado juntamente con Él en su trono (Ap. 3:21) o ser destruido bajo su pie. O triunfa la gracia o se impone el juicio. Lo uno y lo otro se hacen patentes en la historia de la salvación.

Esa historia proseguirá ininterrumpidamente hasta que se consume en la plena manifestación del reinado de Cristo en su Segunda Venida. Aunque el progreso del reino en su fase actual sea difícil, el Rey no conocerá el desfallecimiento (v. 7; cf. Is. 42:4). Las dos frases con que el Salmo llega a su conclusión presentan cierta dificultad de interpretación. La idea que parecen expresar es la del Rey que, en la persecución del enemigo derrotado y fugitivo, se detiene un momento junto al arroyo para beber agua y así recuperar fuerzas (cf. Jue. 8:4). El conflicto continuará, pero el Rey y sus huestes, con fuerzas renovadas, seguirán adelante invictos hasta el triunfo final. La certidumbre de este resultado es evidenciada por la cabeza erguida del Rey (v. 7b), lo que armoniza, como señala Delitzsch, con Flp. 2:8 ss; Heb. 12:2 y Ap. 5:10 ss.

Ningún rey tan grande como nuestro Rey-Sacerdote, nuestro Señor Jesucristo. ¡Ningún privilegio mayor que el de seguirle y compartir la gloria de sus triunfos y de su trono!



EL SALMO DE LA CRUZ. SALMO 22.

Cuando David compuso este extraordinario salmo de sufrimiento y alabanza, poco podía imaginar que expresaba algo más real y concreto que las angustias de su injusta persecución y su liberación posterior. Sin embargo, la panorámica que nos presenta este salmo, en su conjunto, es el retrato más vívido que pudiéramos imaginar de los sufrimientos de Cristo en la cruz, y las glorias que vinieron tras ellos. Es uno de los pasajes donde de manera más significativa percibimos la doble autoría de las Escrituras, como si Dios, para expresar su tremendo dolor, hubiese utilizado el lamento de la guitarra de un corazón humano, a fin de que sintiéramos la inexpresable hondura y sufrimiento de su propio corazón. Todo aquello que las tinieblas de la hora sexta ocultaron, este salmo lo plasma con acentos estremecedores.

Este es el salmo de lamentación por excelencia. Ningún otro acumula tanto sufrimiento, físico, moral y espiritual; la gráfica del dolor se precipita hacia el infinito, en una desolación sin límites. Pero de este abismo insondable, «de lo profundo», emerge también un grito de victoria y un cántico de alabanza que reverbera a través de los siglos, resumido en las palabras finales del salmo: «¡Él hizo esto!».

Este salmo se cita *siete veces en el N.T.*, siempre referido a Jesucristo, lo que resalta su carácter *mesiánico*. En el pentagrama de sus versos se han inscrito los sufrimientos de la cruz, aunque este suplicio era desconocido en tiempos de David. Y aún más allá del sufrimiento físico, su lectura permite sentir su voz mortecina y el amargo abatimiento de su alma en la hora de la potestad de las tinieblas. Jesús no dejó ninguna palabra escrita, aparte de aquella que trazó en la arena; sin embargo, el Espíritu Santo registró sus más íntimos pensamientos cuando colgaba de aquel madero de maldición a causa de nuestros pecados. No podemos acercarnos al santuario de este salmo sino con la más profunda reverencia, y sin antes descalzar nuestros pies (Éxodo 3:5), porque cada verso, palabra y letra del mismo, tierra santa es. En esta zarza incombustible vemos las lágrimas que Dios derramó para poder ofrecernos la vida eterna en la cruz de su Hijo amado.

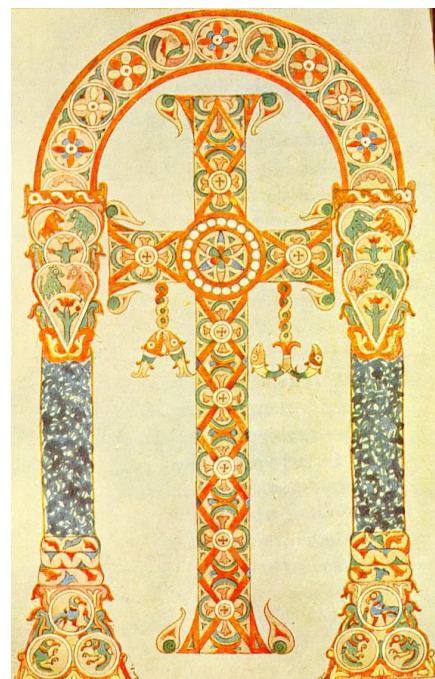
Desamparado por el Padre (v. 1-5).

El salmo comienza con un desgarrador «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46; 15:34). De las denominadas “siete palabras en la Cruz”, este grito es la “palabra” central, y la palabra central en ella es la pregunta más importante de cuantas exigen una respuesta: ¿por qué? ¿Por qué el Cordero inmaculado tenía que morir en una cruz? Los interrogantes golpean como el martillo que hundi3 sus clavos: «¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?». El clamor inicial es intenso, como lo muestra la repetición de «Elí (¡Dios mío!)», y corrobora la fuerza del verbo al final del primer versículo.

Sin embargo, exceptuando el momento en que entregó su espíritu, el Señor no alzaba un clamor, sino que guardaba un silencio casi absoluto (algunas traducciones hablan de «gemido», aunque el vocablo hebreo es «rugido»). La clave de esta aparente contradicción se ve en el Salmo 32, donde David confiesa su pecado, y declara: «mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi *gemir* todo el día» (32:3). David guardaba silencio pero su interior «rugía» bajo el peso de la culpa. Por ello, el alma del Señor *rugía* bajo el peso de los pecados de todo el mundo, colocados en su propio cuerpo, al hacerse sacrificio expiatorio (1 Pedro 2:24). Sentía que el Padre le había daba la espalda porque Dios es «muy limpio de ojos para ver el mal» (Habacuc 1:13).

Esta desoladora exclamación encierra una inquietante *paradoja*. Si el crucificado siente que Dios le ha abandonado, ¿por qué clama sin cesar a Él, de una forma tan personal, íntima e irrenunciable («¡Dios *mío!*»)? Estas palabras han sido siempre unas de las más difíciles de interpretar en todas las Escrituras pues parecen comprometer la deidad de Jesús. ¿Cómo puede ser el Hijo de Dios si el Padre lo ha abandonado?

Al meditar en ese versículo, Blank evoca una esclarecedora lección de *Martín Lutero*: «Lutero comienza su exposición del Salmo 22:1 diciendo que es imposible entender toda la profundidad del grito: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, por la sencilla razón de que ninguno de nosotros ha sido abandonado por Dios. Hay momentos en que creemos que Dios nos ha abandonado, sintiendo como si nos hubiera desamparado. Pero no es así. Si lo hubiera hecho, no seguiríamos con vida ni con fuerzas para lamentarnos mostrando la angustia que sentimos. Los mismos gritos angustiosos que con frecuencia brotan de nues-



tras gargantas, son los gemidos indecibles del Espíritu que intercede por nosotros (Rom. 8:26); no son, tantas veces, el resultado de haber sido abandonados por Dios, sino que *nosotros le hemos abandonado a Él*. Las lágrimas de arrepentimiento que brotaron de los ojos del hijo perdido de la parábola, fueron la evidencia de que, aún allí, en aquel lejano país, el Espíritu de Dios obraba en su corazón y no lo había desamparado.

»La *única persona* que puede decirnos en qué consiste estar desamparado por Dios, es **Jesús**. Sin embargo, hay otra persona que puede ayudarnos a entender el significado de “ser abandonado por Dios”. **Job** era un hombre que fue *casi abandonado* por Dios; se nos dice que fue un hombre “recto e intachable, que temía a Dios y vivía apartado del mal” (Job 1:1), muy rico, en bendiciones materiales y espirituales, quien anduvo en los caminos del Señor y siempre estuvo presto para auxiliar a necesitados, pobres, viudas y huérfanos. Fue un hombre que continuamente ofrecía sacrificios y holocaustos a favor de sus hijos.

»Sin embargo, un día el acusador fue a presentarse ante el trono de Dios. “Y el Señor le preguntó (a Satanás): ¿De dónde vienes? Vengo de rondar la tierra, y de recorrerla de un extremo a otro, le respondió Satanás. ¿Te has parado a pensar en mi siervo Job?, volvió a preguntarle el Señor. No hay nadie en la tierra como él; es un hombre recto e intachable, que me honra y vive apartado del mal.” Es evidente que Satanás, cuyo nombre en hebreo significa “acusador”, estuvo tomando nota de los deslices, faltas y pecados de los seres humanos para después acusarlos ante Dios. De modo que la respuesta del acusador fue: “¿Y acaso Job te honra sin recibir nada a cambio? ¿Acaso no están bajo tu protección él y su familia y todas sus posesiones?” (Job 1:9-10). Acto seguido, el acusador le dice a Dios: “Pero extiende tu mano y quítale todo lo que posee, ¡a ver si no te maldice en toda tu cara!” (Job 1:11). El Señor le contestó a Satanás: “Todas sus posesiones están en sus manos, con la condición de que a él no le pongas la mano encima” (Job 1:12). Lutero comenta que de este modo el Señor le quitó a Job *algunos* de los ángeles de la guarda, *pero no todos*. En un solo día Job lo perdió todo: sus bueyes, asnos, camellos, ovejas, pastores, siervos e hijos. No obstante, en vez de maldecir a Dios, se vistió de luto y se dejó caer al suelo en actitud de adoración, diciendo: “desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir. El Señor ha dado; el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el Nombre del Señor!” (1:21).

»Cuando Satanás vio que no podía destruir la fe de Job, se presentó de nuevo ante el Señor, diciendo: “¡Una cosa por la otra! Con tal de salvar la vida, el hombre da todo lo que tiene. Pero extiende la mano e hiérela, ¡a ver si no te maldice en tu propia cara!” (2:4-5). Satanás insinuó que Job no ha sufrido lo suficiente: “Todavía tiene demasiados ángeles de la guarda a su alrededor. Quítaselos y déjame a mí que le haga sentir el dolor de los que mueren de cáncer o de lepra”. Según Lutero, el Señor quitaría a Job otros ángeles de la guarda, *pero no a todos*. Satanás podría tocar su cuerpo, pero la vida y el alma de Job seguirían estando en manos del Señor. “Satanás se retiró de la presencia del Señor para afligir a Job con dolorosas llagas, desde la planta de los pies hasta la coronilla” (2:7). Tal era la hediondez de sus llagas, que su esposa no pudo aguantar más, y en vez de consolarle, le clavó un puñal en el corazón diciendo: “¡Maldice a Dios y muérete!” (2:9). La Escritura nos dice que Job llegó a maldecir el día de su nacimiento, pero nunca maldijo a Dios. A pesar de las acusaciones erradas de sus mejores amigos, quienes trataban de convencerlo de que sus sufrimientos eran terribles castigos que Dios le enviaba por sus pecados secretos, Job se mantuvo firme, hasta que finalmente el Señor intervino y lo restauró, restituyéndole todo lo que perdió.

»Lo que cabe destacar es la *conclusión* de Lutero de su lectura de Job, al preguntarnos: “¿*Qué habría pasado si el Señor quitase todos los ángeles de la guarda a Job?* ¿Qué si hubiese caído completo, cuerpo y alma, en manos del Diablo, totalmente desamparado y abandonado por Dios?” La respuesta de Lutero fue: “*Job habría estado en el infierno*, porque el infierno no es otra cosa que estar totalmente abandonado por Dios y por completo en poder de Satanás. Sin embargo, no es Job quien grita «¿Por qué me has abandonado?», sino Jesús. Él sufrió el **infierno** mismo, que consiste en *estar desamparado y abandonado por el Padre*. Jesús tuvo que ser abandonado por Dios para que nosotros, en nuestro lecho de muerte, pudiéramos escuchar la voz del Señor diciéndonos: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lucas 23:43).

Ese terrible abismo entre el Padre y el Hijo, cuando su relación era siempre de perfecta comunión, es la naturaleza esencial del **infierno**: la completa separación de Dios. Jesucristo empezó a sufrirlo para salvarnos de la eterna separación de Dios. Tuvo que *ser necesario* sumergirse en este indescriptible abismo.

El versículo 2 muestra la hondura del sufrimiento en las horas matinales, y también «de noche», cuando el sol se ocultó de forma sobrenatural en pleno mediodía. En ese valle de sombras mortales, el Señor responde a su propia pregunta: «Tú eres **santo**» (v. 3). La única razón posible por la que el Padre podía desamparar a su Hijo amado, es que el Hijo «*se hizo pecado*» por nosotros, y *la absoluta santidad de Dios exige que el pecado sea juzgado*. Ningún pecado de la humanidad quedó al margen de la cruz.

Para entender mejor el *silencio de Dios* ante el clamor de la cruz hemos de volver la vista atrás, a las lecciones del Antiguo Testamento. En el “**Día de la Expiación**” (actual fiesta del Yom Kippur), según Levíti-

co 16, *debían sacar la ofrenda por el pecado del campamento*, a un **lugar alejado de Dios** (Dios “residía” en el Tabernáculo, *dentro* del campamento). Este ritual es figura del desamparo físico de Cristo por un Dios cuyos ojos son demasiado limpios para ver el mal (Habacuc 1:13). Esta es la causa de su silencio cuando su Hijo sufría amargamente. Él mismo lo reconoce en el versículo 2: «Pero Tú eres santo», justificando así el desamparo de su Padre, cuya santidad vedaba la intervención divina en la hora decisiva de la Expiación.

Notemos, sin embargo, que la intensidad rugiente del que suplica con voz mortecina *no excluye la reverencia*. Ahora no invoca a Dios con el “**El**” del versículo anterior, sino con un sentido “**Elohi**” (singular de Elohim), palabra con un *matiz de santo temor y sumisión respetuosa*, cuando de otras bocas sólo saldrían maldiciones y blasfemias. Pero su estado de ánimo va decayendo y siente una creciente sensación de abandono: Dios le ha *desamparado*, Dios está *lejos*, Dios *calla*. No niega su existencia pero ésta no se hace visible por ningún lado. Igual que Job, la fe del crucificado parece dislocarse por la *divergente* trayectoria entre la **teología** y la **experiencia**. Vemos un tenue reflejo de esta abrumadora sensación de soledad en las patéticas palabras del rey Saúl: «Estoy muy angustiado, pues... Dios se ha apartado de mí» (1 Samuel 28:15).

Aún así, exclama estas hermosas palabras: «Tú habitas entre las alabanzas de Israel» (v. 4). El que sería Heredero de todas las promesas de Dios a favor de Israel, aún ahora podía recordar todas las **promesas** y **liberaciones** de Dios en el pasado, y cómo *nunca había fallado a cuantos invocaban su Nombre*, aunque ahora Dios no iba a escucharle a *Él*. Su clamor a Dios trata de anclarse, en primer lugar, en el *testimonio de la historia*. La **teología** bíblica **de la salvación** siempre se entrelaza con la **historia** (Éxodo 3:7-8).

El gusano escarlata (v. 6).

En el versículo 6 prosigue el monólogo solitario del Señor: «mas yo gusano soy y no hombre; oprobio de los hombres y despreciado del pueblo». En palabras de Isaías se nos dice que «fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres» (Is. 52:14). Tras el brutal castigo de la flagelación, su inhumano juicio y posterior crucifixión, ya ni siquiera presentaba un aspecto humano. En palabras del mismo Isaías, fue «despreciado y desechado entre los hombres» (53:3).

No obstante, tales afirmaciones apenas justifican su identificación con la de un **gusano**. La mejor explicación, señala Morris en su estudio de este salmo, es la identificación de un gusano específico, bien conocido en la antigüedad: el **gusano escarlata**. La misma palabra hebrea que utiliza el salmista (tolath), se utiliza también para traducir el término “escarlata”, como en Éxodo 25:4, o “carmesí”, en Isaías 1:18. La razón de esta singular equivalencia lingüística es que los fluidos de dicha especie de gusano se empleaban para *teñir las telas de rojo*. El mismo ciclo vital del gusano escarlata ilustra asombrosamente su empleo en boca del Señor: cuando la hembra de esta especie alumbró su cría, pega su cuerpo en algún árbol o poste, con tal firmeza que nunca se desprenderá de allí; y al nacer las crías, el mismo cuerpo del gusano madre provee protección y sustento para su descendencia, hasta que su progenie está capacitada para vivir por su cuenta. La madre muere en este proceso, y al hacerlo, el fluido rojo de su cuerpo rezuma tiñendo de este color su propio cuerpo, el de las crías y la madera del árbol en el que se sujetó, donde ella les dio vida. ¡Qué ilustración tan asombrosa de *la cruz teñida en sangre!* Esta parábola del reino biológico ilustra el mismo proceso en el reino espiritual: para engendrar hijos espirituales es necesaria una muerte espiritual. Por ello se profetiza de Cristo en la cruz que «verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho» (Is. 53:11). El precio de la redención fue inmenso, pero su resultado son frutos de eterno gozo y gloria.

Principados y potestades (v. 7-13).

Este pasaje es uno de los más extraordinarios que jamás se hayan escrito pues describe, con un amplio repertorio de metáforas y símbolos poéticos, los sufrimientos de Cristo en la cruz, mil años antes de su cumplimiento. Tales acontecimientos se relatan desde el corazón de Aquel que veríamos colgado en el madero.

«Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Yahvéh, líbrele Él; sálvele, puesto que en Él se complacía» (v.7-8). En vez de compasión por aquella víctima absolutamente inocente, que ningún mal hizo, sólo contemplamos espantosas expresiones de burla y satisfacción maliciosa (Mateo 27:39-43).

La súplica del salmista ya no hace mención a la *historia* de su pueblo, sino a su *experiencia personal*. Se mantiene la tensa paradoja de su invocación a Dios, lejano y silencioso en su respuesta, pero a quién el crucificado habla como si lo tuviera delante: «Pero Tú eres...». La experiencia personal es tan profunda que *se remonta al mismo nivel del embrión* (al que hoy la perversión humana le niega la dignidad de considerarlo “persona”) y prosigue, sin solución de continuidad, en su nueva etapa de recién nacido. Dios no era solamente la *causa* de su vida, sino también su *finalidad* última; vivir **en comunión con Él** y **servirle** de todo corazón era

la razón suprema de su existencia: «desde el vientre de mi madre, Tú eres mi Dios». Por esto ahora redobla su clamor pues Dios no fue para él una experiencia ilusoria: «¡no te alejes de mí!».

En los versículos 9 y 10, el Señor moribundo evoca los momentos de su **encarnación**, al entrar en este mundo sujeto a la maldición de la muerte: «Pero Tú eres el que me sacó del vientre; el que me hizo estar confiado desde que estaba en los pechos de mi madre» (v. 9). El que dejó su trono en los cielos para residir en un cuerpo «preparado» para Él (Hebreos 10:5), estuvo plenamente consciente de la presencia y la comunión de su Padre aún en las etapas embriónica e infantil de su desarrollo corporal (v. 10). En todo su peregrinaje humano supo que «el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada» (Juan 8:29). Sin embargo, ya en la cruz, ora inaudiblemente con angustia: «no te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude» (v. 11), sumergido en un océano de implacable hostilidad y dolor, ante una horda de invisibles presencias demoníacas que aullaban de satisfacción con lo que suponían la inminente derrota de su enemigo eterno. «Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas» (Lucas 22:53). La «**serpiente antigua**» (Apocalipsis 12:9) insertaba su aguijón de muerte en la «**Simiente de la mujer**», frente a una caterva de fieras rabiosas dispuestas para la matanza.

El afligido sufriente afirma sentirse rodeado por «muchos toros; fuertes **toros de Basán**» (v. 12). Los *espíritus malignos*, visualizados en aquellos feroces astados, hacía mucho tiempo que corrompieron a los canaanitas en el reino de **Basán**, desarrollando una malvada raza de **gigantes** (Génesis 6:4; Deuteronomio 3:1-12), quienes serían destruidos por Dios a través del pueblo israelita. El indefenso crucificado observa también salvajes demonios controlando a los soldados gentiles que con tanta saña lo habían escarnecido y flagelado: «perros me han rodeado» (v. 16). También observa impresionantes **búfalos**, como los ya extintos *aurochs*, de una ferocidad insuperable cuando vivían (v. 21). En medio de estas hordas espantosas aparece el «león rapaz y rugiente» (1 Pedro 5:8), abriendo sobre Él su boca (v. 13) ante el inminente acto de devorarlo.

«Me ha cercado cuadrilla de malignos» (v. 16), resume la visión de la turba infame alrededor de la cruz. Vemos brutales soldados romanos o judíos apóstatas, impíos y blasfemos, pero la visión del crucificado va más lejos y contempla atroces criaturas espirituales, descritas como bestias salvajes, de la misma forma que la visión de Daniel (capítulo 7), contempla la “naturaleza espiritual” de los mismos “imperios humanos” que se sucedían en la pesadilla nocturna de Nabucodonosor, y que el profeta describe en el capítulo 2.

Sin saberlo, las potestades malignas, obrando a través de agentes humanos, apenas se daban cuenta que estaban sellando su propio juicio eterno. Allí se estaba consumando un gran juicio, planeado antes de la fundación del mundo. Pablo lo describe en Colosenses 2:14-15: «Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz». Y también el autor de Hebreos: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:14-15).

Para que se cumpliera esta gran obra, el Crucificado debía satisfacer primero la **plena justicia** de un **Dios santo**, ofreciendo su propio sufrimiento y muerte en substitución por la pena de muerte eterna que merecía el hombre. Era, pues, necesario que «por la gracia de Dios gustase la muerte por todos» (Hebreos 2:9).

La agonía del Crucificado (v. 14-15).

Los versículos 14 al 18 del Salmo de la Cruz son una insuperable y minuciosa descripción profética, anunciada mil años antes de que fuera levantada la cruz del Gólgota, cuya precisión nos estremece.

«He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, deritiéndose en medio de mis entrañas». Suspendido por lacerantes clavos que «horadaron mis manos y mis pies» (v. 16), la tracción del cuerpo, cayendo como un peso muerto, sin apoyos suficientes, dislocó las articulaciones óseas, desplazando los huesos fuera de sus posiciones naturales. El cuerpo se deshidrató rápidamente hasta llevar al corazón a su colapso final. La espantosa cruz, el método de ejecución más agonizante y doloroso que ha engendrado la maldad humana en toda su historia, quedará para siempre como la altura extrema de la malicia humana y de su opuesto, el amor de Dios, aún mayor e inconmensurable, del que sólo el horror de la cruz puede ofrecernos darnos una cierta idea de su insondable profundidad.

Notemos, como señala Morris, la abrumadora evidencia de *inspiración divina* que muestra este salmo. Cualquier estudio sobre la probabilidad matemática de que David hubiera podido predecir el conjunto de sucesos detallados aquí, sin la dirección y revelación del Espíritu Santo, es absolutamente cero. Lo que para **David** sólo serían *expresiones hiperbólicas* de sus sufrimientos (figuras estrictamente literarias), para Jesús fueron *realidades rigurosamente literales*, aún en los mismos símbolos del universo metafórico del salmo.

«Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar» (v. 15). Su percepción era la de haberse convertido en un pedazo de barro seco, cuarteado por la deshidratación, con una sed exasperante. Sus glándulas salivares se habían secado bajo el sol ardiente del mediodía, antes de ser devorado por densas tinieblas. «Y me has puesto en el polvo de la muerte» (v. 15). Por causa del pecado de Adán, toda la raza humana tendría que experimentar la muerte, regresando al polvo con el que Dios formó el cuerpo de Adán; pero «polvo» no tiene aquí la connotación de *corrupción corporal* pues Dios prometió que el segundo Adán no vería corrupción (Salmo 16:10); la implicación para el crucificado alude al *sufrimiento* que conlleva la experiencia de morir, experimentado en grado superlativo por la sobrecogedora carga del pecado que le fue imputado.

El sufrimiento inhumano (v. 16-21).

La agonía física fue exacerbada por la tortura de sus humillaciones. Al primer Adán se le proporcionó una túnica para cubrir la su desnudez (Génesis 3:21); al último Adán se lo dejó expuesto a una vergüenza inmisericorde despojado de sus humildes prendas. La turba hostil lo contemplaba con malicia, injuriándole burlonamente. «Contar puedo todos mis huesos, entretanto ellos me miran y observan» (v. 17).

Las Escrituras ocultan misericordiosamente el detalle de las maldiciones obscenas y los brutales tormentos del Crucificado en aquellas horas interminables, aunque sí mencionan un acontecimiento destacado: «repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes» (v. 18). Es casi el único acontecimiento específico de la crucifixión mencionado por los cuatro evangelistas, por lo que debe haber una poderosa razón para ser destacado tan singularmente. Hasta donde sabemos éstas fueron las únicas pertenencias personales de aquel que hizo los cielos y la tierra. «Por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico» (2 Corintios 8:9). Aunque ha sido constituido «heredero de todo» (Hebreos 1:2), la única **herencia** que nos dejó al morir fue el «Nuevo Pacto» y su «promesa de la herencia eterna» (Hebreos 9:15). Sus verdugos le hurtaron la ropa que llevaba puesta y no tuvieron el menor rasgo de humanidad entregándola a su madre doliente. Todo lo que predicó lo practicó con su ejemplo personal. «No os hagáis tesoros en la tierra» (Mateo 6:19), había dicho; ninguna pertenencia legó a los suyos y ningún bien material llevó consigo al sepulcro (que tampoco le pertenecía); tan sólo el fragante olor del nardo puro con que fueron ungidos sus pies antes de morir (Marcos 14:8; Juan 12:3, 7). Muchos nos avergonzaremos cuando se nos pregunte acerca de nuestras posesiones.

Los versículos 19-21 expresan su angustioso ruego final antes de que Satanás culmine sus propósitos. «Libra de la espada mi alma, del poder del perro mi vida» (v. 20). La Septuaginta usa el término «*monogenes*» (la misma palabra que se traduce “*unigénito*” en Juan 3:16). Con toda seguridad el Padre no le dará la espalda a su amado Hijo una vez haya pagado el precio completo de nuestro pecado. «Sálvame de la boca del león, y líbrame de las cornadas de los búfalos» (v. 21). Satanás está listo para lanzarse al cuello de su presa y la estampida de búfalos se apresta a embestirlo, pero para sorpresa nuestra, a partir de este versículo cesa abruptamente el rugido del león, el bramido de los astados, el ladrido de los perros, el silbido de la serpiente y los gritos blasfemos de la multitud sanguinaria. Desde ahora, Satanás es un enemigo derrotado pues Cristo «quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio» (2 Timoteo 1:10).

Un cántico de alabanza (v. 22).

Numerosos temas emergen de los últimos versículos –resurrección, testimonio, victoria...– pero el más importante de ellos es el cántico de **alabanza** triunfal. La razón última del fenómeno singular del **lenguaje humano**, racional e inteligente, es que Dios pueda *comunicar su voluntad* y *sus planes* al hombre, y que éste pueda *responderle* con sus *cánticos de alabanza*, constituyendo su razón suprema de ser en el ámbito de la creación de Dios. La habilidad de comunicarse mediante vocabularios y fonologías inteligentes, comenta Morris, mediante vocablos o grafías, abstractos y simbólicos, es un *rasgo común* a todas las tribus humanas, capacidad totalmente ausente en el reino animal. El fenómeno del lenguaje carece de explicación en clave evolucionista, siendo un atributo singular y exclusivo del hombre como imagen de Dios. Los animales pueden emitir señales o sonidos pero no pueden sostener una *conversación inteligente*, pues ésta es un atributo singular del hombre como imagen de Dios. Y la más alta función de nuestro *lenguaje* es **alabar a Dios**.

El Libro de los Salmos es el más largo de la Biblia, y es de manera singular y única el «libro de las alabanzas» (o “sefer tehillim”, y también el “**Hallel**”). Su estructura interna es única. Aunque la Biblia, a lo largo de su redacción original *no estaba dividida en capítulos y versículos*, como la tenemos ahora, el Libro de los Salmos *sí presenta tales divisiones* desde su misma redacción original (ver, por ejemplo, Hechos 13:33), aunque ésta se prolongó durante varias generaciones, hasta quedar finalmente completado en su forma actual.

También es significativo que el medio de comunicación que utilizó Dios para dar su Palabra en forma escrita al hombre, fuese la *lengua hebrea*. El alfabeto hebreo contiene **22 letras**, de manera que este número a

menudo se relaciona tanto con la **Palabra escrita** como con la **Palabra viviente**, el Señor Jesucristo. El Señor se llamó a sí mismo el “Alfa y la Omega” (Ap. 22:13), primera y última letras de la lengua griega, en la que se escribió el N.T., recalcando así que Él es el Logos divino, la Palabra misma de Dios (Jn. 1:1, 14).

Aunque el tema del Libro de los Salmos es la alabanza, el verbo “**hallal**” (alabar) casi no se usa en los primeros 21 salmos. Y aquí **aparece en el versículo 22**: «Anunciaré tu Nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré». ¡En el clímax del sufrimiento el Señor eleva un gran cántico de alabanza pues *su Padre lo había oído!* En último término, no había “escondido de Él su rostro”, ni “abominado su aflicción (v. 24), aún cuando la copa del sufrimiento se vaciase por completo. Él estaría de nuevo en su Presencia.

Hasta el versículo 21 el Señor está solo, frente a salvajes y vociferantes adversarios; pero a partir del 22 está acompañado. El lamento de su voz mortecina se transforma en un coro gozoso y exultante. Antes descendió a las partes más bajas de la tierra, mientras que ahora asciende a las sublimes alturas.

Encontramos tres grandes **bendiciones** en la segunda parte del Salmo: primeramente vemos al **Señor resucitado en medio de su Iglesia** (comparar el versículo 22 con Hebreos 2:12); en segundo lugar, en el versículo 23 tenemos **bendiciones para el pueblo restaurado de Israel**; finalmente, el 25 contempla la bendición más grande, ya que incluye a la “**gran congregación**” representada por “**todas las familias de las naciones**”. Cuando el Mesías regrese a la tierra, **seguirá estando en medio** y aún sus enemigos tendrán que doblar su rodilla ante Él (Filipenses 2:10). Su voluntad será hecha tanto en el cielo como en la tierra (Mateo 6:10).

Hebreos 2:11-12 cita de la siguiente forma este versículo 22 del Salmo: «Porque el que santifica y os que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu Nombre, *en medio de la congregación te alabaré*». En ese nuevo contexto, Él es el músico principal, el “**Director de la Alabanza**”. Manteniendo ese paralelismo, vemos que la “congregación” alrededor de la cruz era aquella pequeñísima manada, el remanente de la primera iglesia que estableció sobre la Roca de su deidad, y la salvación que por su sangre proporcionaría (Mateo 16:18; 18:17; Hechos 20:28); una “congregación” reducida a su discípulo Juan, su madre y las demás mujeres acompañantes, pero desde este día, donde dos o tres se congregasen en su Nombre, Él estaría en medio de ellos (Mateo 18:20). En la oración de la noche anterior había dicho: «He manifestado tu Nombre a los hombres que del mundo me diste» (Juan 17:6). Aquel nombre era “**Padre**”, y Él mismo no se avergonzaba de llamarlos sus “**hermanos**”.



La victoria y la gran comisión (v. 23-31).

En el versículo 23 hay un **cambio de persona**. Antes todo el salmo es una oración del crucificado, dirigida a su Dios y Padre. En este momento se convierte en una exhortación para el lector, procedente del **Espíritu Santo**. El tema cambia igualmente, del sufrimiento atroz a la más encendida alabanza. Cristo fue **el primero** en ofrecer una **alabanza** por su victoria sobre la muerte y Satanás, al expiar nuestro pecado. Ahora **nosotros podemos ofrecer continuamente el “sacrificio de alabanza”** (Hebreos 13:15), mostrándole profunda gratitud por su gran amor inmerecido. «Los que teméis a Yahvéh, *alabadle; glorificadle... temedle*».

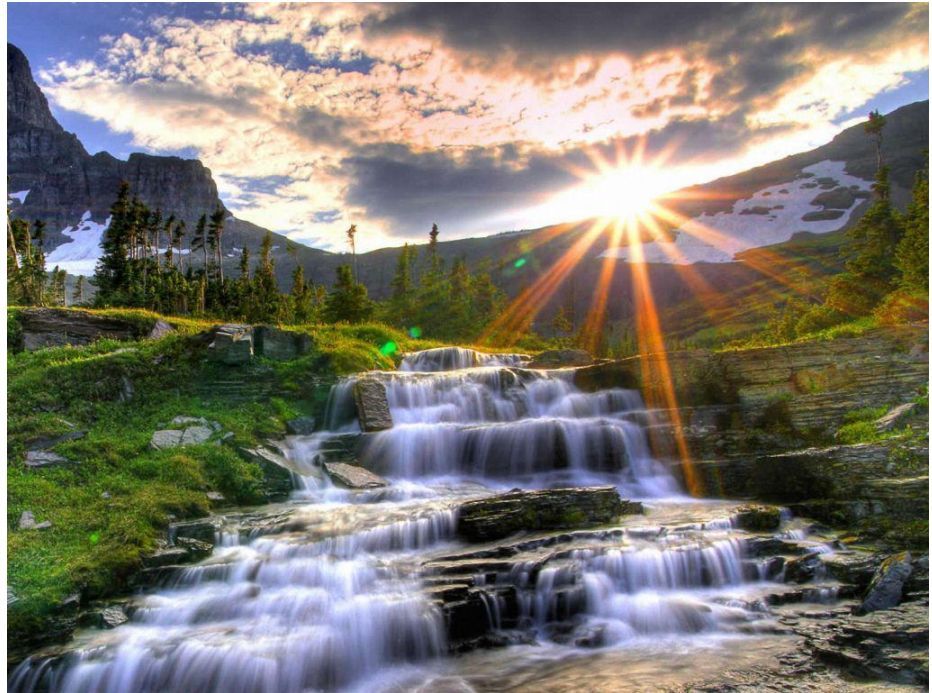
El versículo 25 es la respuesta natural a esta gran exhortación: «De Ti será mi alabanza en la gran congregación; mis votos pagaré delante de los que le temen». Desde nuestras pequeñas congregaciones, donde siempre está presente el Señor, un día entraremos a «la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la congregación de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el mediador del Nuevo Pacto» (Hebreos 12:22-24).

En aquel día «comerán los humildes, y serán saciados; alabarán a Yahvéh los que le buscan; vivirá vuestro corazón para siempre. Se acordarán y volverán a Yahvéh todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de Ti Porque de Yahvéh es el Reino, y Él regirá las naciones» (v. 26-28). Hermoso resumen de **todas las grandes profecías** y las **promesas de todas las edades**, al cumplirse los grandes propósitos de Dios en su creación. Nosotros somos la «posteridad que le servirá» (v. 30). El último estribillo del salmo señala: «Vendrán, y anunciarán su justicia; a pueblo no nacido aún, anunciarán que **Él hizo esto**» (literalmente: «anunciarán que **Él lo ha consumado**»); el triunfal grito “**¡consumado es!**” se propaga a través de los siglos, como una gran señal de consuelo y bendita esperanza a toda la congregación de redimidos que le sirve hasta que Él venga.

EL BUEN PASTOR, SALMO 23.

Pese a su brevedad, es el capítulo más amado de la Biblia, uno de los primeros que aprenden los niños y el último que oye un moribundo. Manifiesta la alegría de los grandes momentos de la vida y es el que más consuela al cruzar con lágrimas el valle de la sombra de muerte.

Sus versículos contienen firme evidencia de *inspiración divina*, tanto en su *estructura numérica* como en el detalle de su precioso *mensaje*. Lo compuso David, quien pastoreó ovejas en sus años juveniles, apacentando más tarde la gran nación de Israel. No obstante, igual que el Salmo 22, su mensaje trasciende todo cuanto pudiera haber expresado el salmista, y nos habla con un *poder y bendición sobrenaturales* a los hombres de todo tiempo y lugar. La razón es evidente al mirar al Nuevo Testamento: el **pastor divino** del que habla este salmo no es otro que el mismo **Señor Jesucristo**, quien se aplicó a su persona la figura del **buen Pastor** (Juan 10:14; Mateo 25:32; 26:31...).



Su cuidado pastoral trasciende toda comparación con cualquier pastor humano. Las imágenes bucólicas, poéticamente muy sugerentes, son totalmente trascendidas por su gracia y misericordia entrañables. Por ello, el autor de Hebreos lo vio como el *gran Pastor* que guía a sus ovejas (13:20-21) y Pedro como el *Príncipe de los pastores*, quién las galardona (1 Pedro 5:4).

El salmista identifica este excepcional pastor con el mismo **Yahvéh** (v. 1), como hace también el N.T. con el **Señor Jesucristo** (ver Hechos 2: 21-36, citando Joel 2:31). En un sentido único, la expresión “**Yahvéh es mi pastor**” no puede referirse a ningún otro sino a **Jesucristo**. Campbell Morgan observa que «este Salmo tiene *un solo tema* que puede ser expresado así: *la suficiencia de Dios para toda necesidad humana*».

La singular estructura del Salmo.

El salmo muestra una singular estructura que, aunque pasa desapercibida, merece la pena contemplar. Este poema es uno de los más sublimes testimonios de la **seguridad del creyente** en las Escrituras, lo que se percibe aún en la misma estructura del texto, como apunta Morris. Henderson destaca que es una de las joyas de la poesía hebrea, presentándonos una síntesis perfecta de la *fe inmortal* y la *esperanza segura*, de la *confianza pacífica* y la *espera gozosa* del creyente, siendo considerado «la perla de los salmos», como Lucas 15 «la perla de las parábolas» (“la oveja perdida” y “el hijo pródigo”), e Isaías 53 «la perla de las profecías».

Los **seis** versículos son intensamente subjetivos, hablándonos directamente a lo más profundo del corazón, y también al hablar el salmista al Señor. Hay una hermosa simetría tanto en los *temas* de los seis versículos, como en las doce *referencias al Señor*:

VERSÍCULO	TEMA	NATURALEZA DEL VERSÍCULO	REFERENCIAS AL SEÑOR
Uno	La Persona	Declaración de fe en el momento presente	Yahvéh (una vez)
Dos	La provisión	Testimonio de la fidelidad de Dios	Él (dos veces), sobreentendido
Tres	La peregrinación	Testimonio de la fidelidad de Dios	Él (tres veces), sobreentendido
Cuatro	El peligro	Acción de gracias	Tú (tres veces)
Cinco	La preparación	Acción de gracias	Tú (dos veces), sobreentendido
Seis	La visión	Declaración de fe para el futuro	Yahvéh (una vez)

Por lo general el número **seis** se asocia con la *flaqueza y la imperfección humanas*, pero el **doce** suele hablarnos de la *provisión especial de Dios* para el hombre, al tratar las *necesidades espirituales* de su pueblo.

Es también interesante observar en el salmo *diecisiete referencias personales* al creyente (**mi** pastor, **me** faltará, **me** hará descansar, **me** pastoreará, **mi** alma, **me** guiará, (**yo**) ande, (**yo**) no temeré, estarás **conmigo**, **me** infundirán, delante de **mí**, **mis** angustiadores, **mi** cabeza, **mi** copa, **me** seguirán, **mi** vida, (**yo**) moraré), dado que el *diecisiete* es un número que se asocia con la *doctrina de la seguridad en Cristo*. Por ejemplo, Romanos 8:35-39 menciona *diecisiete categorías de oposición al cristiano*, las cuales jamás “nos podrán separar del amor de Dios, que está en Cristo Jesús Señor nuestro”. El arca que llevó a aquellos creyentes a través del terrible juicio cataclísmico del Diluvio, reposó en la cumbre del Ararat “a los *diecisiete* días del mes”, después que el diluvio comenzara “a los *diecisiete* días del mes”, cinco meses antes (Génesis 8:4; 7:11, que, por cierto, es la primera mención del número diecisiete en la Biblia). Otra referencia mucho más compleja al número diecisiete aparece en **Juan 21:11**, donde se mencionan “**ciento cincuenta y tres** grandes peces” atrapados en la red de los discípulos, que fue llevada a la playa sin romperse, representando de una manera simbólica a los *creyentes de todas las naciones* que serían ganados para Cristo mediante el testimonio de aquellos pescadores de hombres, los cuales serían enviados por todo el mundo, trayendo con seguridad aquella pesca milagrosa a la orilla del reino celestial, en la red del evangelio. El número **153** presenta una *estrecha vinculación* con el **17**: 153 es la suma de todos los dígitos, del 1 al 17; es el producto de 17 por 9 (la suma de sus dígitos “1+5+3” equivale al segundo factor, el nueve); la suma cúbica de sus dígitos también es 153.

Sin embargo, lo que realmente trae *seguridad, bendición y certeza al corazón del creyente* no son estas peculiaridades matemáticas, sino el *mensaje divino* en las sublimes palabras de este salmo entrañable.

La temática del Salmo.

Es el más sobresaliente de los salmos de **confianza**, resaltando la perfecta **seguridad** del creyente. Como destaca Martínez, ellos “han encontrado aliento para afrontar toda clase de circunstancias; con gratitud en los días apacibles; con serenidad y buen ánimo en los tiempos de adversidad o peligro. Multitud de lechos de muerte han sido iluminados con la lectura de esta bellísima composición, sencilla y grandiosa a la vez”.

Blank hace notar “la metáfora de nuestra vida como una **peregrinación**, un *viaje al encuentro final con Dios*, el cual ha sido siempre *el porqué de nuestra existencia*. Desde *La Odisea* de Homero hasta las *Crónicas de Narnia*, la metáfora de la vida como un éxodo ha caracterizado toda la literatura occidental. El trayecto de las ovejas aquí no es el viaje de un aventurero, sino una odisea cuya finalidad es el **retorno al paraíso perdido**. Que nosotros podamos identificarnos con las ovejas queda implícito en las más de **400 referencias** de ovejas en las Escrituras. El matiz de **consuelo** y **esperanza** consiste en que las ovejas *nunca pacen solas* sino que están acompañadas de la *presencia divina*. Los primeros versículos presentan al Señor **delante** de las ovejas, en tanto que los versículos 3 y 4 nos lo presentan **junto** a ellas. Los dos últimos versículos se refieren al Señor como que marcha **detrás** de su redil. En nuestra peregrinación, la presencia divina va delante, junto y detrás de nosotros, conduciéndonos a la gran fiesta de la salvación en la morada del Señor”.

Spurgeon lo ensalza como “una oda magnífica, que ninguna de las hermanas de la música puede superar. El *clarín de guerra* cede el paso aquí a la *flauta de la paz*, y el que ha estado gimiendo últimamente por los **males del Pastor** (salmo 22), de modo afinado canta ahora los **goces del rebaño**. Esta es la perla de los salmos, cuyo fulgor puro y suave deleita los ojos... si su piedad y poesía son iguales, su dulzor y su espiritualidad son insuperables... La posición del Salmo es digna de notar: sigue al 22, que es, de modo peculiar, el Salmo de la cruz. *No hay verdes prados ni aguas tranquilas en el Salmo 22*. Es sólo **después** que hemos leído «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», que llegamos a «el Señor es mi pastor». Hemos de conocer por experiencia el valor de la sangre derramada, y ver la espada desenvainada contra el Pastor, antes de que podamos conocer verdaderamente la dulzura de los cuidados del Pastor”. Martínez subraya también que el Salmo 22 “es una de las lamentaciones más patéticas, pese a que se cierra con notas de esperanza. Su contenido nos muestra un hombre abandonado en una situación angustiada, mientras que el 23 pone ante nosotros a un hombre acompañado en un escenario de paz y bendición. El Dios lejano del Salmo 22 ahora es un Dios cercano. Su presencia desvanece todos los temores y augura un porvenir radiante”.

También el salmo posterior muestra una estrecha vinculación temática, señala Henderson. El Salmo **22** describe «*los sufrimientos de Cristo*», y el **24** «*las glorias que vendrían tras ellos*», mientras que el **23** muestra las *experiencias del cristiano*, desde el momento cuando llegó a ser beneficiario de este supremo sacrificio hasta aquel otro en que participará de la gloria suprema. El **Salmo 84:11** nos dice que «el Señor dará **gracia**» (mensaje del Salmo 22) y «**gloria**» (mensaje del Salmo 24), por lo cual «no quitará el bien a los que **andan en integridad**» (como enseña el mensaje del Salmo 23). Podemos verlo mejor en el siguiente cuadro:

SALMO 22	SALMO 23	SALMO 24
La cruz	La vara	La corona
La gracia	La dirección	La gloria
La espada	El cayado	El cetro
La provisión	La protección	La visión
El Sustituto	El Pastor	El Soberano
Ayer	Hoy	Eternamente

Aunque la composición se centra en dos metáforas –dice Martínez- (el **pastor** y el **anfitrión**), se percibe una gran unidad de pensamiento. La figura del pastor *no agota todo lo que Dios significa para el salmista*, por lo que introduce otro elemento simbólico: el anfitrión generoso que honra y regala a su huésped.

Campbell Morgan valora así el Salmo: “Es verdaderamente un *canto de reposo*. Todas las circunstancias de nuestra peregrinación, necesidad y cansancio, extravíos y perplejidades, los misterios tenebrosos de los valles, los enemigos en tropel y el infinito más allá, van saliendo a nuestro paso como algo que conocemos bien, a medida que avanzamos en la lectura de este Salmo... Se suprime la *necesidad*; el *cansancio* encuentra un *lugar de reposo en pastos delicados*. En medio de la *perplejidad* hay *dirección*; y finalmente, el sendero continúa hasta su término, no en el *desierto de la confusión*, sino en el *palacio del Rey*”. El mismo comentarista destaca que “el Salmo llama la atención por su *nota estrictamente personal*. Hay coros grandiosos que son universales, pero eso es un aria de tenor. Únicamente hay *dos personas* a quienes se menciona desde el principio hasta el fin: **Yahvéh** y el **salmista**. Una sola vez contemplamos un grupo de enemigos en los alrededores, pero se encuentran a prudente distancia, porque *el salmista está con Yahvéh*”. En los salmos abundan figuras *inanimadas* (mi roca, mi refugio, mi castillo...), pero la del **pastor** evoca una inmensa *carga de afectividad*, así como una *relación personal* muy satisfactoria, aunque nuestra cultura urbana, con su déficit de relaciones personales, nos impide ver toda la riqueza simbólica en la imagen entrañable del pastor.

Es fascinante contemplar cómo el Salmo dibuja con toda nitidez nuestras **coordenadas espirituales**:

Bajo nuestros pies: praderas de pastos delicados.

Junto a nosotros: frescas aguas de reposo.

Con nosotros: la Persona de nuestro Señor.

Delante de nosotros: una mesa bien colmada.

Alrededor nuestro: los ojos envidiosos de nuestros angustiadores.

Detrás de nosotros: la bondad y la gratitud.

Encima de nosotros: La Casa del Señor.

Aunque no se considera este salmo en la categoría de los **mesiánicos**, es imposible leerlo sin evocar al «**buen Pastor**», cuya figura se ensalza repetidamente en el N.T. (Jn. 10:11 ss; Heb. 13:20; 1 Pedro 2:25; 5:4). En cierto sentido, *todos los salmos* presentan rasgos mesiánicos.

Cristo suple todas las necesidades (v. 1).

El creyente, como una oveja perdida en un territorio peligroso, vive en un mundo hostil, profundamente enemistado con Dios, por lo que tiene una imperiosa necesidad de **cuidado** y **dirección**, por lo que necesita la provisión especial de su Pastor. El versículo inicial, por tanto, presenta la consoladora **seguridad** de que todas las necesidades propias serán suplidas por «**mi Pastor**».

Spurgeon subraya la nota de **confianza** en esta frase inicial: no hay un condicional «si», ni un «pero», ni tampoco un «espero», sino que dice: «El Señor es mi Pastor», por lo que me cuida, me vigila y me guarda.

La imagen del pastor en la antigüedad se utilizaba con frecuencia para aludir a dioses paganos o gobernantes y reyes. Sin embargo, la afirmación de David sólo puede ser entendida como una firme **declaración de fe**. El salmista no dice que “su pastor es el Señor”, sino que “el SEÑOR es mi pastor”; no es ningún dios pagano sino el Señor –y sólo el Señor– quien me pastorea.

Yahvéh es el gran **Nombre** de Dios, que nos habla de **pacto** y **redención**. Realmente, la expresión que emplea el salmista es un nombre compuesto: «**Yahvéh mi Pastor**». La conclusión es que «nada me faltará», expresión verbal *idéntica* tanto para el presente (nada me falta) como para el futuro (me faltará).

Hay ovejas que se mantienen cerca del Pastor y son sus predilectas –apunta W.M. Thomson–. Cada una de ellas tiene un nombre al cual responde alegremente, y el bondadoso Pastor les distribuye porciones escogidas que recoge con este propósito. Hay las contentas y satisfechas, y no corren peligro de perderse o verse en dificultades. El gran cuerpo del rebaño, sin embargo, intentan sólo conseguir sus intereses egoístas, y



sólo de vez en cuando levantan la cabeza para ver dónde está el Pastor o el rebaño, propensas a extraviarse. Otras, inquietas y descontentas, se exponen a frecuentes peligros y dan al Pastor incesantes preocupaciones.

Centrándonos en la **función pastoral de Jesús**, el N.T. nos lo presenta bajo un triple aspecto: A) Antes de su obra expiatoria, aparece ante sus discípulos como “el Buen Pastor” (Juan 10:11); B) Es resucitado de entre los muertos por el poder de Dios, y es nombrado “el gran Pastor” (Hebreos 13:20); C) en su Segunda Venida, para retribuir el servicio de sus ovejas, descrito como “el Príncipe de los Pastores” (1 Pedro 5:4).

A) El Buen Pastor: su muerte.

El contraste es muy sorprendente, pues en el régimen sacerdotal del A.T. el **cordero** debía morir por el **pastor** (Éxodo 12); sin embargo aquí vemos al **Pastor** dando su vida por las **ovejas** (Juan 10). Aunque todos nosotros nos hemos extraviado y descarriado, mereciendo la ira de Dios, la espada divina no se levantó contra nosotros sino contra el Pastor (Isaías 53:6; Zacarías 13:7; Mateo 26:31). Por medio de una entrañable parábola, el Señor Jesús nos hace comprender todo su gozo por alcanzar nuestra salvación (Lucas 15:3-7). Si bien jamás podremos sondear la profundidad de las aguas que atravesó el Señor, sí tenemos la plena certeza de que este abismo ya ha sido cruzado y que Él ha sufrido el juicio hasta el final, consumando así nuestra salvación.

B) El Gran Pastor: su resurrección.

Habiendo satisfecho la redención, el Señor vive ahora por los siglos de los siglos. Ahora, al hablar de sus ovejas, dice: «Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28). El versículo anterior nos presenta la señal del oído –oyen su voz– y en el siguiente, la señal de los pies –le siguen–. Estas palabras son inmensamente consoladoras, en tiempos de debilidad o adversidad, sabiendo que Él conduce, sostiene y protege al cordero más débil de Cristo. Ver también Salmo 121:5 y 1 Pedro 1:5.

C) El Príncipe de los Pastores: su gloria.

1 Pedro 5:2-4 es uno de los muchos pasajes que diferencian claramente los conceptos de **salvación**, como un regalo de Dios, y **recompensa**, como retribución al creyente por su servicio. La **salvación** se obtiene por una simple mirada de fe al Cordero inmolado (Isaías 45:22; Lucas 23:42-43), mientras que la **recompensa** retribuye toda nuestra vida aquí en la tierra (2 Juan 8). La **salvación** es para los perversos pecadores; la **recompensa**, para el fiel servidor. La **salvación** es nuestra posesión inmediata (Juan 3:36), mientras que la **recompensa** nos será otorgada con la Venida del Señor (Apocalipsis 22:12). Lo resumimos mejor en un cuadro:

SALVACIÓN (REGALO DE DIOS)	RECOMPENSA (RETRIBUCIÓN)
1.- La Vida (Juan 5:24)	1.- La Corona de Vida (Apocalipsis 2:10)
2.- La Justicia (2 Corintios 5:21)	2.- La Corona de Justicia (2 Timoteo 4:6-8)
3.- La Gloria (Juan 17:22)	3.- La Corona de Gloria (1 Pedro 5:4)

Henderson resume la **triple función pastoral** del Señor Jesucristo, diciendo que Él **murió** por salvarnos, **vive** para guardarnos y **vuelve** para recompensarnos. Su **muerte** nos asegura un rescate de la condenación del pecado (1 Pedro 2:24); su **intercesión** en los lugares celestiales nos libera del poder del pecado (Hebreos 7:25); y en su **Venida** en gloria nos separa definitivamente de la presencia del pecado para conducirnos a la fuentes de aguas de vida, y para recompensar a sus fieles pastores con la corona incorruptible de gloria, en comparación con la cual todos los laureles de la historia no son más que míseros rastrojos (Apocalipsis 7:17).

«**Nada me falta**» indica que el Señor guarda de tal manera que al salmista no le falta ninguna de las cosas buenas que pudiera necesitar. Él provee diaria y abundantemente el pan de cada día. David estaba tan seguro de nada le faltaría como de vivir en la Casa de Yahvéh por la eternidad (ver Juan 10:4). De hecho, la fe del salmista enumera todas aquellas **cosas no pueden faltarle** de la provisión del Señor:

NO ME FALTARÁ:	PROVISIÓN DIVINA:
DESCANSO	En lugares de delicados pastos me hace descansar
ALIVIO	Junto a aguas de reposo me pastorea
PROTECCIÓN	Conforta mi alma
GUÍA	Me guía por sendas de justicia
PAZ	No temo mal alguno
COMPAÑÍA	Tú estás conmigo
CONSUELO	Tu vara y cayado me infunden aliento
ALIMENTO	Aderezas mesa delante de mí
GOZO	Unges mi cabeza con aceite
ABSOLUTAMENTE NADA	Mi copa está rebosando

FELICIDAD	Ciertamente el bien y la misericordia me siguen
GLORIA	Moraré en la Casa de Yahvéh
VIDA ETERNA	Por largos días

«Nada me falta» evoca también *ecos del pasado de Israel*, particularmente su peregrinación por el desierto, pues es la misma expresión utilizada en Deuteronomio 2:7, al describir todo lo que el Señor proveyó para Israel. Otros salmos reiteran también que el Señor es el *pastor de Israel*, como 80:1; 77:20; o 95:7.

Provisión de descanso y paz (v. 2).

Siguiendo con esta perspectiva del Señor como el Pastor de Israel, Blank hace notar que el Señor condujo a su pueblo a un *lugar de reposo y descanso* donde ya no vivirían más sometidos a los despóticos capataces egipcios. Moisés exclamó: «condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste. Lo llevaste con tu poder a tu santa morada» (Éxodo 15:13). Hay un **propósito** bien definido en el desplazamiento de sus ovejas.

El símbolo del descanso se expresa aquí en los «delicados pastos» donde el buen Pastor «me hará descansar»; esta última expresión es una sola palabra en hebreo y su intención no es hablar de un descanso forzado, sino presentar la idea de que *Él hace posible mi descanso*. A pesar de las grandes pruebas físicas y emocionales de la vida, es posible encontrar un gran sosiego espiritual en los verdes y delicados prados de Dios.

Henderson recuerda que a través de su larga peregrinación, a los israelitas nunca les faltó la abundante provisión divina de dos elementos indispensables para su vida: el **maná** enviado del cielo, y el **agua** manando de la roca (Salmo 78:24; 1 Corintios 10:4). El primero para su sostén, el segundo, para su refrigerio. En este Salmo, nuestro maná son los “**pastos verdes**” con los que nos alimenta el Señor, mientras que las “**aguas de reposo**” nos refrescan continuamente.

Este rocío del maná se derramaba cada noche sobre los lugares de su peregrinación (Salmo 78:25). Todo lo que tenían que hacer era recogerlo cada mañana y gozar libremente de esa provisión divina (Éxodo 16:14-15). El maná era blanco, tipificando la perfecta pureza (Éxodo 16:31; Salmo 119:140); su sabor era como “hojuelas con miel”, la dulzura misma (Éxodo 16:31; Salmo 119:103). Sin embargo, cuando el pueblo se separa del Señor, deseando volver a Egipto, el maná perdió para ellos su dulzura, tratándolo con desprecio e incluso con repugnancia (Números 11:5-6 y 21:5).

Nuestro **maná** actual es **Cristo**, tal como está presentado en la Palabra de Dios por el Espíritu Santo (Juan 6:32-35). Pero hay un importante contraste con aquel maná del desierto: aquel era *alimento perecedero* para una *vida efímera*; éste es el *pan incorruptible* para una *vida permanente*. Es por medio de la **Palabra escrita** que nos alimentamos de la **Palabra viva** (1 Pedro 1:23 y 2:2). Este es el secreto de una *vida de seguridad, paz y gozo*, al alimentarnos cada mañana del maná provisto por Dios (Jeremías 15:16; Salmo 119:165).

Pero en el desierto no sólo recibieron la provisión diaria de maná sino también el **agua fluyendo de la roca** golpeada por la vara de Moisés. Así también hay para el creyente las *aguas de reposo* que refrescan su alma (Isaías 8:6). Pablo señala categóricamente que “**esta roca es Cristo**” (1 Corintios 10:4); por eso Él mismo pudo decir: «El agua que yo le daré será en él una fuente para vida eterna» (Juan 4:14). ¡He aquí el secreto de la sed saciada para siempre!

Nuestra primera necesidad es el **descanso** (Génesis 2:2-3). Dios «descansó» de la gran obra de la creación, y el pecador perdido necesita encontrar descanso para su propia alma, aunque trata de obtenerlo a su manera. Pero sólo los que han depositado toda su confianza en el buen Pastor se les quita una carga insostenible, entrando en el «reposo» provisto por Dios (Hebreos 4:9-10).

Pero notemos que una oveja nunca se acostará antes de estar suficientemente saciada, por lo que hemos de aprender a «andar con Dios», como Enoc, y también a «sentarnos a sus pies», como María, para escuchar su Palabra, hasta quedar con el corazón plenamente satisfecho (Salmo 107:9; Isaías 40:31). Los placeres del pecado son efímeros pero las *delicias a la diestra de Dios* son eternas (Salmo 16:11; Heb. 11:25).

La vida del cristiano –dice Spurgeon– tiene dos elementos, el contemplativo y el activo, y los dos son provistos ricamente. Respecto al *contemplativo*, ¿cuáles son estos verdes pastos sino las Escrituras de la verdad, siempre jugosos, siempre frescos, nunca agotados? Dulces y llenas son las doctrinas del Evangelio. La segunda parte de una vida cristiana vigorosa consiste en una *actividad de gracia*. No sólo pensamos, sino que obramos, avanzando hacia la perfección. ¿Cuáles son estas aguas de reposo sino las influencias y gracias de su bendito Espíritu? Él nos ayuda en varias actividades, como aguas –en plural– para limpiarnos, refrescarnos, fertilizarnos e inducirnos a querer.

Jesús interpretó el concepto de **descanso** que provee para *sus ovejas*: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga» (Mateo 11:28-30). El contraste con la suerte de los *impíos* es total (Isaías 57:20-21). Pero hay **cuatro cosas a tener en cuenta**: algo que *hacer* (venir); algo que *abandonar* (nuestra carga); algo que *tomar* (mi yugo); y algo que *encontrar* (descanso). Debemos percatarnos también de **dos clases de descanso**, una en el versículo 28 y otra en el 29: el primero es una **dádiva** (“yo os haré descansar”), el segundo es un **hallazgo** (“encontraréis descanso”); el primero es el **descanso de la salvación**, el segundo deriva de la **santificación**; uno, el **descanso de la conciencia**, comunicado por Cristo desde que respondemos a su invitación a venir a Él; el segundo es el **descanso del corazón**, condicionado por nuestra buena voluntad de aprender de Él, quien es “manso y humilde de corazón”. Andando en esa misma humildad, procuraremos no avasallar a nuestros semejantes, y si vivimos en esa dulzura de ánimo, no nos molestaremos si fuésemos avasallados por otros.

Cabe preguntarnos para qué sirve, a fin de cuentas, un *yugo*; ¿no es acaso una pesada carga que más bien deberíamos rehuir? Para el animal que lo lleva, el yugo no pretende constituir una carga, sino hacerla más ligera. *No es, pues, un instrumento de tortura, sino de misericordia*; no es para endurecer nuestra labor, sino para hacerla más liviana. Así – dice Henderson – el yugo de nuestro Salvador no puede herir nuestra espalda, porque como alguien dijo un día, “estaba almohadillado por su dulzura y humildad”.

El Señor nos proporciona también una gran **paz**. La expresión «me pastoreará» indica que el Señor «**me guiará suavemente**», con toda dulzura. Las «aguas de reposo» no son aguas *estancadas*, sino *aquietadas*, apaciguadas por el poder del Señor, como las que azotaban su barca (Marcos 4:39). «En descanso y en reposo seréis salvos, en quietud y en confianza será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15; ver también 30:7).

Esta provisión divina de *descanso y recuperación* es absolutamente necesaria en la *dimensión temporal de nuestra vida entera*, como sugiere la figura del pastoreo trashumante, donde resulta vital conducir el rebaño a los oasis para proporcionarle descanso, alimento, agua, y protección apacible. Dios escoge nuestras situaciones según lo que más nos conviene, y nos lleva a sus oasis de comunión y descanso espiritual.

Aunque la condición del salmista era de tranquilidad y paz (*shalom*), todo el salmo denota que *no siempre había sido así*; antes la condición de David fue de angustia, lucha y opresión frente a la enconada persecución de la que era objeto. Tal fue también el caso de Israel sometido a dura esclavitud en Egipto.

Blank subraya que la referencia a las aguas en este salmo es un lejano recordatorio del **paraíso original**, regado por esas *tranquilas aguas* o por *fuentes de vida* (Salmo 36:9). Este lejano recuerdo se ha preservado en la mayoría de tradiciones religiosas de la antigüedad remota.

Provisión de salud y guía (v. 3).

La frase «**restaura (o conforta) mi alma**» equivale a “*repara mis fuerzas*”, renovando nuestro vigor y aliento para reanudar la próxima etapa de nuestra senda vital. La bendición completa de Dios aquí es de *dirección, provisión, descanso y recuperación de energías*. Pero ello no es un fin en sí mismo, como apunta muy bien Martínez; el rebaño se quedaría siempre en las mismas praderas, pero el Pastor lo sacará y conducirá a un nuevo lugar, siguiendo la ruta trazada de antemano por Él. La idea que transmite el texto original es más fuerte y vigorosa que la de un “confortable descanso”; el sentido literal del texto hebreo es de “*restaurar la vida*”, dar nuevas fuerzas a alguien que se quedó completamente exhausto.

La **salud** es una de las provisiones escogidas de Dios para su pueblo; la *paz* y el *descanso* son la mejor medicina. «Confía en Yahvéh con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y Él enderezará tus veredas. No seas sabio en tu propia opinión, sino teme a Yahvéh y apártate del mal, porque esto será *medicina* para tus músculos y *refrigerio* para tus huesos» (Proverbios 3:5-8).

Cuando el alma está afligida –observa Spurgeon–, Él la restaura; cuando peca, la santifica; cuando es débil, la corrobora. Él puede transformar nuestros bajos niveles en una inundación.

La expresión «**me guía**» da a entender que el rebaño se encamina nuevamente a otra pradera fértil para pasar la noche. Las ovejas son incapaces de llegar por su propia cuenta al destino final. Únicamente el Pastor conoce el modo de guiarlas ante la llegada de la noche inminente.

Una de las necesidades más grandes que tenemos es **conocer la voluntad de Dios**. Aquí el Señor nos guía también, pero de forma diferente a como lo hace en el versículo dos; allí «**me guía suavemente**», pero aquí «**me guía con fortaleza**»; si nos apartamos de su voluntad, Él nos constriñe a volver a las «sendas de justicia». «Por Yahvéh son ordenados los pasos del hombre, y Él aprueba su camino. Cuando el hombre caiga no quedará postrado, porque Yahvéh sostiene su mano» (Salmo 37:23-24). Todo esto sucede para nuestro bien (Romanos 8:28; Hebreos 12:11), pero aún más es «*por amor de su Nombre*». Juan 7:17, Romanos 12:1-2 y

otros, enseñan que Él nos mostrará su voluntad por medio de su Palabra, a través de las circunstancias o mediante la convicción interna, sin necesidad de caer y ser castigados, si estamos dispuestos a seguirla.

El camino justo y recto, como sabemos bien, no siempre es un sendero fácil; suele atravesar regiones yermas, cañadas profundas y recodos peligrosos, donde pueden acecharnos ladrones o fieras salvajes. La acción del Pastor como *guía* no puede, por tanto, disociarse de su *protección*, aún en las circunstancias más adversas, incluso al adentrarnos en la hondura del valle tenebroso. No debemos olvidar nunca el Salmo 16:8: «Porque Dios está a mi derecha no seré conmovido». Sólo *al final de la ruta* se verá cómo y porqué los «valles de sombra de muerte» son tan necesarios como los «lugares de delicados pastos» junto a tranquilas aguas.

En el Libro de los Salmos, las «*sendas de justicia*» por las que andan los hijos de Dios son las que marca la **Torá** (Ley de Dios) en su sentido más amplio. En la perspectiva definitiva y completa, establecida por el **Evangelio** de la gracia de Dios, esta “Ley” es el *camino de la vida* para las ovejas del Señor; hay muchos otros caminos (la idolatría, la explotación del débil, la opresión, la soberbia, la avaricia, la injusticia, el placer egoísta, la mentira, la autojustificación, las herejías, el ocultismo y muchos otros), pero todos ellos son de muerte y perdición. El buen Pastor sabe cómo guiar sus ovejas para andar en la *senda de los justos* (Salmo 1), sin extraviarse en el *camino de pecadores* que lleva al desastre total.

Un texto que nos permite ver cómo nos guía el Señor por sendas de justicia, lo tenemos en Tito 2:12: «La gracia de Dios...nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente...». La escuela de la Gracia se centra en tres términos: *sobriamente* (en todo el ámbito de nuestro mundo interior), *justamente* (en todo el ámbito de nuestras relaciones exteriores) y *piadosamente* (en la esfera exclusiva de nuestra relación con Dios y el mundo superior). «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Colosenses 3:1). En relación con el primer término leemos: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseño de su espíritu, que el que toma una ciudad» (Proverbios 16:32); respecto al segundo término: «Una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres» (Hechos 24:16); y en cuanto al tercero: «el ocuparse del Espíritu es vida y paz» (Romanos 8:6). Tenemos el guía más infalible de todos para conducirnos por estas «sendas de justicia» (Salmo 119:105) y el Maestro más paciente para enseñarnos esas preciosas lecciones. «¿Qué enseñador semejante a Él?» (Job 36:22).

Acabamos de ver a dónde el Señor nos conduce; nos queda examinar el porqué. Ello no es para que adquiriera una reputación de santidad o mejore mi estatus social, sino «**a causa de su Nombre**». Dios ha establecido una relación muy estrecha entre su **Nombre** y su **Gloria**, con la *conducta de su pueblo* aquí en la tierra, siendo una solemne obligación de «todo aquel que invoca el Nombre de Cristo» el «apartarse de iniquidad» (2 Timoteo 2:19). Nuestro testimonio no es sólo una actitud negativa hacia el pecado sino una expresión incesante del exquisito perfume de Aquel cuyo «Nombre [es como] unguento derramado» (Cantares 1:3). Ese Nombre es tan grande que abarca todos los aleluyas de la eternidad, como señala Henderson.

Provisión de ánimo y consuelo (v. 4).

Henderson subraya que “si el Salmo 23 es una de las más preciosas porciones de las Santas Escrituras, *este versículo es el mejor de este Salmo*. Expresa la confianza que ha iluminado el camino y las últimas horas de viaje a través de este mundo de millares de hijos de Dios. Y será así hasta el día bienaventurado cuando habrá sólo un rebaño y un solo Pastor apacentando sobre los pastos siempre verdes de las colinas eternas, de donde peligros y alarmas habrán huido para siempre (Juan 10:16; Apocalipsis 7:17). Esta pasaje encierra para nosotros un doble mensaje: *mensaje de paz* para el peregrino cansado al fin de su jornada, y *mensaje de poder* para el que contempla la vida delante de sí, con el misterio que entraña el futuro desconocido”.

El **Salmo 22**, como ya hemos apuntado, nos presenta la **Colina del Gólgota**, mientras que el **24** se refiere al **Monte de Yahvéh**; por esto, el «**valle de sombra de muerte**» representa las experiencias dolorosas que los peregrinos deben atravesar aquí. Lo mismo que *valle* entraña la existencia de *montes* alrededor, la *sombra* también implica la *luz* que resplandece desde las cumbres adyacentes de la Gracia y de la Gloria.

La palabra «**mal**» aquí puede referirse a hombres malos, a fenómenos adversos o peligros de toda índole. Aún la misma «*sombra de muerte*» (una sola palabra en hebreo –salmawet–, empleada en Job 28:3 para describir la oscuridad en lo profundo de una mina, aludiendo metafóricamente a la cercanía de la muerte) no puede atemorizar al creyente. Dios puede librarnos *de* la muerte o *a través de* ella. El sombrío «valle de lágrimas» puede transformarse en una alegre y refrescante fuente (Salmo 84:6) manando agua de vida. El creyente *aunque sufre no teme*, porque sabe que *nunca está solo*; el Salmo declara: «Tú estás a mi lado», recordándonos que **Emmanuel** significa «Dios con nosotros» (Mateo 1:23). Jesús, o Emmanuel, ya pasó por el valle tenebroso, conoce el camino y puede guiarnos por la más densa oscuridad hasta la Casa del Padre.

Spurgeon nota que el creyente *no acelera su paso* cuando llega la hora de morir, sino que con calma va andando con Dios. “**Andar**” indica un avance firme y seguro del alma que conoce la ruta, su fin, y decide seguir el camino, sintiéndose segura, perfectamente sosegada y calmada. El santo que se aproxima a la muerte no se apresura, no corre como si estuviera alarmado, no se queda quieto como si se negara a seguir adelante; no está confuso ni avergonzado, y por tanto sigue a su antiguo paso. No morimos, sino que dormimos para despertar en la gloria. La muerte no es la casa sino el pórtico; no es el objetivo ni la meta, sino el pasaje a la misma. El paso de la muerte es llamado un valle; pero no el «valle de la muerte» sino el «valle de la *sombra de muerte*», porque la muerte en su sustancia ha sido eliminada y *sólo queda de ella su sombra*. Alguien ha dicho que cuando hay una sombra, tiene que haber una luz en alguna parte, y la hay. La muerte se halla junto al camino por el que hemos de transitar, y la luz del cielo brillando sobre el caminante proyecta una sombra a nuestro paso, alegrándonos de que haya luz más allá, la cual brota del trono de Dios. Al final el creyente sólo puede exclamar como el salmista: «estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza» (Salmo 17:15).

Tampoco dice que *no haya de haber mal alguno*, sino «**no temeré mal alguno**», como si incluso nuestros **temores**, estas tenaces sombras del mal, hubieran desaparecido para siempre. Los peores males de la vida, sigue observando Spurgeon, son los que no existen excepto en nuestra imaginación. Si no tuviéramos más que tribulaciones reales, éstas no serían más que una décima parte de nuestras aflicciones presentes. Sentimos mil muertes al temer una, pero el salmista estaba curado de la enfermedad del temor.

La expresión «**mal alguno**» recuerda también la última petición del Padrenuestro: «**líbranos del mal**» (Mateo 6:13). La palabra «**mal**» evoca un sinnúmero de tragedias, angustias y terrores, de los cuales el más terrible es quedar abandonado en el *Seol*, el reino de la muerte; por ello, la canción victoriosa del creyente, guiado por el buen Pastor, es la de «**habitar en la Casa del Señor para siempre**». Los lazos que unen al Pastor con cada una de sus ovejas son tales que ni aún la muerte los puede desatar.

Debemos recordar que Jesús no es sólo el **buen Pastor**, sino también el **Cordero** provisto por Dios (Génesis 22:8), que tuvo que pasar por «valles tenebrosos», y exclamar: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Salmo 22:1), y «tengo sed» (Juan 19:28), antes de refrescarse junto a tranquilas aguas.

Pero ahora nos encontramos bajo la luz radiante del **Evangelio**, poseyendo la palabra fiel de Aquel que «quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad». No hay, pues, para el cristiano, ni **temor** ni **incertidumbre** al contemplar el porvenir (Hebreos 2:14; 2 Timoteo 1:10 y 1 Corintios 15:55). El Evangelio elimina la amargura que acompaña a la vida presente y quita a la muerte su aguijón. Y todavía más: *la muerte es ahora contada entre las cosas que nos están sujetas* y que nos pertenecen en Cristo (1 Corintios 3:21-23).

En los cuatro textos del Nuevo Testamento que tratan el *tránsito de este mundo del espíritu del creyente redimido*, hay toda una verdadera mina de enseñanzas y de consolación. **Lucas 23:39-43** nos muestra cómo nuestro Señor hace «mucho más abundantemente de lo que pedimos o esperamos»; el delincuente arrepentido, crucificado junto a Jesús, le suplicó que se acordase de él «cuando viniese a su Reino», lo que supondría una espera de, al menos, dos milenios, pero la respuesta del Salvador fue: «de cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso». En **Hechos 7:57-60** encontramos al primero del noble ejército de aquellos que vivieron en la oscuridad, hasta que la persecución les expusiera al vituperio público y aún a la misma muerte; en su agonía, Esteban oró por sus asesinos, y cuando su cuerpo sangrante cae al suelo, se nos dice que «dormió». **2 Corintios 5:1-8**, nos presenta el contraste entre «este tabernáculo terrestre (nuestro cuerpo mortal)» y la «casa no hecha de manos, eterna, en los cielos». En cierta ocasión, alguien le dijo a una anciana: “vuestro tabernáculo es muy frágil”, a lo que esta respondió: “sí, es verdad, ¡pero tiene una vista maravillosa!”. Cuando levantemos esta tienda por última vez, será para «estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (v. 8). Finalmente, vemos el dilema del apóstol Pablo en **Filipenses 1:21-24**, quien desea «estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor», pero que siente la responsabilidad de servir a sus hermanos en Cristo, y renuncia *temporalmente* a este bien supremo para ayudar a sus hermanos y estimular «el gozo de la fe» (v. 25).

La **muerte** ya no es para el cristiano el «**rey de los espantos**» (Job 18:14), sino el mensajero que lo conduce ante el Rey de reyes. No como un funcionario de mirada torva que conduce el alma a una prisión eterna, sino como la mano amiga que libera el espíritu de sombras tenebrosas para ver al Señor de la Gloria.

«Tu **vara**» (bastón o cetro) y «tu **cayado**» (báculo o gancho) bastan para reconducirnos a la senda de la rectitud. Puede parecernos extraño que esto sea el medio idóneo para traernos «aliento», pero no lo es tanto si advertimos que esta palabra equivale también a «**arrepentimiento**». Por ello, tenemos la segura promesa de que *Él nunca permitirá que sus ovejas se sientan cómodas cuando se extravían alejándose de su voluntad*. Estos instrumentos nos sugieren tres poderosos temas:

1.- **Comunión**. Hasta ahora David nos había hablado de *su Pastor*, pero al aproximarse al valle oscuro, se dirige directamente a Él exclamando: «**Tú estarás conmigo**», expresando una *confianza perfecta*, como

la que sentimos al oír la voz del Señor: «No te desampararé ni te dejaré» (Hebreos 13:5). Nuestros sentimientos fluctúan como el viento, pero el Autor de la promesa queda; Él es fiel y no puede cambiar.

2.- **Dirección.** Cuando nos aproximamos demasiado a algún precipicio, el Pastor sujeta nuestros pies con su vara para reconducirnos al camino seguro. Él guarda «los pies de sus santos» (1 Samuel 2:9). «Por Yahvéh son ordenados los pasos del hombre, y Él aprueba su camino. Cuando el hombre cayere, no quedará postrado, porque Yahvéh sostiene su mano» (Salmo 37:23-24).

3.- **Defensa.** «Tu cayado» (Juan 10:11-14) es expresivo de comunión divina, dirección celestial y poderosa defensa. Aunque debamos beber en ocasiones las aguas amargas de «*Mara*», después de ellas sabemos que vienen los «*Elim*» venturosos (Éxodo 15:22-27), y al atravesarlas, pese a la oscuridad reinante, *nunca lo haremos solos*. «Cuando pasares por las aguas, Yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán» (Isaías 43:2). *La razón por la que Dios permite las duras pruebas de nuestra fe* es su firme propósito de llevarnos al País de la luz y de la abundancia, al otro extremo del tenebroso valle. «Pasamos por el fuego y por el agua, pero nos sacaste a la abundancia» (Salmo 66:12).

La vara y el cayado son también símbolos de la *justicia* y el *amor* que el buen Pastor tiene preparados para vindicar a aquellos que padecen abusos. En vez de echar a la oveja lastimada de su presencia, como ocurre en tantos lugares del mundo, el buen Pastor la recibe para que habite en la Casa de Dios para siempre.

Provisión de ánimo y consuelo (v. 5).

Numerosos enemigos, humanos o sobrenaturales, hostigan al creyente en este mundo pero Él suple nuestras necesidades aún en la misma «presencia de nuestros angustiadores», sin que puedan impedirlo o estorbarlo. «El Ángel de Yahvéh acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Salmo 34:7). «Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial» (2 Timoteo 4:18).

El N.T. nos enseña la naturaleza de nuestros **enemigos**: el mundo es nuestro enemigo exterior (Juan 15:18-19); la carne, el enemigo interior (Gálatas 5:17); y el diablo, nuestro enemigo infernal (1 Pedro 5:8). El primero busca desviarnos de la comunión y servicio de Cristo (2 Timoteo 4:10); el segundo, hacernos caer en el pecado (Santiago 1:14); el tercero se opone a todo esfuerzo del alma creyente para crecer en el conocimiento de Dios (Efesios 6:11). La seducción del **mundo** cesará a medida que el creyente se deja poseer por el amor divino (1 Juan 2:15); la **carne** fracasa en la presencia del Espíritu Santo que mora en él (Gálatas 5:16) y el **diablo** es un enemigo, aunque aún temible, ya derrotado por Cristo en la cruz (Hebreos 2:14-15; Santiago 4:7).

El Señor «**adereza mesa**» para nosotros, tal como un siervo pone el mantel y sus adornos para un banquete, en una festividad de paz. No hay prisas, ni confusión ni desorden. El enemigo está a la puerta, y con todo, Dios prepara la mesa, y el cristiano se sienta en ella en la más absoluta paz y felicidad.

La *incredulidad* considera a Dios en presencia de dificultades, mientras la *fe* considera las dificultades en presencia de Dios. La incredulidad, amedrentada, murmura: «no podremos subir contra aquel pueblo... es tierra que traga a sus moradores» (Números 13:31-32), pero la fe, puestos los ojos en Dios, exclama: «tome-mos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos» (Números 14:9).

La plasticidad de las frases de este versículo, apunta Martínez, pone de relieve la excelencia de la hospitalidad de nuestro anfitrión. En una *cultura nómada* la **hospitalidad** es esencial. Fuera del círculo de las tiendas que proveen protección y acogimiento se halla el desierto, con sus innumerables peligros. Los enemigos están fuera, en la noche desértica, pero ello no impide que, después de una cálida recepción, podamos disfrutar el banquete que el anfitrión ha dispuesto para nosotros en su hospitalaria tienda, donde hay buen vino en abundancia, así como gratos aromas y perfumes en abundancia, para expresar el gozo y la alegría en la casa del banquete con motivo de nuestra llegada. La hospitalidad de Dios es el privilegio ofrecido por el Evangelio en su invitación al gran banquete del reino de Dios. Cada invitado al mismo, como un nuevo Mefiboset, queda asombrado por la magnanimidad del gran Rey, al ser invitado por éste a sentarse a su mesa (2 Samuel 9). La gracia de Dios es asombrosa, y aún más al considerar nuestra indignidad a causa de nuestra maldad y rebeldía.

¿Qué platos vamos a encontrar en esta mesa? «Yo soy el **Pan de vida**; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás» (Juan 6:35). Resulta sorprendente descubrir que los mismos **atributos** de la **Palabra escrita** lo son también de la **Palabra viviente**: la *verdad* (Juan 17:17) y la *vida* (Juan 6:63), son también atributos esenciales de Jesús (Juan 1:6); como también la *luz* (Juan 6:63 y 14:6; Juan 8:12 y Salmo 119:105 y 130). Cuando la **Palabra escrita** nos pone en relación con la **Palabra viviente**, llegamos a la fuente misma de todos los más preciados bienes. Los manjares de Cristo sacian el hambre más profunda. Sólo Él puede colmar los anhelos más íntimos del alma humana (Mateo 5:6 y Salmo 107:9).

El término «**ungir**» aquí equivale también a “engordar” o “robustecer”, es decir, que no sólo nos proporciona *protección* de nuestros enemigos sino también *bendición* y *prosperidad* en gran manera, para la glo-

ria de Dios y desconcierto de nuestros enemigos. Cuando el soldado se halla en la presencia de sus enemigos, señala Spurgeon, se apresura a comer algo rápidamente y se dirige a la batalla.

La **unción** divina es un verdadero *refresco* para el alma del creyente (Salmo 92:10), al mismo tiempo que una inagotable fuente de *gozo* (Salmo 45:8), igual que su ausencia es señal de *luto* (2 Samuel 14:2) y motivo de *tristeza* (Mateo 6:16-18). Pero el pasaje del Salmo 45 se aplica en primer término al Señor Jesús, quien siendo «varón de dolores y experimentado en quebranto» fue, sin embargo, ungido «con óleo de alegría, más que a tus compañeros» (Isaías 53:3; Hebreos 1:8-9). La *santidad inmaculada* es un atributo de la persona del Hijo y son patrimonio de su alma un *gozo profundo* y una *perenne serenidad*. La altísima dignidad de su Persona, al cargar voluntariamente sobre sí todo el pecado del mundo, da a su obra un valor infinito.

Pero nosotros también *hemos sido ungidos* de parte del Señor (2 Corintios 1:21), unción que permanece en nosotros (1 Juan 2:27). ¿Se puede ver en nosotros *el gozo y la frescura del primer amor*? ¿o nuestra indiferencia, despreocupación y aún el mismo pecado demudan nuestro semblante y entristecen al Espíritu Santo, apagando los efectos de la unción divina? Si es así, nuestra alma deberá ocuparse de la propia bancarrota, perdiendo las bendiciones de la luz y la paz de Dios, en lugar de extasiarnos en la *contemplación del Cristo glorificado*, que es la ocupación normal del espíritu (Juan 16:13-15).

Tenemos un **mandamiento** prioritario, concreto y positivo, de parte del Señor: «*Sed llenos del Espíritu*» (Efesios 5:18), sin olvidar que el Espíritu Santo actúa mediante la Palabra de Dios, aplicándola al corazón del creyente. Tener la Palabra sin el Espíritu es como tener una locomotora sin combustible, pero tener el Espíritu sin la Palabra es tener una locomotora, pero sin los raíles por donde circular.

La expresión «**nada me falta**» es una constante de toda vida cristiana genuina, aunque el mundo parezca precipitarse en un caos total. Tenemos la misma certeza de Pablo: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta (sea espiritual, emocional, intelectual o físico) conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19). Tal es la promesa divina. Pero debemos apropiarnos su valioso contenido mediante el ejercicio consciente de nuestra fe; su ausencia es lo mismo que un hermoso cheque sin firma.

Spurgeon puntualiza que un sacerdote sin **aceite** carece del calificativo principal para su oficio, y el sacerdote cristiano carece de su principal aptitud para el servicio si está desprovisto de *nueva gracia de lo alto*. En tiempos bíblicos, el **ungimiento** con aceite no sólo señala que una persona era designada como *profeta, rey o sacerdote*, sino que también se empleaba con fines *medicinales*, como vemos en la historia del buen samaritano (Lucas 10:34) o en Santiago 5:14-15. El aceite es, pues, una medicina y también la expresión de *amor y ternura* que sentimos por una persona afligida. Todavía hoy en día, observa Blank, las ovejas lastimadas y agraviadas del redil cristiano necesitan ser ungidas con aceite de *misericordia y compasión*. Todo hijo de Dios puede sentir un gozo inefable, como el del Salmo 133, cuando el buen Pastor se acerca y derrama sobre su cabeza el aceite fresco y suave de su *santidad*, limpiando y sanando sus heridas.

«**Mi copa está rebosando**» evoca poderosas lecciones. La **copa del juicio** fue apurada hasta la última gota por el Señor Jesucristo (Mateo 26:42); fue tanta la amargura que Él bebió de aquella copa como sangre derramaron sus heridas, a fin de que nosotros pudiéramos beber la **copa de la salvación** (Salmo 116:13). Ahora esta copa debe rebosar en nuestros corazones para bendición a nuestros hermanos. La «fuente de agua viva», destinada a satisfacer nuestra sed, debe preceder a los «ríos de agua viva» que fluirán posteriormente de nuestro pecho (Juan 4:14; 7:37-38). ¿Cómo puede una copa **rebosar**? Sólo cuando está *bajo el caudal constante de una fuente inagotable* (Jeremías 2:13). En una relación permanente con Él llegaremos a ser como Abraham: «benditos y hechos bendición» (Génesis 12:2).

Tú me pones la mesa con largueza
delante de mis crueles detractores
y colmado de gracias y favores
ungiste con aceite mi cabeza.

Cada día en la luz de tu presencia
mis pasos vas guiando, pues confiado
el valle cruzaré, Pastor amado
gozando tu cuidado y tu clemencia.

Mi copa rebosando a todas horas
te rinde su gozosa adoración,
esperando la gran resurrección
llamado a las alturas donde moras.



No sólo recibimos todo esto sino también *el cielo mismo*, por añadidura. Su promesa de amor inagotable no sólo abarca toda esta vida sino también la venidera. «El **bien** y la **misericordia** (benevolencia) me seguirán todos los días de mi vida (terrenal)». El verbo «**seguir**» es un término fuerte y expresa la idea de ir detrás de alguien con persistencia; no sólo me guía (v. 2 y 3) sino que me sigue tenazmente impidiéndome la retirada o la huida. «¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás Tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí Tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aún allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra» (Salmo 139:7-10).

Los términos traducidos por **bien** y **misericordia** son ricos en contenido, dando lugar a diversas traducciones. La Nueva Versión Internacional los traduce como “**la bondad y el amor**”; la Biblia de Jerusalén prefiere “**la dicha y la gracia**”, mientras que la Biblia del Peregrino habla de “**tu bondad y lealtad**”. Blank destaca que son varios los intérpretes que afirman que los dos términos son los nombres con los que el salmista identificó los **dos querubes** colocados en la base del Trono del Señor sobre el Arca del Pacto (o Propiciatorio). Encontramos este mismo par en el Salmo 89:14 (“**Justicia y derecho** son el cimiento de tu Trono; **misericordia y verdad** van delante de tu Rostro”), o el Salmo 85:10 (“el Amor y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”). Expresiones similares las encontramos en Salmo 43:3 y 96:6.

Es difícil encontrar otro par de términos que defina tan certeramente la *dualidad de la gracia divina*: por un lado nos concede el **bien**, es decir, todo aquello que corresponde a nuestras necesidades, y que Cristo nos concede como **Sumo Sacerdote** (Hebreos 4:14-16); y por el otro, la **misericordia**, es decir, la provisión divina para cubrir nuestras faltas, ya que Cristo es también nuestro **Abogado defensor** (1 Juan 2:1).

El valor de todo lo que nos asegura el **sacerdocio de Cristo** está muy bien ilustrado por los *símbolos sacerdotales*, en la economía levítica: los nombres de los hijos de Israel estaban grabados en dos piedras de ónice puestas sobre las hombreras del efod. Aarón también llevaba continuamente estos nombres sobre sus espaldas, delante de Yahvéh (Éxodo 28:9-14). También se hallaban sobre las piedras preciosas que adornaban el pectoral (Éxodo 28:15-29). El corazón, sobre el que se colocaba el pectoral, es el asiento de los afectos, igual que los hombros son el asiento de la fuerza, todo ello imagen del poder y la ternura que confluyen por igual en nuestro gran Sumo Sacerdote. Él no es ajeno a nuestras necesidades más íntimas, se compadece de todos nuestros dolores, puede sostener en alto nuestra caña quebrada y socorrernos en toda circunstancia.

Y al llegar al término de su peregrinación en esta vida, el creyente «**morará**» con el Señor y con su pueblo «**por largos días**» (perpetuamente, para siempre). La «**casa de Yahvéh**» no significa tan sólo un hogar o lugar de residencia sino también “**la familia del Señor**” (ver Efesios 2:19-22 o Apocalipsis 21:2-3). Pero aún si nos limitáramos a contemplar “la Casa”, debemos reconocer que *el Dios que llena de gloria esta “Casa”* es más importante que ella misma (Mateo 12:6).

Hay una remarcable *diferencia* entre el **primer hogar** del Edén y el **hogar celestial**: el paraíso terrenal tenía *una salida pero ninguna entrada*, mientras que la Casa del Padre tiene sólo *una entrada y ninguna salida*. Cristo es el **camino** que conduce a ella y su misma **puerta**. *Sólo sus ovejas entrarán allí*.

Jacob, al final de sus días, pudo hablar del Ángel que le había librado de todo mal a lo largo de su vida (Gén. 48:16). Pero *Dios no se limita a sortear los peligros que nos acechan*; en su providencia dispone todas las cosas para que, a la postre, *redundan en nuestro bien* (Romanos 8:28), quedando asombrados por la grandeza de este bien que nos alcanza (Salmo 31:19). Para el creyente *la fiesta de la comunión celestial no cesa*, prolongándose a todo lo largo de su camino.

Al final del salmo oímos de nuevo la voz de Jesús: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:27-28).

Concluimos nuestro estudio del hermosísimo Salmo 23 con **dos magníficas versiones poéticas** del mismo. La primera de ellas es obra del insigne **Fray Luis de León**, de la cual Emilio Aparicio señala que «cabe destacar como único comentario, aparte de los extraordinarios valores poéticos ya conocidos, la riqueza del uso del verbo en sus tres formas: pasado, presente y futuro, en contraste con la mayoría de versiones que sitúan la acción en el futuro casi exclusivamente». La segunda forma parte del “**Salterio**” (ver Bibliografía), metrificado según las melodías del Salterio de Ginebra. La versión que tenemos reproduce literalmente la versión del “Libro de Alabanzas”, de 1982; sin embargo, nos tomamos la libertad de sustituir el verso décimo, en el que falla la rima de la composición (su texto es: “aunque ande en valle de sombra de muerte”), por otro que ajusta la rima, evitando que la sonoridad del poema se trunque por la disonancia de un verso blanco.

Jehová es mi Pastor, nada me falta.
Me da reposo en blanda y fresca hierba,
y a la orilla de límpidos arroyos
con piedad infinita me apacienta
y, por amor de su bendito Nombre,
me guía siempre por justa senda.

Cuando el valle de muerte tenebroso
cruzare peregrino por la tierra,
no temeré, pues estarás conmigo,
tu vara y tu cayado me sustentan.

Ante mis enemigos me acogiste
y me amaste, sentándome a tu mesa,
y mi copa llenaste con tu sangre,
y ¡todavía! ungiste mi cabeza.

Sólo bondad, misericordia sólo
me seguirán durante mi existencia
y al fin, de Dios en la ciudad celeste,
viviré para siempre vida eterna.

Fray Luis de León.

Es Jehová mi Pastor atento;
nada me faltará en ningún momento.

Me hará yacer en los lugares vastos
en donde abundan delicados pastos.

Junto a las aguas mansas en corriente
me pastorea con su voz potente.

A mi alma Él dará su fortaleza;
y por su amor con gran delicadeza
Él me guiará por sendas de justicia.

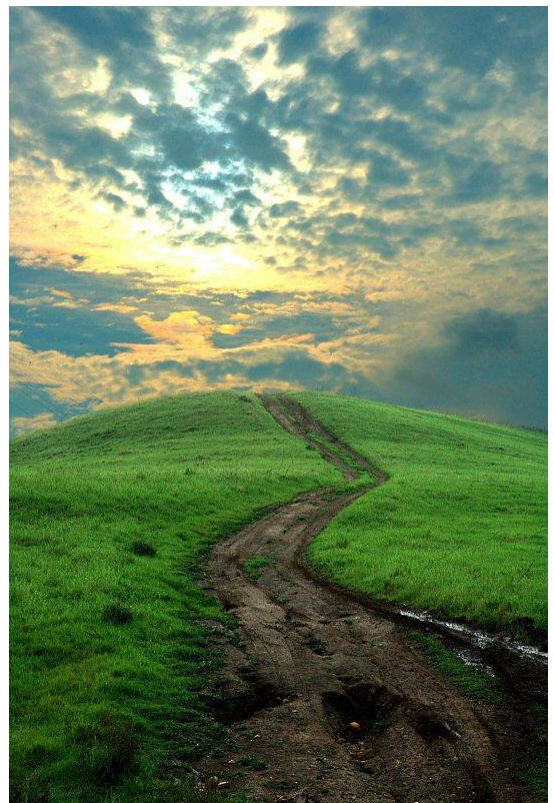
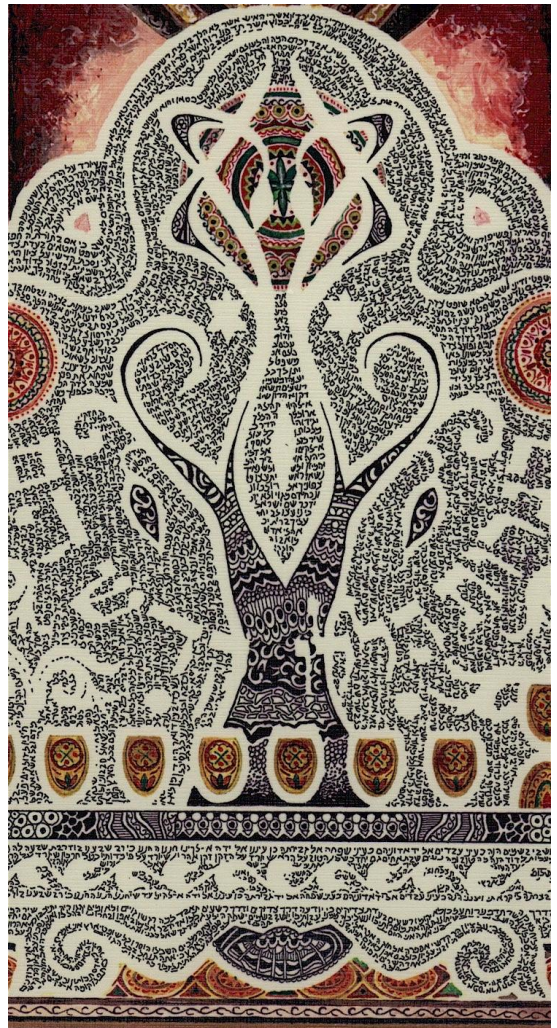
Y aunque sombra de muerte me acaricia
no temeré ningún mal, que a mi lado
me alentarán Tu vara y Tu cayado.

Pones mi mesa llena de sabores
en la presencia de mis opresores.

Unges Tú mi cabeza con aceite;
mi copa se derrama de deleite.

Misericordia y bien vendrán conmigo
y moraré de Jehová al abrigo.

Saltério / Libro de Alabanzas.



Para la mayoría de cristianos evangélicos, uno de los textos más apreciados de la Biblia es uno de los salmos del Rey David, el **Salmo 23**, que muchos hemos aprendido de memoria cuando éramos niños, nos ha confortado en todas las experiencias difíciles de la vida, y nos consuela intensamente cuando nos acercamos al final del camino y hemos de cruzar las frías aguas del río de la muerte. Es el salmo por excelencia de la vida cristiana.

Pero este salmo tiene también una estrecha relación con la persona de Jesús. Los tres primeros evangelistas nos hablan de Jesús bajo diferentes aspectos humanos. **Juan**, que escribió en una época más tardía, lo presenta como el Hijo de Dios. Por esta razón omite detalles que vemos en los otros Evangelios como las referencias a su nacimiento, su genealogía, su infancia y juventud en Nazaret. El Hijo de Dios es contemplado por Juan en los tres años finales de la vida de Jesús, la etapa de su ministerio público en la tierra. También por esa razón Juan contempla una estrecha vinculación entre el Salmo 23 y la vida de Jesús. Para el *evange-*



lista, Jesús era el Buen Pastor, y para el *salmista*, era el Pastor divino. No es, pues, casual que las señales que hizo Jesús en el **evangelio de Juan** sean un reflejo exacto de los versos del Salmo 23. Las conclusiones son obvias: para Juan el Buen Pastor Jesús es el mismo Yahvéh, el Señor de Israel, del Salmo 23, como iremos observando.

«*El Señor es mi pastor, nada me faltará*», comienza el salmo. Juan menciona los grandes hechos o señales de Jesús que no son relatados en los otros Evangelios. El primer milagro lo contemplamos al comienzo del ministerio público de Jesús, cuando asistía como invitado a una boda en la localidad de **Caná de Galilea**. En aquella celebración asistían Jesús, su madre María, y los nuevos discípulos de Jesús. Pero en los momentos culminantes de la fiesta, los anfitriones descubrieron con apuro que sus reservas de vino se habían terminado. Al percatarse de aquella situación la madre de Jesús le comenta a su hijo: «*No tienen vino*». Jesús le respondió con unas palabras que a nosotros nos pueden sonar un poco ásperas, pero que adquieren su pleno sentido si contemplamos un momento futuro, cuando Él instituiría lo que nosotros conocemos ahora como el recordatorio de la Cena del Señor, y aún más lejano, cuando Él será el anfitrión de un gran banquete de bodas celestial. Jesús le dijo entonces a María: «*¿Qué tiene que ver esto con nosotros, mujer? Aún no ha llegado mi hora*». A pesar de todo aquella mujer era bienaventurada en muchos sentidos, y uno de ellos era el de saber reconocer el señorío de Cristo y la obediencia que debemos prestar a su Palabra como autoridad suprema en nuestra vida.

Aquel memorable día el Señor demostró que no es posible confiar en Él sin ver de inmediato los más benditos resultados. El agua de aquellas seis tinajas instantáneamente fue transformada en el más delicioso vino que los hombres hayan probado nunca, marcando un principio de las muchas señales que haría Jesús para manifestar su gloria divina. Jesús actuó en aquella ocasión como el Dios Creador de Génesis capítulo 1. Al principio de la historia de la tierra el Creador llenaba de vides la tierra y el huerto del Edén; ahora, en esta ocasión, Jesús llenaba la mesa de los invitados a la fiesta de bodas del más delicioso vino que haya probado ser humano. Él simplemente hizo uso de su poder creador como Hijo de Dios y en aquellas peculiares circunstancias, estaba allí supliendo lo que a aquellos hombres les faltaba. Cuando los jóvenes esposos, y todos sus invitados, se dieron cuenta de lo que había sucedido, debieron recordar inmediatamente, llenos de agradecimiento, estas primeras palabras del Salmo 23: «*El Señor es mi pastor, nada me faltará*». Y no solamente Él es capaz de hacer que nada nos llegue a faltar, sino que además, cuando se nos hayan agotado nuestras reservas humanas, Él hará que lo mejor nos quede para el final.

«*En lugares de delicados pastos me hará descansar*». El segundo gran milagro aparece en el capítulo 6 del Evangelio de Juan. Jesús ha sido seguido por grandes multitudes durante varios días, atraídas por su Persona y sus impactantes enseñanzas, olvidándose de todo y sin una clara no-

ción del transcurso del tiempo. Jesús, percibiendo la situación, le pregunta a Felipe, uno de sus discípulos: «¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?». Aquel hombre, un poco apurado, hace números rápidamente y estima que una importante cuantía, en moneda de la época, no permitiría comprar pan suficiente para alimentar una multitud superior a 5.000 personas. Algunos han sugerido que este supuesto milagro se ha de interpretar espiritualmente, y que Jesús sólo alimentó a aquella muchedumbre con sus enseñanzas morales. Pero si somos un poco sensatos habremos de admitir que, por maravillosas que fueran sus enseñanzas éticas, más de 5.000 estómagos no se pueden engañar espiritualmente. El hambre del estómago no se aplaca con poesías o enseñanzas morales. El hambre sólo se satisface con alimentos reales y nutritivos. Jesús tuvo que ofrecer a aquellas multitudes hambrientas los nutrientes reales del verdadero pan y del verdadero pescado.

Es significativo notar que este milagro es el único que fue mencionado por todos los cuatro evangelistas, revelando la importancia que esta señal tuvo en el concepto que la gente se había formado de Jesús. Fue después de esta alimentación milagrosa que la gente quiso proclamarlo rey, con el mayor fervor y entusiasmo popular. Pero Jesús no tenía ninguna clase de planes políticos o militares y rechazó cualquier corona de los hombres. En la descripción del milagro, Jesús les mandó sentarse en el suelo, formando grupos de 50 personas. El evangelista Juan señala un detalle insignificante que no se menciona en los otros evangelios sinópticos: «había mucha hierba en aquel lugar». Este detalle es interesante porque acentúa la relación de este Evangelio con el salmo 23. El Señor Jesús lleva a la multitud a lugares de hierba abundante, hierba tierna y fresca, donde pudieran reposar sus cuerpos fatigados, echarse tranquilamente y descansar mientras esperaban el alimento que vendría de sus manos. «En lugares de delicados pastos me hará descansar». Más de uno en aquella multitud recordaría aquellas entrañables promesas del Salmo 23.

Jesús es el buen Pastor, y en su soberana sabiduría y providencia, Él nos guía con seguridad a lugares de delicados pastos. Aquellos que confían en las provisiones que reciben del Señor, a lo largo de su vida descubren muchos oasis con abundante hierba para descansar y comer, mientras otros, con las manos y los bolsillos llenos de dinero sienten constantemente una acuciante hambruna de paz, descanso y felicidad que no encuentran en ninguna fuente de placer.

«**Junto a aguas de reposo me pastoreará**». Cuando Jesús ha despedido a la multitud del capítulo 6, después de haber rechazado sus pretensiones de proclamarlo rey, los discípulos se embarcan con la intención de cruzar el mar de Galilea para dirigirse a Capernaúm, pero el Señor no les acompaña, sino que se dirige a lo alto del monte para orar. En aquella zona es frecuente que por las noches se levanten los vientos del monte Hermón desencadenando violentas tempestades. Aquellos pescadores conocían mejor que nadie la desagradable furia de los elementos incontrolados y comienzan a ser presas de una irrefrenable angustia al comprobar que no podían gobernar de ninguna forma su pequeña embarcación en unas circunstancias tan adversas. La situación era más que apurada cuando una silueta fantasmagórica parece abrirse paso hacia ellos. En medio de aquella agitación de las aguas la figura de un hombre parece venir caminando tranquilamente hacia ellos. Si no tenían poco con la pesadilla de la tormenta, aquella figura fantasmal acaba por llenarles de pánico. Todos podemos ver angustiados «fantasmas» en nuestra experiencia vital; a veces son terribles enfermedades, o la pérdida de un ser cercano, la amarga experiencia de vernos en el paro u otras muchas circunstancias desagradables de la vida. Surgen de improviso cuando menos las esperamos sin estar preparados para hacerles frente. Cuando Jesús perdona y salva a cualquier persona que se acerca a Él, nunca promete liberarle de las tormentas imprevistas y las mil y una circunstancias amargas de esta vida. Él permite en su maravillosa gracia que nos adentremos en aguas turbulentas, donde los vientos nos son contrarios y las fuerzas nos agotan, pero en el momento álgido de nuestro sufrimiento Él aparece de forma inverosímil para ofrecernos su ayuda en medio de esta prueba que nos atribula. Como consecuencia de vivir estas peripecias tan personales se moldea en nuestro espíritu un carácter más robusto y una confianza más firme en Él.

Aquella noche de tanta tribulación y adversidad el Señor vino hasta el lugar donde se encontraban ellos, y después hizo algo más asombroso: habló con autoridad al viento, alzó su voz al mar, y repentinamente se hizo una bonanza tan profunda que aquel hervidero de mar gruesa se transformó en un lago apacible, pudiendo proseguir el recorrido normal de la embarcación hasta alcanzar

el puerto de la otra orilla. Aquellos pescadores le adoraron en el mismo barco donde Jesús acababa de subir. Las «aguas de reposo» que promete el Señor no son cantos de sirena que nos arrastran a nuestra perdición, como las múltiples melodías de esta vida, sino un poder sobrenatural que trae paz y serenidad a los mares turbulentos y encrespados de nuestros problemas.

«*Confortará mi alma*». El siguiente incidente en el Evangelio de Juan se narra en el capítulo 8, y tiene lugar cuando Jesús se encontraba enseñando en el Templo de Jerusalén. De repente se organiza un alboroto y un grupo de fariseos y escribas traen a empujones a una mujer a la que acusan de descubrirla en un acto de adulterio. Su intención es directa y malévolamente: «la Ley de Moisés nos ordena apedrearla. ¿Qué tienes tú que decir a esto?». Cada uno de ellos trae una gruesa piedra en la mano con la intención de ejecutar la sentencia. Pero ¿cuántas piedras cayeron sobre aquella desdichada mujer? Sorprendentemente no cayó ninguna. La única «piedra» que se lanzó fue la célebre frase de Jesús que golpeó inesperadamente sus entumecidas conciencias: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella». Todos comenzaron a retirarse avergonzados hasta dejar solos a Jesús y aquella mujer. Jesús se dirige entonces a la mujer adúltera y le pregunta: «mujer, ¿dónde están los que te acusaban?». La mujer, aún atemorizada, al ver el atrio desierto contesta «ninguno, Señor». Entonces Jesús pronunció las palabras que despedían en paz a aquella mujer: «ni yo te condeno. Vete y no peques más». Aquella mañana, en el Templo de Dios tuvieron un encuentro la **ley** y la **gracia**. La ley condena al pecador a una muerte sin disculpa, pero allí mismo estaba un representante de la gracia de Dios, no sólo para perdonar y amparar al débil, sino también para **confortar su alma** con un nuevo vigor moral que nunca antes había tenido. En lugar de escuchar una sentencia de muerte, aquella mujer ve al Buen Pastor recogiendo sobre sus hombros la oveja descarriada y perdida. Aquella voz de amor es reconocida por la oveja que se siente confortada en su desesperada situación, mientras el Buen Pastor la lleva para reincorporarla a su rebaño.

«*Me guiará por sendas de justicia por amor de Su nombre*». Ahora llegamos al capítulo 9 de Juan, dedicado íntegramente a la curación de un ciego de nacimiento, uno de los casos más notables del Señor a lo largo de su ministerio. Aquel ciego era un ciudadano de Jerusalén, un pobre hombre que jamás conoció un rayo de luz en toda su vida. Cuando sus discípulos lo reconocen, en lugar de sentir misericordia por aquel desdichado, sólo les interesa descubrir qué pecado lo condenó a la oscuridad perpetua. Jesús les corrige señalando que aquella desgracia no derivaba de ningún pecado sino que había sido dispuesta para manifestarse la gloria de Dios. Jesús unge sus ojos con barro y saliva, pero no sucede nada excepcional, exceptuando sus propias palabras. Lo que le dice Jesús es que fuera a lavarse en el estanque de Siloé (donde desemboca el túnel de Ezequías, en la antigua ciudad de David), un estanque que hace pocos meses ha sido descubierto e identificado por los arqueólogos en Jerusalén. Aquel hombre seguramente conocería los intentos fracasados de muchos curanderos. Pero el tono seguro y firme de las palabras de Jesús lo llevó a obedecer sin preguntar nada, y cuando así lo hizo sus ojos quedaron deslumbrados por un milagro que no había conocido nunca. Ahora miraba fijamente todo lo que le rodeaba y pronto comenzaron las preguntas: «¿qué te sucedió? ¿quién te abrió los ojos?». Y él no se cansaba de responder alegremente que el autor de aquella bendición había sido el Señor Jesús, despertando el resentimiento y la rabia de los escribas y fariseos que no podían admitir esa nueva hazaña de Jesús. Pero él no se cansaba de contar la historia de su encuentro con Jesús, rematada con su irrefutable experiencia personal. Era una fe simple y sencilla pero totalmente irrefutable: «una cosa sé: que antes era ciego y ahora veo». Esta es la realidad de cada creyente en el Señor Jesús. Pero esa es también una experiencia que amenaza los intereses creados y los oscuros secretos de aquellos que le conocen y no soportan la luz de Dios en sus propias vidas.

Pero Jesús no hace milagros a medias, aunque a muchos pueda parecerles que así es. Aquel hombre fue despedido sin contemplaciones de la sinagoga, siéndole negados todos sus derechos como ciudadano del pueblo de Dios. Para las autoridades religiosas era un renegado que tenía que ser extirpado de la comunión con sus hermanos. Aquellos que antes le habían ayudado a cruzar las calles de Jerusalén ahora le volvían la cara y se alejaban de él. Pero cuando Jesús oyó lo que había sucedido fue enseguida a su encuentro para preguntarle: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?». Aquel

hombre estaba agradecido a Dios por lo que le había hecho y le responde con naturalidad: «¿quién es, Señor, para que crea en Él?». La respuesta de Jesús es tan franca como la de aquel hombre: «Pues lo has visto; el que habla contigo, ese es». Y él respondió: «creo, Señor», y lo adoró. Allí mismo, en aquel camino donde Jesús le salió al encuentro, el hombre cayó de rodillas y le adoró. El cuadro es profundamente conmovedor. El ciego restaurado está haciendo en un camino alejado del centro lo que todos deberían hacer en el gran Templo de Jerusalén: ofreciendo aquella misma adoración que los gloriosos ángeles del cielo ofrecían a Dios día y noche. Desde aquel día ese hombre no necesitó más la ayuda de perros lazarillos porque había descubierto que Jesús es la luz del mundo y los que se acercan a Él no andarán en tinieblas, sino que caminarán por sendas de justicia.

«Aunque ande en valle de sombras de muerte no temeré mal alguno porque Tú estarás conmigo». La siguiente señal de Jesús se describe en el capítulo 11 de Juan, donde se relata uno de los milagros más consoladores que cualquier creyente en Jesús haya conocido nunca. A lo largo de nuestra vida hemos tenido que asistir a infinidad de entierros, habiendo llorado con amargura frente a esa realidad despiadada de la muerte que va arrancándonos uno a uno todos nuestros seres queridos. Jesús también pasó por la amarga experiencia de llorar delante de un sepulcro la partida de un ser amado. La casa de Betania, cerca de Jerusalén era un genuino y entrañable hogar para Jesús, donde siempre había disfrutado con el refrigerio y la amistad de aquellos tres hermanos que le amaban entrañablemente. Un buen día las afligidas mujeres experimentan ese dolor desgarrador de la muerte arrancándoles la compañía de su hermano Lázaro. Aunque habían mandado a pedir auxilio urgente a Jesús, que se hallaba al otro lado del Jordán, éste no regresó hasta el cuarto día del fallecimiento. A medida que avanzamos en ese peregrinaje espiritual de Jesús vamos viendo como los personajes adquieren una mayor percepción del Maestro que venía de Galilea: «Señor, si hubieras estado aquí...». La sola presencia de Jesús aleja la pesadilla de la muerte porque Jesús es la fuente de la vida. Jesús nos muestra ahora uno de los rasgos más conmovedores de su humanidad al no poder contener las lágrimas frente a la tragedia que había golpeado aquel entrañable hogar. Dios vierte lágrimas de dolor y compasión cuando el hombre experimenta la realidad última a la que conduce el pecado humano. Pero Jesús no se limitó a derramar lágrimas y su voz traspasó los umbrales misteriosos del más allá devolviéndonos de nuevo a un Lázaro viviente. Todos los que acudieron al sepelio contemplaron el poder de Jesús sobre la muerte, y muchos más vinieron de Jerusalén para comprobar si era cierto que Lázaro había vuelto a la vida. Aquellos hermanos felices regresarían a su hogar cantando con una alegría desbordante el entrañable salmo 23, y en especial la consoladora frase **«Aunque ande en valle de sombras de muerte no temeré mal alguno porque Tú estarás conmigo».** Miles de creyentes han depositado su confianza en este salmo como un cántico de victoria y esperanza frente a la desolación del sepulcro.

«Tu vara y tu cayado me infundirán aliento». Llegamos ahora a la noche solemne que Juan describe en los capítulos 12 al 15 de su evangelio, para mostrarnos aquella intensa noche en que Jesús fue entregado y todas aquellas memorables frases que pronunció. Aquella era la última noche que Jesús compartiría con sus discípulos en la tierra, y en aquella ocasión tan significativa Jesús utilizó la vara y el cayado. Aquellos eran hombres como nosotros, con las mismas ambiciones, los mismos defectos, las mismas envidias, los mismos orgullos... Él tuvo que utilizar la vara para reprender a aquellos que ambicionaban ser el mayor, corrigiendo orgullos, la soberbia, y todos aquellos sentimientos bajos y mezquinos que se respiraban el ambiente. El Señor los castigó con su ejemplo humilde y su palabra suave y serena que nos sigue avergonzando hasta el día de hoy. Pero el Señor también usó el cayado y les animó a orar, les animó a esperar la casa del Padre en el cielo, y la pronta venida del Espíritu Santo como el gran Consolador que supliría su inmediata ausencia, y les animó a testificar de Él. Aquella noche el Buen Pastor empleaba la vara y el cayado para que cobrasen aliento ante la dura prueba que se aproximaba. En esta ocasión no era la oveja la que iba a morir para sustentar la vida del pastor, sino era el mismo Pastor quien iba a dar su propia vida por la oveja indefensa.

El tiempo se nos agota y no podemos profundizar mucho en las palabras culminantes del Salmo 23 y del Evangelio de Juan. **«Aderezarás mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores, ungiste mi cabeza con aceite, mi copa está rebosando».** En el capítulo 18 Jesús es entregado

en manos de sus enemigos, en el 19 es llevado al Gólgota, crucificado, muerto y sepultado; en el 20 Jesús aparece resucitado pero los suyos no lo saben y se encuentran reunidos en el aposento de Jerusalén, cerrado a cal y canto, abatidos, llenos de miedo y desconsolados, por temor a aquellas multitudes que gritaban enfurecidas para que matasen a Jesús. En la mesa quedan los restos de un pez asado y un panal de miel, como nos recuerda Lucas, pero cuando estamos hundidos en el más profundo abatimiento no hay nada que consiga atravesar el nudo cerrado de nuestra garganta. Y de pronto, estando las puertas cerradas, Jesús las atraviesa y los saluda mostrándose vivo, como antes lo hiciera su amigo Lázaro: «paz a vosotros», les dice, y les muestra aquellas manos y el costado que habían sido traspasados. Aquellos hombres se sentían llenos de estupor por lo que estaban viendo y Jesús, para romper su bloqueo emocional, les pregunta si tenían algo de comer, y con la misma naturalidad que lo había hecho durante tantos días anteriores, se sentó a la mesa y comió con ellos. Este hecho les impactó profundamente, hasta el punto que Pedro lo recordaba nítidamente años más tarde en la casa de Cornelio: «Él apareció a nosotros, que comimos y bebimos con Él después de que resucitó de los muertos». Al momento se disiparon las sombras y aquel pesado velo de tristeza se disipó para siempre. El Señor aderezó mesa delante de ellos y sus copas estaban rebosando de alegría.

«Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida y en la Casa del Señor moraré por largos días». Llegamos al capítulo 21 que cierra este precioso Evangelio. A lo largo del mismo Jesús tiene que remendar el avergonzado corazón de Pedro, haciéndole confesar tantas veces como le había negado, titubeando y con los ojos aún húmedos por las lágrimas. Tras esa confesión, el Señor le da la gran comisión de apacentar sus ovejas, y el grupo sigue subiendo lentamente hacia el Monte de los Olivos. En un momento dado, Pedro dirige la vista atrás y contempla a Juan que sube detrás de ellos. El impetuoso Pedro no puede dejar de preguntarle al Señor: «¿y éste qué?». El Señor le señala que no debe preocuparse por la labor de los demás, y pronuncia las últimas palabras de este Evangelio: «Sígueme tú». La vida cristiana no es estar pendiente de los acontecimientos o las personas que se mueven a nuestro alrededor, sino poner nuestros ojos en Jesús y seguirlo a Él. No hay otra persona, no hay otra lumbre, no hay otro ideal, no hay nada que pueda suplir este llamamiento supremo de seguir a Jesús, con la seguridad de que hay dos guardianes cubriendo nuestras espaldas: el bien y la misericordia, que me seguirán todos los días de mi vida. Alguien ha sugerido que estos dos guardianes serán nuestras alas de entrada en el cielo. No sería nada sorprendente...

En lo alto del monte, Jesús se elevó en medio de ellos y mientras ascendía le rodeó una nube de gloria que lo ocultó de su vista, mientras dos ángeles les recordaban que Él regresaría tal como ahora acababan de verle partir. Y así contentos y animados por esta esperanza de gloria descienden la cuesta del Monte de los Olivos para iniciar la gran batalla del cristianismo, predicando el evangelio y sufriendo el martirio cuando fueran llamados a ello, pero la esperanza sublime del salmo 23 quedó para siempre grabada en el tejido renacido de sus nuevos corazones. Él es el gran vencedor y el precursor que garantiza que nosotros estemos allí con Él por toda una eternidad. Desde mi primer encuentro con Él hasta el final del Salmo, EL SEÑOR ES MI PASTOR.



BIBLIOGRAFIA SOBRE EL LIBRO DE LOS SALMOS Y NOTAS DE GRATITUD.

- Muestras de los Salmos. Henry M. Morris. Editorial Vida, 1983. 190 páginas.
Salmos escogidos. Introducción al Salterio y antología. José M. Martínez. Libros CLIE, 1992. 342 páginas.
Salmos. Una ventana al Antiguo Testamento y al Mesías. Rodolfo H. Blank. Editorial Concordia, 2008. 695 páginas.
El Tesoro de David. C.H. Spurgeon. Libros CLIE, 1989. 572 páginas (vol. I).
Piense conforme a la Biblia. John MacArthur y Richard Mayhue. Editorial Portavoz, 2004. 384 páginas.
La perla de los Salmos. George Henderson. Editorial Literatura Bíblica, 1976. 87 páginas.
Los grandes capítulos de la Biblia. G. Campbell Morgan. Editorial Caribe, 1944. 187 páginas.
Los Salmos mesiánicos. C.E. Tatham. Escuela Bíblica Emaús. (Sin fecha edición). 64 páginas.
Salterio. Metrificados en lengua castellana, según las melodías del Salterio de Ginebra. Introducción de Juan Calvino y traducción de Jorge Ruiz Ortiz. Publicaciones faro de gracia, 2010. 131 páginas.
El Libro de los Salmos. Versiones propias de los Salmos, Francesc Closa. 1996 y 2011, principalmente.

Aunque la Bibliografía citada no es extensa, ha resultado suficiente para emprender el estudio de esta sección central y tan significativa de la Biblia. Deseamos de corazón poder abrir preciosos ventanales para contemplar mejor el corazón de nuestro Dios y la gloria del Mesías.

Sería posible ampliar un poco la lista de libros que citamos en lengua castellana, pero el repertorio total aún resultaría bastante escaso. Es una lástima no disponer de más trabajos sobre esta porción tan querida de las Escrituras, imprescindible para nuestra vida devocional y fundamento de nuestra alabanza al Señor. Una ojeada a la *bibliografía que cita Rodolfo H. Blank*, pone a nuestro alcance una amplia lista de *títulos y autores en lengua inglesa*, y algún que otro, muy pocos, en lengua castellana, como Luis Alonso Schökel o Hans-Joachim Kraus. En la vertiente poética cabe destacar en especial la reciente aparición de “*Salterio*”, con una edición completa de los Salmos, adaptados a los moldes de la lírica española, lo que favorece su adaptación e incorporación a nuestro repertorio de himnos para el canto congregacional. Consignamos debajo de estas líneas una preciosa muestra de ello, y otra al final del estudio sobre el Salmo 23.

Para resaltar la aportación de estos autores, hemos intentado reproducir alguna muestra de varios de ellos, en particular para los estudios de los Salmos 19, 29 y 110, así como el comentario de la división del Salterio. También reproducimos una hermosa predicación de *Fernando Vangioni*, sobre el Evangelio de Juan, gracias a la paciente y abnegada labor de *José Ventura González*, de Ourense, quien dedicó muchas horas a grabar en casetes las predicaciones de aquel estimado evangelista, reproduciéndolas posteriormente con su máquina de escribir (no nos consta que don Fernando hubiese dejado algún libro escrito, lo que realza el valor de estas laboriosas transcripciones). El resto de estudios sin cita expresa de autor, han sido elaborados libremente, con el inestimable apoyo de la bibliografía mencionada. A quienes sea posible, deseamos expresarles nuestra más profunda gratitud por sus valiosos estudios y meditaciones, que tanto habrán enriquecido a sus lectores y oyentes, provocando respuestas de alabanza al Señor o sentimientos de consuelo y ánimo en momentos de dificultad. Otros autores descansan ya en la presencia del Señor; deseamos que su valiosa herencia espiritual no caiga en el olvido y siga siendo de positivo estímulo a nuevas generaciones de lectores.

De manera más particular, deseo expresar mi más sincera gratitud al buen amigo y maestro *David F. Burt*, quien ha contribuido a enriquecer este Cuaderno con sus siempre ponderadas y exquisitas reflexiones. Y también, de paso, por su infatigable ministerio de enseñanza que tanto enriquece a la iglesia del Señor de habla hispana, ya sea en sus clases presenciales o mediante las grabaciones de las mismas.

Comparto, como ya he expresado, su admiración por aquellos poetas reformados del siglo XVI que compusieron “salmos métricos” para su aplicación al canto congregacional. Muchos de ellos, engendrados en la edad de oro de las letras castellanas, no han perdido su vigor y lozanía. La metrificación no es una condición *sine qua non* para que una composición poética sea considerada como tal, pero suele expresar las formas más genuinas y permanentes de nuestro universo lírico. Pero, además de ello, el proceso de creación poética requiere momentos singulares y únicos, muy difíciles de describir, de inspiración desbordante y arrebatadora en los que casi sería posible escribir poemas al dictado y en los cuales los versos se fraguan, con su singular brillo y colorido, en el corazón del poeta. Algunos trabajos son de cocción a fuego lento, conservando bien perceptible la imagen de los salmos originales; en otros pueden darse verdaderos procesos de fundición, en que todo el modelo original se funde y recristaliza de nuevo.

He creído oportuno no consignar la fecha de composición, para dejar al lector la plena libertad de juzgar esos poemas por sus propios méritos, por su ritmo, musicalidad y fuerza expresiva; que cada cual disfrute a su manera esa lectura desde la óptica de sus gustos personales. Invito a otros amigos creyentes que deseen usar estas composiciones líricas en sus iglesias o ministerios personales, para que lo hagan con plena libertad y para la gloria del Señor; naturalmente, me sentiré agradecido si recuerdan citar el nombre de su autor.

Me gustaría contar, como dato anecdótico, un momento de especial felicidad que me proporcionaron, hace ya cuatro años, algunos de estos salmos propios. Fue el año que logré peregrinar a Israel, el viaje soñado de toda mi vida. Los preparativos fueron emocionantes y elaboré un dossier escrito con temas bíblicos o históricos, adecuados para la ocasión. Al emprender el viaje entregué varias copias al pastor y buen amigo Roberto Velert, quien dirigía aquella expedición de soñadores, para facilitárselos a quien creyese oportuno. Pero Roberto interpretó mis “instrucciones” a su manera y lo primero que hizo durante la subida al monte Carmelo, fue agarrar el micrófono poniéndome injustificadamente por las nubes, para mi confusión y bochorno personal, pues que no encontraba ningún hueco donde desaparecer por debajo del asiento. Pero seguidamente se puso a recitar uno de mis salmos (cada día recitó uno de los cuatro o cinco que había incluido en el dossier) y sentí que mi corazón se transfiguraba. Eran los mismos versos que había engendrado tiempo atrás, de los que casi recordaba la fecha del parto, pero *ya no eran míos*, otra boca los *recitaba* y ello era señal de que habían anidado y despertado emociones singulares en otro corazón. Sentí entonces, casi por primera vez, la extraña fuerza de la creación artística. Experimenté en aquella voz que los recitaba una nota de gratitud y comunión personal que no suelo percibir en entornos más cercanos. Pero no terminaron aquí mis descubrimientos. Después de las primeras explicaciones de rigor, en un momento de tranquilidad mientras admiraba el paisaje, se me acercó el guía local, Yaacov Mitrani, a quién entonces no conocía de nada, pero que resultó ser una extraordinaria persona y una eminencia muy respetada en el ámbito de los guías turísticos israelíes (al final del viaje le dediqué un soneto de gratitud por habernos mostrado con tanta generosidad las asombrosas maravillas de la Tierra Prometida). Pero en aquel momento, de la forma más inopinada para mí, me expresó su más cálido agradecimiento por el salmo que había recitado Roberto (creo que era el 133), confesando que le había llegado a lo más hondo del corazón. Me sentí turbado por esta revelación y comprendí entonces la magnitud intemporal del Libro de los Salmos. Me encontraba ahora en la tierra de David, de Asaf, de los hijos de Coré... quienes habían escrito las más grandes obras líricas de la historia humana, y que tanto he amado a lo largo de mi vida, cuyos ecos y resonancias reverberan siempre en mi corazón, y ahora aquellos pobres versos míos volvían a la misma tierra de los versos patriarcas, los salmos que el mismo Espíritu de Dios escribió en el arpa de corazones humanos. Y estos ecos míos eran capaces de alcanzar el corazón de un descendiente de sefarditas españoles (hablaba de maravilla nuestra lengua), un hijo de *Erets Israel*. ¡Todos podemos entendernos de maravilla hablando en nuestra lengua, con acentos personales, estos salmos eternos y universales!

El lector que desee acceder a otros **Cuadernos Koinonia** publicados anteriormente, puede hacerlo entrando en la web de nuestra iglesia (www.paralelo.org); allí los encontrará y los podrá descargar entrando en la pestaña “Estudis Mp3 i Pdf”.

Francesc Closa i Basa

SALMO 1

Es bienaventurado el varón
que nunca fue de malos en unión,
ni en camino entró de pecadores,
ni se sentó con escarnecedores;
sino que su delicia en Dios está,
y día y noche en su Ley pensará.

Será cual árbol que plantado está,
junto a corrientes de aguas, y que da
siempre su fruto a su sazón debida,
y cuya hoja nunca es abatida;
y todo cuanto emprenda el tal varón,
recibirá de Dios la bendición.

Mas los malvados se parecerán
al tamo que arrebata el huracán;
no vencerán si a juicio son llamados,
ni con los justos serán congregados.
Porque conoce el justo a Jehová,
mas el malvado al fin se perderá.

Versión de Juan le Quesne, año 1606.

